
ESTUDIOS PÚBLICOS

Nº 173 VERANO 2024

ESTUDIOS PÚBLICOS

www.estudiospublicos.cl

Estudios Públicos es una revista trimestral, arbitrada, de carácter multidisciplinar y con foco en los problemas más relevantes que enfrenta el espacio público en una sociedad libre y democrática. Provee de un foro de alto nivel a intelectuales y académicos interesados en publicar investigaciones de calidad que aborden las transformaciones, debilidades y oportunidades del ámbito público contemporáneo, bajo una perspectiva técnica, histórica o conceptual. La revista promueve el intercambio de ideas, experiencias y evaluaciones críticas que tengan interés público.

La revista aparece trimestralmente en forma impresa y digital. Los trabajos publicados en *Estudios Públicos* han sido previamente evaluados por especialistas en un proceso de arbitraje ciego. Los textos publicados son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión de los editores ni del Centro de Estudios Públicos.

Las colaboraciones deben ceñirse a las normas para presentación de trabajos a *Estudios Públicos*. Los trabajos sometidos a consideración, así como los comentarios y correspondencia, deben ser enviados a través de www.estudiospublicos.cl.

Print and online editions of *Estudios Públicos*

The online edition of *Estudios Públicos* is published at www.estudiospublicos.cl, and includes papers in Spanish and their abstracts both in Spanish and English.

Indexación

Estudios Públicos está incorporada en los siguientes índices académicos: REDIB, Latindex Catálogo, Erihplus, Dialnet, Google Scholar, Miar, Clase, Hapi, Ebsco, OCLC y Biblat.

Suscripciones

Nicole Gardella, editora ejecutiva. Email: ngardella@cepchile.cl. También, a través de www.estudiospublicos.cl.

Teléfono: +56 2 2328 2400

ISSN 0716-1115 (edición impresa)

ISSN 0718-3089 (edición en línea)

Edición gráfica y digital: Pedro Sepúlveda V.

Publicado 1 de marzo de 2024

Impreso en Andros Productora Gráfica

Hecho en Chile / Printed in Chile, 2024

Aldo Mascareño

Editor en Jefe, Centro de Estudios Públicos, Chile

Nicole Gardella

Editora Ejecutiva, Centro de Estudios Públicos, Chile

Adelaida Neira

Editora de Estilo, Centro de Estudios Públicos, Chile

COMITÉ EDITORIAL

Enrique Barros

Universidad de Chile, Chile

Sonia Montecino

Universidad de Chile, Chile

Antonio Bascañán

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

Leonidas Montes

Centro de Estudios Públicos, Chile

José Joaquín Brunner

Universidad Diego Portales, Chile

Eric Nelson

Harvard University, Estados Unidos

Sofía Correa Sutil

Universidad de Chile, Chile

Eric Schliesser

University of Amsterdam, Países Bajos

Sebastián Edwards

UCLA, Los Ángeles, Estados Unidos

John Thompson

Cambridge University, Reino Unido

Francisco Gallego

Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

Florencia Torche

Stanford University, Estados Unidos

James Heckman

Chicago University, Estados Unidos

Sergio Urzúa

University of Maryland, Estados Unidos

Deirdre McCloskey

University of Illinois at Chicago,
Estados Unidos

PRESENTACIÓN DE TRABAJOS A *ESTUDIOS PÚBLICOS*

- *Estudios Públicos* publica trabajos que han sido previamente admitidos para revisión y luego favorablemente informados por al menos dos especialistas en un proceso de arbitraje ciego.
- Se entiende que los trabajos recibidos no han sido publicados en forma íntegra o parcial en otro medio impreso o electrónico, ni han sido sometidos simultáneamente a otros editores en su forma actual o como parte de un trabajo más extenso.
- *Estudios Públicos* concede el permiso para hacer copias físicas o digitales para uso personal, siempre y cuando estas copias no se distribuyan con provecho comercial y exhiban en su primera página la fuente original, el nombre del autor y esta misma advertencia.
- Para republicar trabajos aparecidos en *Estudios Públicos* se debe solicitar permiso escrito al editor en jefe.
- Normas de estilo de *Estudios Públicos* en <https://estudiospublicos.cl/index.php/cep/informacion-revista>.
- *Estudios Públicos* adhiere supletoriamente a la siguiente licencia de Creative Commons: Atribucion-NoComercial-CompartirIgual (BY-NC-SA).

Nº 173
Verano
2024

ESTUDIOS PÚBLICOS

CONTENIDOS

ARTÍCULOS

- 9 Intelectuales latinoamericanos de la nueva izquierda y el golpe de Estado en Chile (1973-1978)
 Ivette Lozoya
- 35 El proceso formativo del Partido Socialista de Chile: estudio sobre el origen de algunas de sus definiciones fundamentales
 Joaquín Fernández Abara
- 75 Comunidad política y democracia agonística: las antinomias de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau
 Eugenio Rivera Urrutia

NOTA DE INVESTIGACIÓN

- 113 ‘La mujer es un peligro’
 Claudia Darrigrandi

SIMPOSIO

Dislocación, detraimiento y contraducción

- 133 Género, generalidad, generosidad. Réplica a Bornhauser y Cattaneo (*Estudios Públicos* 172)
 Iván Trujillo

RESEÑAS

- 141 *A Feminist Theory of Refusal*, de Bonnie Honig
 Fabián Flores Silva
- 147 *Workers Like All the Rest of Them. Domestic Service and the Rights of Labor in Twentieth-Century Chile*, de Elizabeth Q. Hutchison
 Rosario Fernández Ossandón
- 157 *Entangled Performance Histories. New Approaches to Theater Historiography*, de Erika Fischer-Lichte, Malgorzata Sugiera, Torsten Jost, Holger Hartung y Omid Soltani (eds.)
 Andrés Grumann Sölter
- 165 *Musical Bodies, Musical Minds: Enactive Cognitive Science and the Meaning of Human Musicality*, de Dylan van der Schyff, Andrea Schiavio y David J. Elliott
 Cory D. Meals

171 *The Stage Works of Philip Glass*, de Robert F. Waters
 Federico Wiman

177 *Home in the World: A Memoir*, de Amartya Sen
 Pablo Villalobos Dintrans

Artículos

Artículo

Intelectuales latinoamericanos de la nueva izquierda y el golpe de Estado en Chile (1973-1978)

Ivette Lozoya

Universidad de Valparaíso, Chile

RESUMEN: En la definición del proyecto de construcción socialista en Chile participaron intelectuales comprometidos y militantes que elaboraron teorías y propuestas a partir del diagnóstico acerca de la formación social chilena, la proyección de la lucha de clases y el desarrollo del movimiento de masas. Muchos de ellos vivieron en primera persona la experiencia de la Unidad Popular (UP) y el golpe de Estado, tras lo cual debieron partir al exilio en algunos casos, por segunda o tercera vez en sus vidas. Desde la derrota y el desconcierto elaboraron o ajustaron sus análisis e intentaron caracterizar el golpe de 1973. La potencia de la experiencia, las expectativas que generó y la tensión entre estrategias, enriquecieron la discusión. El presente artículo tiene como objetivo sistematizar los análisis que desarrollaron los intelectuales latinoamericanos de izquierda sobre el golpe de Estado en Chile, centrándonos en los científicos sociales que vivieron en el país la experiencia socialista. Para ello, analizaremos los textos académicos escritos y publicados entre 1973 y 1978 en distintos medios de América Latina. Proponemos que estos intelectuales militantes desarrollaron tempranamente una autocrítica, sin abandonar el proyecto revolucionario que guiaba su reflexión, por lo que evaluaron los errores y dificultades, utilizando la teoría marxista adaptada a las condiciones

chilenas y latinoamericanas, y las conceptualizaciones militantes que se utilizaban en el período.

PALABRAS CLAVE: nueva izquierda intelectual, golpe de Estado en Chile, vía chilena al socialismo, presidente Salvador Allende, cientistas sociales

RECIBIDO: septiembre 2023 / **ACEPTADO:** diciembre 2023 / **ONLINE FIRST:** enero 2024

Latinoamerican Intellectuals of the New Left and the Putsch in Chile (1973-1978)

ABSTRACT: In defining the project of socialist construction in Chile, committed and militant intellectuals participated and developed theories and proposals based on the diagnosis of Chilean social formation, the projection of the class struggle, and the development of the mass movement. Many of them lived firsthand the experience of the Unidad Popular and the *coup d'état*, after which they had to go into exile, in some cases, for the second or third time in their lives. They elaborated or adjusted their analyses from the defeat and confusion and tried to characterize the coup. The powerful experience, the expectations it generated, and the contradiction between strategies enriched the discussion. This article aims to systematize the analyses developed by left-wing Latin American intellectuals on the *coup d'état* in Chile, focusing on the social scientists who lived the socialist experience. To do this, we will analyze the academic texts written and published between 1973 and 1978 in different media in Latin America. We propose that these militant intellectuals early developed self-criticism without abandoning the revolutionary project that guided their reflection, so they evaluated the errors and difficulties using Marxist theory adapted to Chilean and Latin American conditions and the militant conceptualizations used in the period.

KEYWORDS: new intellectual left, putsch in Chile, the Chilean road to socialism, President Salvador Allende, social scientists

RECEIVED: September 2023 / **ACCEPTED:** December 2023 / **ONLINE FIRST:** January 2024

El derrocamiento del gobierno de Salvador Allende impactó al mundo entero y especialmente a la política de izquierda. La noticia fue difundida por medios de prensa internacionales y el dolor, solidaridad y decepción por los resultados del proceso fueron cubiertos especialmente por aquellos medios de sensibilidad afín a la experiencia chilena. Al respecto, las revistas culturales y las publicaciones fundadas al alero del desarrollo de las ciencias sociales en el continente destacaron las características del intento de construcción socialista por la vía pacífica

y el sabotaje que sufrió el gobierno del presidente Allende. En cuanto a los análisis que los intelectuales realizaron sobre el proceso, fueron en su tiempo utilizados para la discusión política y académica; no obstante, no se ha indagado en los debates como parte del desarrollo de la historia intelectual, aunque sí se han considerado para la elaboración de la historia política de la izquierda y su renovación (Moyano 2010).

En el presente artículo analizaremos, utilizando las herramientas de la historia intelectual,¹ las definiciones y discusiones que desarrollaron los cientistas sociales de la nueva izquierda respecto del golpe militar perpetrado en Chile contra el gobierno de Salvador Allende. Para esto, hemos escogido como fuentes los textos escritos en el período por intelectuales que, desde su militancia, utilizaron la teoría marxista para aproximarse al proceso chileno procurando hacerlo desde una perspectiva latinoamericanista y creativa, distinta al marxismo-leninismo soviético. La decisión de abarcar el período que va desde el golpe hasta 1978 responde a que hasta ese año se publican análisis del acontecimiento; tras eso, las discusiones se centran no en el origen del golpe, sino en el carácter de la dictadura y en las acciones de resistencia mantenidas en Chile. Así, en los primeros análisis, los cientistas sociales de la nueva izquierda destacaron las condiciones de la formación social chilena, las características propias del Estado y la política local y los elementos coyunturales relevantes. Después se abocaron a situar la dictadura chilena en el desarrollo de un ciclo histórico más amplio, donde ellos y sus análisis también sufrieron cambios. En este sentido,

la emergencia de estos nuevos regímenes militares constituyó un punto de inflexión para aquel segmento de la intelectualidad latinoamericana que se reconocía en la tradición del marxismo, el cual intentaría explicar el nuevo escenario desde esta matriz teórica sin un cuestionamiento de fondo de las categorías de análisis. (Suasnábar e Isola 2011, 213)

Los primeros escritos que abordan el problema se publicaron en los últimos meses de 1973; en ellos no existen balances o evaluaciones profundas, pero sí varios homenajes. En *Cuadernos de Marcha*, la revista uruguaya mensual que se editaba desde 1967, aparecen los números 74 y 75 en septiembre de 1973 con el título: 'Allende, Compañero Presidente'. El

¹ En términos generales, nos referimos a la necesidad de prestar atención a los elementos de contexto, uso y circulación de las ideas enunciadas por los intelectuales. El lugar y el sujeto de enunciación, así como la recepción de las ideas, son centrales para analizar los fenómenos desde la historia intelectual (Palti 2007; Dosse 2007; Di Pascuales 2011).

primer cuaderno ponía el foco en la intervención estadounidense para explicar el golpe, mientras que en el número 75 presentaba los testimonios de Hortensia Bussi, Beatriz Allende y Fidel Castro, así como una cronología del último día de vida de Salvador Allende (Marcha 1973a, 1973b).

En un tono similar, *Monthly Review* publicó en su número 5, de septiembre de 1973, un artículo de Bárbara Stallings y Andy Zimbalist titulado 'Showdown in Chile' (Stallings y Zimbalist 1973). En la revista peruana *Sociedad y Política*, de septiembre de 1973, apareció el artículo escrito por Faride Zerán, 'Chile: el poder popular en acción' y un inserto en las páginas centrales con la declaración del comité editorial, firmado el 12 de septiembre, en el que manifiestan su rechazo al golpe y su solidaridad con el pueblo chileno (Zerán 1973; Sociedad y Política 2019 [1973]). A estas publicaciones se suman la edición especial dedicada a Chile de la revista cubana *Casa de las Américas* y el análisis de Eric Hobsbawm (2013 [1973]) que tituló 'El asesinato de Chile', publicado en la revista *New Society*, el 20 de septiembre de 1973. Como parte de este proceso, los cientistas sociales de izquierda, tras el impacto de la violencia inicial que incluyó el suicidio de Allende, analizaron a los actores y procesos que desencadenaron el trágico final.

La función de los intelectuales fue relevante desde inicios de la década de 1960, luego de la fundación de los centros de estudios sociales en las principales universidades del país, cuando sus análisis y proyecciones comenzaron a ser fundamentales en las propuestas partidarias (Lozoya 2020). La actividad académica no era distante de la actividad política, sobre todo para los cientistas económico-sociales (Devés 2017), es por eso que no es de extrañar que Allende reclutara en estos espacios a ministros y asesores. Como ha establecido Devés (2017), Chile se había convertido en un centro intelectual desde la fundación de la CEPAL, situación que se profundizó tras la llegada de intelectuales brasileños y argentinos que huían de sus dictaduras y aún más cuando Salvador Allende llegó a La Moneda.

Apenas los militares tomaron el poder instauraron una política de persecución sobre académicos e intelectuales cercanos a las posiciones del gobierno, de forma que muchos de ellos sufrieron un segundo exilio y en algunos casos no sería el último. Los cientistas sociales brasileños Theotonio Dos Santos y su esposa Vania Bambirra convirtieron su casa

en un refugio para cientos de perseguidos políticos.² Vania y Theotonio salieron del país vía Panamá para llegar finalmente a México, trayectoria similar a la que recorrió su amigo, colega, compatriota y compañero militante Ruy Mauro Marini.³ Los argentinos Néstor D'Alessio y Marta Zavaleta, académicos de la Universidad de Concepción, partieron a Europa; su compatriota Juan Carlos Marín huyó a México después de llegar a Argentina y vivir un nuevo golpe en su país en 1976 (Candia 2014). Hugo Perret y Patricio Biedma, dos jóvenes sociólogos que fueron parte de la planta docente del CEREN en la Pontificia Universidad Católica, sufrieron peor suerte. En Chile se habían integrado a las filas del MIR y volvieron a su país tras el golpe. No habían alcanzado el reconocimiento y la protección que les daba el sitio académico, por lo que Perret fue torturado y asesinado por militares chilenos en Argentina el 18 de julio de 1976, mientras que Biedma está desaparecido desde el mismo año; este último se había integrado al trabajo internacionalista del MIR en la Junta Coordinadora Revolucionaria. Los sobrevivientes discutieron el proceso y la coyuntura, formaron parte de las agrupaciones de solidaridad y publicaron sus análisis en diversos medios. Los que destacaremos aquí son aquellos que circularon en espacios académicos o culturales como revistas y libros, dejando afuera las discusiones que tenían un carácter propagandístico o de reflexión interna para la militancia.

Respecto de la condición de intelectuales de la nueva izquierda de quienes serán el centro del debate, es necesario aclarar que el presente artículo define la categoría de nueva izquierda considerando las perspectivas que autoras como Sandra Jaramillo (2021) y María Cristina Tortti (2021) han aportado. Bajo su concepto, la nueva izquierda es un movimiento político que se expresa en distintas áreas de la realidad, siendo el surgimiento de partidos autodefinidos como revolucionarios una de esas dimensiones. No obstante, existe también una dimensión cultural del

² La casa estaba en la comuna de Ñuñoa, en la calle José Domingo Cañas. Luego de que los refugiados salieron al exilio, el ejército convirtió el lugar en un centro de detención y tortura. Hoy es un sitio de memoria. Disponible en: <https://www.josedomingocanas.org/archivo-noticias/theotonio-dos-santos-visita-casa-memoria-jose-domingo-canas/> [20 de agosto 2023].

³ Theotonio Dos Santos y Ruy Mauro Marini compartieron militancia en la Polop en Brasil. En Chile, Marini ingresó al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y Dos Santos al Partido Socialista (PS); no obstante, en entrevistas a este último, él plantea la existencia de una especie de militancia intelectual que abarcaba a la nueva izquierda en general. Ver Lozoya (2015).

movimiento, las autoras coinciden en que no es posible reducir la definición de nueva izquierda considerando solo las adscripciones estratégicas de los partidos de los años sesenta, es decir, la reivindicación de la lucha armada no es el único aspecto a considerar dentro de esta definición. Para Tortti (2021), la categoría se refiere a un movimiento de época, donde la radicalización expresada de distinta manera es el eje articulador; además, “junto con el desarrollo de la protesta y los nuevos métodos de confrontación, operaban procesos de subjetivación política que incidieron en la reconfiguración de las tradiciones y de las identidades políticas” (Tortti 2021, 23).

Para Sandra Jaramillo (2021, 330), mientras tanto, la nueva izquierda es una categoría “con potencial analítico, vinculada a la crisis del marxismo soviético en la que se gestaron izquierdas plurales autodenominadas ‘nuevas’, dada la confrontación con ‘viejas’ izquierdas a las que se acusaba de burocratización, estatización y centralismo”.

Abogando por la definición temporal del fenómeno y tomando en cuenta la realidad de cada país, Jaramillo (2021) y Tortti (2021) hacen énfasis en el reconocimiento de la dimensión cultural e intelectual de la nueva izquierda, recomendando que “su uso no sea restringido a experiencias organizativas, políticas y partidarias, sino que sean puente para comprender desarrollos teóricos, recepciones intelectuales y prácticas de la *intelligentsia* latinoamericana que reaccionaba a la crisis de los marxismos” (Jaramillo 2021, 333).

Los intelectuales elegidos para analizar la discusión sobre el golpe de Estado en Chile representan distintas militancias y usos del marxismo. Ellos son: el boliviano René Zavaleta Mercado, el brasileño Ruy Mauro Marini y el chileno Tomás Moulián. Sus trayectorias serán revisadas al momento de indagar en sus escritos. El reconocimiento de estos intelectuales como parte de la nueva izquierda responde a la adhesión, desde su condición de intelectuales, a los procesos de radicalización política denominados en la época como revolucionarios, y al uso de un marxismo dialogante con las problemáticas latinoamericanas y las categorías militantes como revolución, poder popular, dependencia, gorilismo, entre otras.

Respecto de las formas que adquiere el marxismo en la época, es necesario aclarar que la renovación y crítica al sovietismo no se expresa homogéneamente. En el caso de los intelectuales que hemos destacado, responden a distintas recepciones: Marini es parte del grupo de teóricos

de la dependencia que tuvieron como centro intelectual al Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile; Zavaleta, originalmente militante comunista, recibe la influencia del trotskismo, lo que determina su caracterización del período y las discusiones sobre el poder. Moulian, a diferencia de los dos anteriores, que poseían una trayectoria intelectual reconocida, era un joven sociólogo militante al momento del golpe; su condición de intelectual está dada por su función social desarrollada en el CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional) de la Pontificia Universidad Católica y Flacso. Así, los autores elegidos responden a distintos espacios teóricos y militantes de enunciación, son reconocidos como intelectuales en el lapso de escritura y optaron por responder desde el análisis a las urgencias de esa etapa.

En el análisis se abordará en primera instancia (1) la publicación de Darcy Ribeiro en un periódico argentino donde podemos observar las bases de la discusión; luego (2) se analizan los argumentos utilizados en el debate por René Zavaleta Mercado, Ruy Mauro Marini y Tomás Moulian, para concluir finalmente en la última sección (3).

I. El contexto y las bases de la discusión

El texto titulado 'Allende y la izquierda desvariada', del brasileño Darcy Ribeiro (1974), es el análisis más temprano publicado sobre la situación de Chile.⁴ Apareció en enero de 1974 en el periódico argentino *La Opinión* y posteriormente fue incluido en el libro editado por et al. (1974): *¿Por qué cayó Allende? Autopsia del gobierno popular*. Ribeiro no es un marxista de la nueva izquierda, sin embargo, sus argumentos nos servirán de contrapunto para profundizar en los términos y contenidos de la discusión de época.

En el texto, Ribeiro (1974) personaliza las virtudes de la propuesta democrática socialista encarnada en la figura de Allende y atribuye las responsabilidades del quiebre a la izquierda, que con sus actuaciones habría permitido la victoria del imperialismo y el gorilaje en Chile. Según él, la potencia de la vía chilena al socialismo estaba en el respeto a la

⁴ Darcy Ribeiro fue ministro de João Goulart, uno de los fundadores de la Universidad de Brasilia, y su primer rector. Junto con Goulart se exilió en Uruguay tras ocurrido el golpe de Estado en Brasil, donde conoció a Salvador Allende. Formó parte, junto a Joan Garcés, del grupo de asesores extranjeros del presidente socialista chileno.

legalidad, cuestión que la izquierda no habría entendido ni aceptado. El Partido Comunista (PC), ortodoxo en sus visiones, habría visto el proceso como una anomalía en la trayectoria histórica. A pesar de esto, según Ribeiro (1974, 3), el PC fue el único que se mantuvo fiel al mandatario. Dice el autor:

[p]ara otros, los desvariados, no existía ninguna vía chilena. En la ceguera de sus ojos, tapados por esquemas formalistas y el sectarismo de su disposición unívoca hacia un voluntarismo tan heroico cuando ineficaz, solo querían convertir Chile en Cuba, concebida como único modelo posible de acción revolucionaria. (Ribeiro 1974, 3)

En este último aspecto, Ribeiro coincide con la visión de la reacción chilena y las denuncias de los golpistas. A su juicio, en el proceso chileno se vivía una condición de dualidad de poder; solo la mantención de la legalidad podía garantizar el éxito de la estrategia. Sin profundizar en qué entiende por dualidad de poder, Ribeiro (1974, 3) señala que la izquierda asumió el rol de provocadora, que “[t]eniendo una línea de acción más bien etnológica que política, se hicieron agitadores eficaces de los seculares reclamos de los indígenas mapuche, conduciéndolos a invasiones antes de que la Reforma Agraria en curso atendiera sus reivindicaciones”. El brasileño reduce la histórica demanda por derecho a la tierra presente no solo en Chile, sino en toda América Latina, a una aspiración de minorías indígenas. En sus palabras, el ‘ultrizmo’ práctico del MIR y el verbal de los socialistas, no habrían respetado la esencia gradualista del proceso chileno, dejando solo a Allende. Continúa Ribeiro (1974, 4):

En efecto, la radicalización ultrizta [sic] de la izquierda, sumada al terrorismo de derecha, confluyeron en beneficio de una contrarrevolución orquestada por un comando unitario desde el punto de vista político y militar y conducida por agentes provocadores costeados y asesorados internacionalmente. (Ribeiro 1974, 4)

En este texto, Ribeiro señala varios de los aspectos que aparecerán en los primeros análisis de la tragedia chilena que intentaban desentrañar las causas del golpe. Entre ellos, el rol de Estados Unidos y el imperialismo, la movilización social y la violencia como gestoras del golpe, la actitud contrarrevolucionaria de los militares chilenos y, por lo tanto, el carácter ‘gorila’ del golpismo, así como la existencia de una dualidad de poder, categoría tomada desde la teoría leninista, pero interpretada de diversas formas en el período.

Fuera de los análisis y categorías marxistas, Ribeiro califica el reciente golpe en Chile como el inicio de una dictadura gorila. Este concepto de dictadura gorila, usado profusamente en Argentina, es una “denominación popular para calificar la total intolerancia hacia la clase obrera y sus reivindicaciones laborales y sociales. Ese gorilismo siempre fue cívico y militar” (Bohoslavsky 2021, 123), aunque hasta los años ochenta estuvo principalmente ligado a la oposición al peronismo (Retamozo y Schuttenberg 2016). En general, la categoría alude a sujetos y situaciones de marcado carácter antipopular, lo que resulta bastante útil para calificar el régimen en ausencia de una definición más certera, que solo podrá alcanzarse cuando la dictadura se asiente y se defina como un proyecto en sí mismo; tal vez por eso fue usado en algunas de las declaraciones del MIR.⁵

El golpe de Estado dirigido por Augusto Pinochet dio paso a un nuevo momento de contradicción entre las distintas visiones y estrategias de la izquierda chilena. Durante la Unidad Popular, la autodenominada izquierda revolucionaria, conformada principalmente por el MIR y una línea del Partido Socialista, promovió y condujo las tomas y acciones autónomas del mundo popular con miras a la construcción de un poder desde abajo que permitiera dar el salto revolucionario. Para el Partido Comunista y el allendismo, la estrategia gradualista e institucionalista era la pertinente e implicaba que el movimiento popular fuera conducido desde el gobierno (Pinto 2005). Esta discusión no solo se debatía en la política misma, sino en el campo intelectual. En 1971, investigadores del CEREN y del CESO, más invitados nacionales y extranjeros, debatieron respecto del carácter del gobierno popular en el seminario que llevó por nombre ‘Transición al socialismo y experiencia chilena’. En él participaron los intelectuales militantes de cada uno de los centros y expusieron sus posiciones respecto de las dos estrategias. De la misma manera, en el semanario ‘Chile hoy’, fundado en 1972, se hacía explícita esta tensión (Lozoya 2020).

Tras la caída del gobierno de Allende, la discusión se trasladó desde los debates por la contradicción entre las estrategias a las responsabilidades en el golpe y las deficiencias de la Unidad Popular. En las definiciones

⁵ Ruy Mauro Marini (1975) escribía en la editorial del *Correo de la Resistencia* un artículo titulado ‘Contra la represión gorila: concretar la unidad de la izquierda y activar la solidaridad internacional’.

partidistas, las acusaciones desde quienes pregonaban el gradualismo hacia la línea socialista dirigida por Carlos Altamirano y el MIR —que los sindicaban como agitadores violentistas responsables de la reacción de los militares— no se hicieron esperar (ver Furcci 2008). Por su parte, el MIR proclamaba que la ofensiva militar no era el fracaso del intento de la construcción socialista, sino de la estrategia reformista (Ruiz 2020), mientras que la línea revolucionaria al interior del PS coincidía en el análisis y en la afirmación de que el rechazo a las tareas militares había dejado indefenso al gobierno y al pueblo (Rojas 2014).⁶ Estas definiciones partidistas serán llevadas al debate teórico por parte de los intelectuales que, utilizando categorías marxistas y leninistas, defenderán las posturas de sus organizaciones.

2. Las discusiones de la nueva izquierda

René Zavaleta Mercado

Como se sostiene en los párrafos iniciales del artículo, la Unidad Popular y el golpe de Estado en Chile tuvieron una gran repercusión internacional. Ambos procesos sirvieron como referentes para la proyección política en América Latina y en ese sentido fueron comparados y discutidos a la luz de otros. Bajo este objetivo, en 1974 se publica el libro *El poder dual en América Latina*, escrito por René Zavaleta Mercado (2011) dos años antes. En él, el intelectual boliviano analiza la experiencia de su país durante la revolución nacionalista de 1952 y el proceso chileno. Para ambos casos, la reflexión se centra en la cuestión del poder y el proceso de bifurcación que sufre en los momentos revolucionarios.

Zavaleta fue ministro de Estado durante el gobierno de Víctor Paz Estenssoro en Bolivia y fue diplomático en Chile, donde se refugió tras el golpe de Banzer. El presidente Allende lo nombró consultor de la Oficina de Planificación de la Presidencia (ODEPLAN). Antes de abandonar Bolivia había renunciado al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y participado en la fundación del MIR boliviano (Guiller 2022). Sufrió las consecuencias del golpe de Pinochet, tras el cual debió partir a México. Desde esa experiencia, analiza la construcción socialista chilena poniendo

⁶ Es necesario diferenciar entre las declaraciones y los debates que se dieron entre los partidos y los análisis que realizaron sus intelectuales. Sobre los primeros, ver Silva (2013).

do en el centro las características de la formación económica y política local. Para Zavaleta, Chile contaba con una economía subdesarrollada y dependiente, sin embargo, el sistema político poseía características que se alcanzaban en un capitalismo desarrollado. Esto implicaba que la democracia chilena se expresaba en la existencia de un sistema de partidos en los que participaban también las organizaciones obreras, una democracia en la cual la institucionalidad permitía la movilización de demandas y reformas progresistas, y las Fuerzas Armadas (FFAA) tenían una conciencia estatal, lo que habría retardado su posicionamiento del lado de la burguesía y contrario a Allende. Esto último había quedado claro para Zavaleta en el tanquetazo de junio de 1973, cuando los sectores conspiradores de las FFAA no habían logrado concitar adhesión mayoritaria.

Bajo este análisis estructural e histórico, el cientista social boliviano evalúa el problema del poder en el gobierno de Allende, tomando como ejemplo la siguiente afirmación: la Unidad Popular poseía el gobierno y no el poder. Para Zavaleta, en Chile existía una concepción institucionalista del poder, por lo tanto, se confundía la distribución de órganos del Estado entre las distintas fuerzas políticas, con la existencia de poderes contrapuestos. Así, entonces, el problema chileno no era solo las condiciones mismas de la construcción de poder, sino la concepción que se tenía de él.

Desde esta premisa, Zavaleta critica el análisis del economista militante comunista Sergio Ramos, quien defendía la tesis que afirmaba que la repartición de posiciones dentro de la burocracia del Estado implicaba la existencia de una dualidad de poder. Para Ramos (1972), la Unidad Popular poseía el poder ejecutivo y la elite burguesa poseía el poder legislativo y aún más el judicial. Zavaleta escribe:

La dualidad de poderes no consiste en que una clase social o un bloque de clases ocupan el Legislativo y otra u otras el Ejecutivo o a la inversa. Eso no es el poder dual porque, si así fuera, cualquier alcalde comunista de Italia, cualquier grupo de diputados comunistas en Francia conformarían ya un caso de dualidad de poderes. ¿Qué se dirá entonces de la participación del Partido Comunista en el gobierno francés, en 1945, cuando las elecciones generales dieron una mayoría absoluta en la Asamblea constituyente a socialistas y comunistas? Entonces, sin duda, el Frente Popular tenía más influencia electoral que la que hoy tiene la Unidad Popular en Chile. Pero Allende tiene más poder real que Thorez entonces como superministro y nadie ha hablado nunca de que Francia hubiera vivido una fase de poder dual. (Zavaleta 2011 [1974], 446)

Para Zavaleta, este análisis no era sino la confusión explícita de los personeros del gobierno socialista, pues el poder dual solo existe cuando uno de ellos se expresa en paralelo al otro; en este caso, entendiendo que es la burguesía la que tiene el poder institucional, es el poder popular el que se debe constituir en paralelo, avanzando en fórmulas para copar el Estado.

El análisis estaba ya escrito en septiembre del fatídico año, sin embargo, su publicación posterior permite a Zavaleta incluir un apartado sobre el desenlace que titula, 'Posfacio sobre los acontecimientos chilenos' (México, diciembre de 1973). En él, citando a Lenin, señala que al mundo obrero chileno, dentro de la estrategia elegida para construir el socialismo, solo le cabía la guerra civil o el pogromo.

Un pogromo. He aquí lo que es Chile después de aquel 11 de septiembre. La clase obrera chilena no tuvo siquiera el privilegio de que se le diera un estado de guerra y, por consiguiente, no podía perder aquella guerra que no llegó a librar. Allá está el cadáver de Allende, en medio del incendio de La Moneda, cuando se incendiaba a la vez el propio estatuto democrático de la historia de Chile. Asesinado junto a su pueblo, mientras Neruda, que fue el cantor de Chile, resolvía morir en una suerte de acto mayor de padecimiento por los suyos, ahora sí convertido en una metáfora de Chile entero. (Zavaleta 2011 [1974], 513)

Para el intelectual, "[l]o de Chile se presenta en principio como el más terminante y notable fracaso del método de transición pacífica del capitalismo al socialismo" (Zavaleta 2011 [1974], 516). A diferencia del juicio de Darcy Ribeiro, Zavaleta valora los cordones populares y comunales y las tomas como una expresión del movimiento de masas que estaba fuera de las acciones partidistas, pero que era parte de la estrategia de poder de la Unidad Popular. Esta estrategia se diferenciaba de la seguida en Cuba, aunque no eliminaba el enfrentamiento directo y violento por el poder. Así, pese a la valoración de la vía chilena, señala que los partidos obreros no fueron capaces de convertir su aparato democrático en aparato clandestino y armado, lo que hacía evidente que no existía un verdadero partido revolucionario en Chile y que, pese a la retórica violentista,

en el campo de las decisiones objetivas [...], cuando sus enemigos planearon la guerra civil, los que sostenían la vía pacífica (que era el corazón de la que se llamó vía chilena) ya no pudieron o ya no supieron pasar a las actividades propias de la vía armada. (Zavaleta 2011 [1974], 519)

Haciendo el contrapunto con Ribeiro, para Zavaleta, Chile nunca tuvo la intención ni la posibilidad de convertirse en Cuba.

Con respecto al Ejército y su papel en el proceso, explica que las Fuerzas Armadas chilenas se veían como las guardianas del Estado, y es por eso que Allende confiaba para su defensa en la fidelidad institucional del Ejército, convirtiéndolo en un árbitro de la situación. Allende se sentía en ese momento la encarnación del Estado de Chile, sin embargo, para las Fuerzas Armadas ya no era “sino el principal de sus controversistas y detractores” (Zavaleta 2011 [1974], 521). Allende ve que la posibilidad de triunfo para el proletariado chileno podría haber estado en la alianza con los sectores medios para provocar así la división de las FFAA que, por el contrario, actuaron unidas contra el presidente en septiembre de 1973. Continúa Zavaleta:

Allende, probablemente, debió haber cedido en todo lo necesario, incluso mucho, para pactar con la Democracia Cristiana, a condición de prepararse paralelamente para la guerra civil que era inevitable en Chile y a la vez el antecedente imprescindible de la crisis revolucionaria, sin la que no se podía vencer. (Zavaleta 2011 [1974], 525-526)

No obstante, el problema no estuvo solo en la posibilidad de enfrentar la violencia golpista, sino también, según el boliviano, en los partidos de la Unidad Popular “que habían hecho de la legalidad un fetiche, como los ultraizquierdistas [...] que hacían una dilatada ofensiva hasta impedir la constitución hegemónica de una vanguardia obrera” (Zavaleta 2011 [1974], 526), sin buscar una alianza con la DC y también sin construir su propia hegemonía.

A diferencia de la definición de gorilismo utilizada por Darcy Ribeiro, Zavaleta recurre al adjetivo de fascista para darle carácter al golpe de Estado en Chile, comparando este proceso con la reacción fascista ocurrida en el Estado alemán. Según él, este tipo de golpes se desarrollaban en aquellos Estados democráticos avanzados donde la institucionalidad ya no era eficiente para la representación de los intereses de las clases dominantes. Así, la elite se había volcado hacia la violencia; no obstante, “la izquierda, con todo, creyó hasta el final en un Estado en el que su propio titular, la burguesía, había dejado de creer” (Zavaleta 2011 [1974], 523).

Zavaleta había escrito el texto analizando la experiencia de la Unidad Popular, intentando sacar lecciones de la derrotada revolución bo-

liviana de 1952, donde la conducción popular alcanzó un protagonismo profundo. Es por eso que su principal preocupación no es la institucionalidad o la posible reacción de las Fuerzas Armadas, sino la posibilidad cierta de construir poder. Es por eso que advierte la necesidad de definir las tareas militares de la izquierda. Sin embargo, solo una década después del golpe, el PC chileno abordará y resolverá el problema de la fuerza militar propia, aunque con una forma y objetivos distintos (Pérez 2017).

Ruy Mauro Marini

Por su parte, desde México y a través de revistas académicas, el brasileño Ruy Mauro Marini desarrolla la evaluación del proceso, destacando también la existencia de dos estrategias que no lograron dialogar durante el gobierno de Salvador Allende.

Marini, luego de pasar por México perseguido por la dictadura de su país, llegó a Chile en 1968 y se incorporó al MIR chileno casi como una continuidad natural de su militancia en la POLOP brasileña. En lo académico, tras un breve paso por la Universidad de Concepción, se trasladó a Santiago y se integró al CESO, en la Universidad de Chile (Lozoya 2020).

El golpe de Estado en Chile lo encontró cumpliendo funciones académicas y políticas de mucha figuración, por lo que frente a la amenaza de captura buscó refugio en dependencias administradas por la embajada de Panamá para luego partir a México (Marini 2012). Durante su estancia en este país siguió vinculado al MIR, dirigiendo el *Correo de la Resistencia*, órgano del partido en el exterior.⁷

Como intelectual militante, Marini analizó la derrota de la Unidad Popular utilizando las herramientas del marxismo⁸ y los juicios y proyecciones del compromiso partidario. Estos últimos fueron mucho más evidentes en las editoriales del *Correo de la Resistencia*, cuyo objetivo era la propaganda y la agitación.

En 1974 apareció el texto 'Dos estrategias en el proceso chileno' (Marini 1974a), publicado en la revista mexicana *Cuadernos Políticos* y,

⁷ El primer número del *Correo de la Resistencia* se publicó en junio de 1974 y continuó su publicación hasta octubre de 1975, cuando se interrumpe, editándose luego dos números especiales en octubre de 1979 y en octubre de 1981. Disponible en: <https://www.archivo-chile.com/entrada.html> [2 de septiembre de 2023].

⁸ Para profundizar en esta temática ver Osorio (2016).

meses después, 'Economía política de un golpe militar', en *Foro Internacional* (Marini 1974b). En ambos, Ruy Mauro propone la tesis de que el golpe de Estado en Chile cierra un ciclo de la lucha de clases en América Latina y abre uno nuevo, "superior, bajo muchos puntos de vista" (Marini 1974a, 2). Define este nuevo ciclo como una reacción en contra de la movilización social y las transformaciones profundas que estas proyectaban, pero, a diferencia de Ribeiro, que veía esta movilización como negativa para la institucionalidad que había que cuidar, Marini lo valoraba como parte constitutiva de la lucha por la construcción del socialismo. Por eso, no esgrime argumentos orientados a interpretar cómo podría haberse evitado el golpe, sino que se centra en analizar por qué el movimiento popular y el gobierno de Allende no tuvieron capacidades para enfrentarlo.

Bajo la experiencia del golpe en Brasil y reforzando la tesis del MIR según la cual la reacción burguesa era inevitable y se expresaría a través de un golpe de Estado, Marini profundiza en los componentes de la reacción y en las características específicas del proceso chileno. Así, explica que el ascenso de Allende al gobierno no se debió a la solidez institucional ni al carácter democrático y legalista de las Fuerzas Armadas —como lo afirmaba el Partido Comunista y Allende mismo—, sino a un error de cálculo de la burguesía que se presentó separada a las elecciones de 1970, generando el triunfo de la Unidad Popular. Esto se debió a las contradicciones desarrolladas en los últimos años entre la pequeña y la gran burguesía. De esta manera, entonces, la institucionalidad robusta de Chile no explicaría el triunfo de Allende, así como su caída tampoco se debió a la transgresión de dicha institucionalidad por parte del movimiento popular. El análisis desde la teoría de la dependencia permitía reconocer las características propias de la formación social chilena como parte del capitalismo periférico, alejándose de la mirada europeísta y etapista. Sin embargo, la determinación economicista seguía intacta, razón por la cual Marini no reconoce como relevantes las características específicas del Estado chileno, sino que ve que la contradicción fundamental residía en la división de la clase dominante.

Bajo este mismo enfoque clasista, le responde a Ribeiro respecto a su tesis de la izquierda desvariada, aclarando que, lejos de desvaríos violentistas, el MIR saludó el triunfo de la UP como una victoria del pueblo, suspendió las acciones armadas y formó parte del equipo de seguridad de Allende, no obstante, a su juicio la tarea del MIR era conducir al mundo popular

que aspiraba conquistar sus demandas históricas y orientar con esto la trayectoria del gobierno popular, el PC, en cambio, reforzando su estrategia histórica etapista, aspiraba a establecer una alianza con la DC —que representaba los intereses de la pequeña burguesía— para abrir así paso al socialismo. (Marini 1974a, 11)

El rol de los sectores medios nunca estuvo claro en el análisis, pero tampoco en la política de la nueva izquierda. El Partido Comunista veía en ellos un posible aliado para desarrollar las tareas democráticas burguesas, sin embargo, para la izquierda radicalizada la opción no era la alianza política, sino la adhesión de la pequeña burguesía a las luchas del pueblo. Es por esto que, para Marini, la posibilidad de enfrentar el golpe no estuvo nunca en la alianza de la Unidad Popular con la Democracia Cristiana (DC), sino en la unidad en la conducción de las luchas del pueblo en alza. Lejos de los cálculos alegres que sacaba el Partido Comunista de los resultados electorales —que eran interpretados como una evidencia de la acumulación de fuerzas—, existía, según el autor, una profundización de las contradicciones de clase que no dejaba otra opción que el enfrentamiento directo.

La lectura desde la tesis del desarrollo institucional avanzado expresada en los escritos de Zavaleta, fue parte de la discusión durante la Unidad Popular y fue retomada luego por Marini para contradecirla y resaltar el carácter de clase de la Democracia Cristiana y de los militares chilenos. Bajo ese argumento, Marini señala que las condiciones deliberativas de las Fuerzas Armadas chilenas fueron abiertas por la presión ejercida desde la DC para que los militares se integraran al gobierno, lo que orientó el proceso hacia el resguardo del Estado y terminó satisfaciendo las exigencias de la Democracia Cristiana, que incluían la represión del movimiento popular y el allanamiento y desalojo de las fábricas tomadas.

En sintonía con Zavaleta Mercado, aunque con un matiz, Ruy Mauro Marini califica el régimen impuesto por el golpe como militar-fascista, aunque sin un verdadero movimiento fascista. La dictadura chilena compartía características con los regímenes que desde el año 1964 se venían imponiendo en América Latina. Este militar-fascismo, “bajo la égida del gran capital nacional y extranjero, se apoya fundamentalmente en un sector específico de las clases medias: los militares” (Marini 1974a, 30). El componente ideológico de este fascismo militarista estaría en “la disposición de la junta militar de excluir a la clase obrera y al pueblo de toda

forma de participación política y en la ideología chovinista de que el gobierno echa mano" (Marini 1974a, 30). Es importante la caracterización del régimen, ya que no todo militarismo tenía un carácter fascista. En el caso del Perú de Velasco Alvarado, si bien había diferencias sobre cómo definirlo, nadie habría osado decir que era un movimiento fascista. De la misma manera, no todo fascismo tendría como base a las clases medias.

Meses más tarde, Marini (1974b) publica en la revista *Foro Internacional*, también mexicana, el artículo 'Economía política de un golpe militar', donde reitera las apreciaciones sobre el golpe en Chile y analiza el primer año de dictadura, destacando las medidas económicas tomadas por la junta para reforzar el carácter de clase del régimen. Marini detalla lo siguiente:

la jornada de trabajo ha sido aumentada sin contrapartida salarial en las fábricas y oficinas; en las actividades básicas controladas por el Estado, como las minas de carbón de Concepción y Arauco, se ha implantado un régimen de trabajos forzados, que llega incluso a prohibir a los obreros ausentarse de la zona sin el permiso de las autoridades militares; en las fábricas y fundos, que se devuelven masivamente a sus antiguos propietarios, se impide en la práctica cualquier forma de organización mediante la cual los trabajadores puedan hacer valer sus derechos; los sueldos y salarios se han reajustado en un 600%, mientras que la inflación en 1973 ha sido del orden de 1.200% y ha mantenido su marcha ascendente en 1974. (Marini 1974b, 284)

El teórico de la dependencia advierte que, aunque la burguesía pretenda volver a las condiciones existentes en 1970, esto no es posible debido a varios factores: el primero de ellos es que a partir del golpe se ha reforzado la posición de la gran burguesía y el capital extranjero; por el contrario, y en segundo lugar, la pequeña burguesía, que había alcanzado un sitio de privilegios desde los años treinta e incluso durante la UP, se había subordinado a la gran burguesía, siendo derrotada en sus aspiraciones y sufriendo la violencia por parte del régimen. Esto, proyecta Marini, generará una nueva crisis interburguesa en el mediano plazo. Además de eso, señala que durante el gobierno de Allende se desarrolló un avance en la conciencia de las masas, incorporándose a la movilización sectores marginales que anteriormente no formaban parte de las acciones de lucha. A juicio del brasileño, estos últimos dos aspectos explican la violencia profunda y extendida que el régimen estaba aplicando a la población. El análisis de Marini es novedoso ya que, en los

primeros años tras ocurrido el golpe, las denuncias sobre la violencia del régimen no incluían una interpretación específica de su uso, sino más bien tal violencia se daba por sentada y no se reparaba en las formas y objetivos específicos para definir el carácter de la dictadura.

Tomás Moulian

La última de las interpretaciones analizadas es la del sociólogo chileno Tomás Moulian quien, a diferencia de los intelectuales anteriores, no sale al exilio tras el golpe de Estado en Chile y para entonces contaba con una posición menos relevante es la escena intelectual local. Moulian estudió en la Pontificia Universidad Católica y se doctoró en Lovaina; fue parte de los militantes democratacristianos que abandonaron el partido para incorporarse al MAPU y desde esa tienda política apoyó el gobierno de Allende. Su trayectoria intelectual está ligada al CEREN, donde fue investigador y profesor entre 1971 y 1973, para luego del golpe ingresar a FLACSO, institución donde se mantuvo desde 1974 hasta 1990 (Tarcus, Sader y Gómez 2008, 145).

Moulian escribe durante los primeros años de la dictadura, cuando es militante del MAPU, partido símbolo de la renovación socialista, y desde FLACSO, uno de los pocos espacios intelectuales que queda activo a mediados de 1970 (Moyano 2010). Con respecto al MAPU, pese a que en los análisis sobre el período los historiadores no lo adscriben a la nueva izquierda, en sus definiciones se declara como un partido revolucionario crítico del gradualismo y que en 1972 adscribe al marxismo-leninismo. En retrospectiva, actores políticos relevantes definen la política desarrollada durante la Unidad Popular como ultraizquierdista (Arrate 2010).

Por su parte, FLACSO se convirtió en un espacio de refugio para los cientistas sociales que permanecieron en el país (Moyano 2011). Aunque identificados con la izquierda, muchos de ellos no tenían militancia o eran parte de los partidos que no sufrieron una persecución tan feroz como la experimentaron el PC, el PS y el MIR. FLACSO era, además, una institución transnacional y, como señala Cristina Moyano (2011, 198), “el halo de ‘cientificidad’ que estaba detrás de los análisis sociales y politológicos que en los distintos centros de investigación se desarrollaban, hacía aparecer estos estudios ‘menos comprometidos’ y más ‘objetivos’”, lo que protegía a sus investigadores. Aun así, la actividad intelectual fue una de las formas de hacer política de la época. Entre los intelectuales

mapucistas vinculados a FLACSO se pueden distinguir dos grupos: uno de ellos abandonó el marxismo como herramienta de análisis y el otro, desde la crítica a la ortodoxia y el mecanicismo, siguió considerándolo un instrumento válido, por lo menos para la reflexión teórica. Moulian era uno de estos últimos (Moyano 2011).

Los análisis de los investigadores de FLACSO se editaban internamente como documentos de trabajo. El primero de Moulian (1975) —editado con posterioridad— se tituló ‘Lucha política y clases sociales en el período 1970-1973’. Según nota del autor, el texto fue elaborado entre octubre y diciembre de 1973; es decir, las reflexiones de Moulian se desarrollaban mientras ocurrían los episodios más cruentos de represión.

En ese extenso texto de 1975, el sociólogo explica la trayectoria del Estado chileno, señalando que son las características propias del desarrollo del capitalismo, en paralelo al surgimiento y crecimiento del movimiento obrero y un sector medio amplio, que hacen posible la existencia de una institucionalidad democrática como la de Chile. A diferencia de Zavaleta, Moulian no reconoce contradicción alguna debido a la condición de economía dependiente del país, sino que señala que a veces esta situación simplemente se produce en la historia, ‘se da’, esbozando algunos elementos de la tesis de la autonomía relativa de la política que en los años siguientes adquirirá tanto prestigio.

Desde este análisis de lo político y casi con las mismas palabras utilizadas por Ruy Mauro Marini en el texto analizado con anterioridad, Tomás Moulian señala que el ascenso de la UP al gobierno estuvo determinado por la división al interior de la burguesía, aunque no la define como una división de clase, sino como un hecho político, como un quiebre de la hegemonía de la burguesía expresada en la confianza que este sector deposita en los partidos del centro político. Era la Democracia Cristiana la que cumplía este papel de suplantación de la burguesía en el poder y a la vez de representante de los sectores medios.

El problema de conducción no solo lo sufría la elite económica, sino también el campo popular. A juicio de Moulian, en el proyecto de la izquierda existía una división; sin embargo, el problema no estaba en su existencia misma, sino en la incapacidad de que alguna de las líneas se convirtiera en hegemónica. El Partido Socialista y el Partido Comunista apostaban por líneas diferentes, no obstante, se esmeraron por mantener la alianza entre ellos. Así, el PC no fue capaz de llevar hasta las últimas consecuencias la política que cohesionaba al partido, por sostener

la alianza con el PS, que estaba dividido con respecto a la estrategia. Esta apuesta por la unidad habría involucrado también al presidente que, evitando la construcción de la hegemonía en torno a la línea democrática-nacional con la que estaba comprometido, adoptó “un papel de arbitraje, sacrificando siempre la consistencia a la preservación de la unidad y la cohesión interna del frente” (Moulian 1975, 37).

Moulian (1975) señala que, más allá de los problemas de conducción y la crisis de hegemonía —sobre la cual también advierte Zavaleta—, y si bien las características propias del desarrollo institucional de Chile hicieron posible la experiencia de la Unidad Popular, la viabilidad de esta estaba condicionada por el “desarrollo de un programa democrático-nacional sobre la base de una alianza efectiva con los sectores medios” (Moulian 1975, 109). Esto no fue valorado por la izquierda, la que se centró en cambio en la expropiación de los monopolios, ya que se percibía que esta acción le daba el carácter revolucionario al gobierno. La Unidad Popular, lejos de esto —a juicio de Moulian— fue un populismo de izquierda que estableció una relación clientelar con los obreros, sin conminarlos como clase a la construcción de un proyecto, sino a la simple satisfacción de sus intereses inmediatos, sin exigirles disciplina y consenso.

El problema del poder también es abordado por Moulian, pero no en el sentido en que Zavaleta y Marini lo concebían, sino en cuanto control del Estado. Para el sociólogo chileno era necesario implementar reformas políticas como tarea estratégica y de esa manera resolver el problema del poder; sin embargo,

en vez de aprovechar la posibilidad todavía existente de articular fuerzas para transformar la institucionalidad pre-existente, se prefirió operar como si ella no existiera [...] las modificaciones de la legalidad vigente eran indispensables en la perspectiva de un programa democrático-nacional viable para Chile, el cual debía realizarse (cualquiera fuera la voluntad de los actores), respetando la institucionalidad. (Moulian 1975, 46)

Con respecto a los perpetradores e instigadores del golpe de Estado en Chile, Moulian aborda una de las discusiones más complejas del período: la relación con la Democracia Cristiana y la posibilidad de alcanzar acuerdos con este partido representante de las clases medias. A su juicio, no existían en la DC sectores autoritarios, sino golpistas. Estos últimos aceptaban la posibilidad de que Allende fuera derrocado por un *putsch* que reestableciera en Chile el orden liberal. En este sentido, las Fuerzas Armadas no eran caracterizadas como fascistas o como instrumento de

la clase dominante: Moulian advertía que estas tenían una ideología propia “no reductible de un modo simple a una ideología de clase” (Moulian 1975, 103).

Moulian coincide con Zavaleta en que las FFAA se sentían las defensoras de la institucionalidad estatal que tenía origen y sustento en la coalición burguesía-clase media, las que en ese momento se configuraban como opositoras a la Unidad Popular. Es por ello que, al momento de decidir que se incorporaran al gobierno después de la crisis de octubre de 1972, se abrió el debate sobre si estas permitirían resolverla o si su incorporación significaría un obstáculo para el desarrollo del Poder Popular. Según Moulian (1975), esta contradicción no se resolvió, por lo cual los militares, después de abocarse a superar la crisis, se encontraron enfrentados a quienes representaban para ellos la institucionalidad.

En síntesis, las relaciones del gobierno con los militares siguieron el mismo modelo que sus relaciones con las capas medias y la Democracia Cristiana. En ambos casos el desarrollo estable de esas relaciones requería la opción de un programa democrático-nacional. Eso hubiera implicado garantizar formas de participación de las capas medias en el bloque en el poder, sea bajo la forma de una alianza política formal, sea bajo la forma de acuerdos programáticos puntuales. (Moulian 1975, 109)

Sin ahondar mayormente en ello, Moulian señala que la imposibilidad de pactar con los sectores medios provocó su *fascistización*, lo que repercutió en las Fuerzas Armadas. A diferencia entonces de los juicios de Marini, el carácter fascista del golpe no estaría dado por la actuación de las FFAA, sino por la ideologización de las clases medias.

Las categorías y el reconocimiento de la autonomía de la política y la necesidad de construcción hegemónica sitúan a Moulian en un momento bisagra entre la renovación del marxismo desarrollada en la década de 1960 y la experimentada por intelectuales y políticos en la de 1980.

3. Conclusiones

El debate que hemos analizado es representativo no solo de los argumentos utilizados para explicar el golpe de Estado en Chile, sino que también es parte de una forma de debate de época. Destacan en estas formas una marcada orientación de izquierda de los espacios académicos ligados a las ciencias sociales. Esto incluye a las revistas, donde ob-

servamos discusiones bajo preguntas similares para toda Latinoamérica y en las que podemos reconocer a los intelectuales relevantes en el período y a otros que comenzaban sus trayectorias y que luego orientarán sus análisis a otras problemáticas y enfoques cuando cambie la forma de hacer ciencias sociales. De esta manera, no solo estamos asistiendo al fin de un ciclo histórico, sino también a la transformación de las formas de ser de los intelectuales públicos.

Los cientistas sociales vinculados al proyecto de la Unidad Popular desarrollaron un temprano análisis del proceso que ahondaba en las contradicciones del mismo, especialmente en aquellas que no se pudieron resolver. Desde la perspectiva marxista, las condiciones estructurales eran un dato de la causa, sin embargo, las características y posicionamientos que iban tomando los actores en la historia definían las condiciones de la lucha de clase y las posibilidades de enfrentarlas. En ese sentido, los intelectuales-políticos de la nueva izquierda realizaron una autocrítica que no hacía hincapié en la traición o conspiración de los otros, sino en las propias faltas.

Si bien circularon los documentos de la ITT (Secretaría General de Gobierno 1972), era conocido el Plan Camelot y se especulaba sobre el financiamiento de la CIA en el paro de los camioneros que desencadenó la crisis de octubre de 1972. Los cientistas sociales tomaron la intervención estadounidense como parte de las condiciones estructurales que debieron enfrentar, sin redundar en acusaciones de intervenciones imperialistas para explicar la derrota del proyecto popular.

También como elemento estructural, en todos los análisis destacan las características específicas de la institucionalidad chilena lo que, a juicio de los investigadores y a diferencia de otros países, determinaba la existencia de sectores medios importantes en lo económico y político, fundamentales para resolver el problema del poder; de ahí que en todos los análisis exista una autorrecriminación por no poder leer y enfrentar la relación con estos sectores. En este punto, el análisis de la actuación de la Democracia Cristiana adquiere mucha importancia debido a que es vista como su representante frente al Estado.

Pese a la importancia que Zavaleta, Marini y Moulian le otorgan a los sectores medios, la caracterización que hacen de ellos es bastante ambigua. Para Zavaleta y Marini parecen ser más bien una pequeña burguesía entendida como empresariado nacional y nacionalista, pero para

Moulian pareciera que la composición principal de ella es de profesionales y pequeños propietarios. La definición y caracterización del sector habría resultado trascendental para explicar su ideología nacionalista o fascista y para concebir la posibilidad de establecer una alianza con los sectores populares.

Uno de los aspectos más relevantes en el que coinciden los textos de los intelectuales analizados, es la existencia de estrategias distintas para la construcción del socialismo, incluso dentro de la coalición de gobierno; sin embargo, no existe un examen profundo del vínculo del mundo popular con estas estrategias. Al igual que la intervención estadounidense se consideraba como parte de las condiciones estructurales, la movilización popular no era más que la evidencia del desarrollo de la lucha de clases. Así, las estrategias fueron analizadas teniendo en cuenta las definiciones de los partidos y las discusiones internas en la UP y no a partir de la recepción de ellas por parte del mundo popular. Los cientistas sociales concluyeron que debió haber una unidad en la estrategia o por lo menos la hegemonía de una de ellas. En estos análisis, la disposición de las masas a combinar la participación electoral —como lo demuestra el aumento de las votaciones por la izquierda durante el período— con la participación en tomas de terreno y fábricas, donde se usaba la violencia de masas, era solo responsabilidad de los dirigentes, sin analizar las trayectorias, subjetividades y necesidades objetivas del mundo popular que nutría las estrategias definidas desde los líderes. Sobre esto podemos decir que la participación del mundo popular y las formas que adquiere la protesta y adhesión a los proyectos de la elite fue y sigue siendo un misterio para los intelectuales.

La violencia perpetrada por los militares contra la población tampoco fue objeto de análisis y se consideró parte constitutiva de cualquier acción reaccionaria. Pese a que rápidamente corrieron las noticias de muertos en las calles, desaparecidos y en los meses siguientes la existencia de centros de tortura, la forma y los objetivos en el uso de la violencia no fueron considerados como elementos para caracterizar el régimen, el cual fue definido como fascista o gorila, utilizando las categorías acuñadas hasta entonces, predominando la de fascista.

A diferencia de lo anterior, la violencia popular sí fue considerada en los análisis que buscaban culpables del golpe de Estado, más

allá de los propios perpetradores. Esto se confirma en los textos más tempranos, como el de Ribeiro en 1974 hasta en un grupo más nutrido que se publicó posteriormente y que se ha proyectado en el tiempo y reproducido hasta el infinito, sosteniendo la teoría del empate o de los dos demonios.

Pese a las críticas que posteriormente se han realizado a estos análisis por ser políticamente situados, podemos reconocer en los intelectuales de la nueva izquierda una temprana autocrítica por la incapacidad de materializar el proyecto de construcción socialista. Esta autocrítica se desarrolló dentro del proyecto sin distanciarse y menos renunciar a la utopía. Es por eso que las categorías y marcos del análisis siguen siendo el marxismo, la teoría de la dependencia y el compromiso partidario. Aun así, es posible notar de manera explícita el uso de la categoría de hegemonía y una concepción historicista del marxismo que pone atención a los contextos, a las particularidades en las formaciones sociales locales y que plantea la autonomía relativa de la política.

Análisis más o análisis menos, la disputa por la interpretación del pasado y las explicaciones sobre el golpe siguen estando tanto en la arena de la historia como en la de la política, y desde izquierdas y derechas se siguen exigiendo autocríticas que en algunos casos se han ido formulando con el correr de los años, ya sea por la renuncia a los proyectos que detentaban en ese momento o porque el triunfo del que gozan actualmente les permite una autocrítica sin costos. Podemos usar una y otra vez las palabras que escribió Hobsbawm (2013, 352) el 20 de septiembre de 1973, publicadas en la revista *New Society*: “qué otra opción les quedaba a los opositores de Allende más que un golpe, la respuesta es simple: no hacer un golpe”.

Bibliografía

- Arrate, J. 2010. La autocrítica ideológica y la reactivación sindical como puntos de partida. Disponible en: https://www.socialismo-chileno.org/PS/arrate/Arrate_rojas.pdf [3 de agosto 2023].
- Bohoslavsky, A. 2021. El PRT, la democracia y la revolución. *Joselito Bembé. Revista Político Cultural* 2, 121-140.
- Candia, J.M. 2014. Juan Carlos Marín; entre la sociología científica y el compromiso militante. *Pacarina del Sur* 5(21). Disponible en: <http://pacarinadelsur.com/home/brisas/1046-juan-carlos-marin-entre-la-sociologia-cientifica-y-el-compromiso-militante> [3 de agosto 2023].
- Casa de las Américas 1973. *Casa de las Américas* 84. Edición especial.

- Devés, E. 2017. *Redes intelectuales en América Latina*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Di Pasquale, M.A. 2011. De la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: retrospectivas y perspectivas. Un mapeo de la cuestión. *Universum* 26(1), 79-92.
- Dosse, F. 2007. *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València.
- Furcci, C. 2008. *El Partido Comunista de Chile y la Unidad Popular*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- García, P., Marini, R.M., Ribeiro, D. y Rossi, C. 1974. *¿Por qué cayó Allende? Autopsia del gobierno popular*. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor.
- Guiller, D. 2022. Zavaleta Mercado, René. *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*. Disponible en: <https://diccionario.cedinci.org/zavaleta-mercado-rene/> [1 de septiembre 2023].
- Hobsbawm, E. 2013 [1973]. El asesinato de Chile (349-352). En Joignant, A. y Navia, P. (comps.), *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Jaramillo Restrepo, S. 2021. Hacia un mapa de revistas de la nueva izquierda intelectual colombiana surgida en la década de 1960. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 48(2), 329-360.
- Lozoya, I. 2015. Theotonio Dos Santos, un intelectual revolucionario. *Izquierdas* 25, 238-275.
- Lozoya, I. 2020. *Intelectuales y revolución: científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Marcha 1973a. *Marcha* 74, septiembre.
- Marcha 1973b. *Marcha* 75, septiembre.
- Marini, R.M. 1974a. Dos estrategias en el proceso chileno. *Cuadernos Políticos* 1, 8-32. Disponible en: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP1/CP1.5RuyMauroMarini.pdf> [15 de agosto 2023].
- Marini, R.M. 1974b. Economía política de un golpe militar. *Foro Internacional* 15, 2(58), 279-291. Disponible en: <https://forointernacional.colmex.mx/index.php/fi/article/view/637/627> [15 de agosto 2023].
- Marini, R.M. 1975. Contra la represión gorila: concretar la unidad de la izquierda y activar la solidaridad internacional. *Correo de la Resistencia* 6. Disponible en: <https://marini-escritos.unam.mx/?p=2754> [12 de enero 2024].
- Marini, R.M. 2012. *El maestro en rojo y negro: textos recuperados*. Quito: IAEN Instituto de Altos Estudios Nacionales, Decanato General de Investigación.
- Moulian, T. 1975. Lucha política y clases sociales 1970-1973. Documentos de Trabajo. FLACSO. Disponible en: <https://flacsochile.org/memoria-digital-flacso-chile/> [1 de septiembre 2023].
- Moyano, C. 2010. *El MAPU durante la dictadura: saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile 1973-1989*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Moyano, C. 2011. Pensar la transición a la democracia. Temas y análisis de los intelectuales MAPU en Sur y Flacso 1976-1989 (195-240). En Mella, M. (ed.), *Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena*. Santiago: RIL Editores.
- Osorio, J. 2016. *Teoría marxista de la dependencia. Historia, fundamentos, debates y contribuciones*. Buenos Aires: Los Polvorines, Ediciones UNGS.
- Palti, E.J. 2007. La nueva historia intelectual y sus repercusiones en América Latina. *História Unisinos* 11(3), 297-305.

- Pérez, C. 2017. Del 'vacío histórico' al desarrollo de la política militar del Partido Comunista de Chile. Itinerario y producción política de oficiales comunistas chilenos en las Fuerzas Armadas revolucionarias de Cuba, 1975-1980. *Trocadero* 29, 81-115.
- Pinto, J. 2005. Hacer la revolución en Chile (9-33). En Pinto, J. (coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM Ediciones.
- Ramos, S. 1972. *Chile, ¿una economía en transición?* La Habana: Casa de las Américas.
- Retamozo, M. y Schuttenberg, M. 2016. Gorila, más que una palabra. Usos y controversias en la Argentina contemporánea. *Oficios Terrestres* 35.
- Ribeiro, D. 1974. Allende y la izquierda desvariada. *La Opinión Cultural*, 20 de enero. Disponible en <https://www.socialismo-chileno.org/PS/sag/biografia/testimonios/legados47.PDF> [1 de septiembre 2023].
- Rojas, M. 2014. La evolución política del Partido Socialista de Chile durante la primera parte de la dictadura (1973-1979). *Divergencia* 5(3), 9-34.
- Ruiz, M.O. 2020. Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su lectura sobre la Unidad Popular después del golpe de Estado de 1973 (241-262). En Austin Henry, R., Salém Vasconcelos, J. y Canibilo Ramírez, V. (comps.), *La vía chilena al socialismo 50 años después*, Tomo I: *Historia*. Buenos Aires: CLACSO.
- Secretaría General de Gobierno 1972. *Documentos secretos de la ITT*. Santiago: Quimantú. Disponible en: <https://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0016021.pdf> [1 de enero 2024].
- Silva Gatta, I. 2013. El golpe y la dictadura militar en las caracterizaciones tempranas de la izquierda chilena (1973-1977). *Revista Grafía* 10(2), 90-110.
- Sociedad y Política 2019 [1973]. *Sociedad y política 1972-1983*. Edición facsimilar. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales.
- Stallings, B. y Zimbalist, A. 1973. Showdown in Chile. *Monthly Review* 25(5), 1-24. Disponible en <https://monthlyreviewarchives.org/mr/issue/view/MR-025-05-1973-09> [20 de agosto 2023].
- Suasnábar, C. e Isola, N. 2011. Tomás Amadeo Vasconi y la radicalización del pensamiento político-pedagógico en las décadas del sesenta y setenta. *Revista Colombiana de Educación* 61, 201-219.
- Tarcus, H., Sader, E. y Gómez, J.C. 2008. Tomás Moulian: itinerario de un intelectual chileno. *Crítica y Emancipación. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* 1, 129-174. Disponible en: <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20100831063653/7453.pdf> [20 de agosto 2023].
- Tortti, M.C. 2021. Historia reciente y una nueva izquierda: una revisión (17-36). En Tortti, M.C. y González Canosa, M. (dirs.), Bozza, J.A. (coord.), *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Zavaleta Mercado, R. 2011 [1974]. *Obra completa*, Tomo I. La Paz: Plural Editores.
- Zerán, F. 1973. Chile: El poder popular en acción. *Sociedad y Política* 4, 16-19. *EP*

Artículo

El proceso formativo del Partido Socialista de Chile: estudio sobre el origen de algunas de sus definiciones fundamentales

Joaquín Fernández Abara

Universidad Finis Terrae, Chile

RESUMEN: A través del análisis de fuentes bibliográficas, documentales, hemerográficas y de memorialistas, en este artículo se aborda el período fundacional del Partido Socialista de Chile. Se describen las diversas agrupaciones socialistas surgidas en la coyuntura 1931-1932 y se señalan las características distintivas y las actuaciones de aquellas que concurrieron en la formación del Partido Socialista en 1933. Se enfatiza en sus planteamientos y contenidos ideológicos, composición social y trayectorias militantes. También se abordan las características del Partido Socialista de Chile en sus años formativos, teniendo en cuenta sus peculiaridades y las principales orientaciones doctrinarias que pretendió darle su dirigencia. Se indica que dichas características originarias generaron un marco que constriñó sus definiciones ideológicas, así como su capacidad de recepción y adaptación de ideas y modelos internacionales con posterioridad. En este sentido, el Partido Socialista de Chile habría decantado por una opción socialista revolucionaria, crítica del modelo comunista soviético, pero conscientemente ajena a la socialdemocracia, a la vez que defensora de un nacionalismo antiimperialista latinoamericano. Esto se explicaría por el carácter

JOAQUÍN FERNÁNDEZ ABARA es candidato a doctor en Historia por la Universidad de Leiden, Países Bajos. Es profesor investigador en el CIDOC y en la Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae, Chile. Dirección: Alberto Henckel 2317, Providencia, Santiago, Chile, CP 7510450. Email: jfernandez@uft.cl.

Agradezco las sugerencias de Dany Jerez Leiva y de Marcelo Casals Araya, al igual que los comentarios de los evaluadores que han permitido enriquecer el texto. También a la Biblioteca Clodomiro Almeyda, que ha puesto a disposición de los lectores diversos folletos y periódicos en el sitio www.socialismo-chileno.org.

vanguardista y revolucionario de las agrupaciones que le dieron origen, a la vez que por la circulación entre sus cuadros fundadores de ideas identitaristas y nacionalistas económicas latinoamericanas.

PALABRAS CLAVE: Chile, política, siglo XX, Partido Socialista de Chile, República Socialista, socialismo, socialdemocracia, nacional populismo, marxismo

RECIBIDO: junio 2023 / **ACEPTADO:** octubre 2023 / **ONLINE FIRST:** diciembre 2023

The Formation Process of the Socialist Party of Chile: A Study on the Origins of Some of Its Fundamental Definitions

ABSTRACT: Through the analysis of bibliographical, documentary, newspaper, and memorial sources, the article deals with the founding period of Chile's Socialist Party. It begins by describing the different socialist groups that emerged in the 1931-1932, pointing out the characteristics and actions of those who united to form the Socialist Party in 1933. It also emphasizes their ideological approaches, social compositions, and militant trajectories. Subsequently, the article addresses the characteristics of the Chilean Socialist Party in its formative years, taking into account its peculiarities and the main doctrinal orientations that its leadership sought to establish. It is noted that these initial characteristics created a framework that limited its ideological definitions and its ability to later receive and adapt international ideas and models. In this sense, the article argues that the Chilean Socialist Party opted for a revolutionary socialist option, critical of the Soviet communist model but consciously alien to social democracy, while defending a Latin American anti-imperialist nationalism. These characteristics are due to the *avant-garde* and revolutionary nature of the groups that gave it origin, as well as the circulation among its founding cadres of Latin American economic nationalist and identitarian ideas.

KEYWORDS: Chile, politics, 20th Century, Socialist Party of Chile, Socialist Republic, socialism, social democracy, national populism, marxism

RECEIVED: June 2023 / **ACCEPTED:** October 2023 / **ONLINE FIRST:** December 2023

En este artículo abordaremos el período formativo del Partido Socialista de Chile (PSCh). Trataremos el contexto sociopolítico en el que tuvieron lugar sus orígenes, las características sociales e ideológicas de las organizaciones que le dieron forma y los elementos que las distinguían de otras colectividades políticas que en ese tiempo también invocaban la identidad socialista. Daremos cuenta de su actuación ante los tumultuosos acontecimientos del año 1932, enfatizando en las actitudes que tomaron ante la 'República Socialista' de aquel año y la política coalicional que le siguió. Finalmente analizaremos la fundación del PSCh y las

principales peculiaridades ideológicas y sociales de sus primeros años, señalando cómo estas características originarias marcaron una pauta que constriñó su capacidad de recepción y adaptación de ideas y modelos internacionales con posterioridad.

Al respecto cabe preguntarse, ¿por qué enfatizar en la coyuntura fundacional de las organizaciones socialistas nacidas tras la caída de la dictadura de Ibáñez y del propio PSCh? ¿Qué aporta a la comprensión de fenómenos de largo plazo el estudio de un momento históricamente acotado? Sobre este punto nos hemos guiado por los teóricos del *path dependency*, propios del institucionalismo histórico, quienes sostienen que “las elecciones tomadas cuando se está formando una institución o cuando se formula una política tienen un efecto restrictivo en el futuro” (Greener 2005, 62). Sin negar la dinámica del cambio histórico, la agencia de los individuos y el rol transformador de las ideas, cabe tener en cuenta que las decisiones tomadas al momento de fundar una institución implican la elección de un *camino a seguir*, limitando y dificultando las posibilidades de tomar disposiciones heterodoxas y divergentes. Esta situación obligaría a los actores que componen una institución a adaptarse a las directrices que fueron hegemónicas al nacer la organización, imponiendo altos costos y dificultades a su potencial mutación o ruptura (Thelen 1999, 385). Esto implica, siguiendo a Collier y Collier (1991, 27-29), poner atención a las “coyunturas críticas”, o momentos de “elecciones cruciales”, a veces de corto o mediano plazo, los que muchas veces pasarían a definir los límites de los espacios y contenidos de discusión política. Siguiendo este mismo razonamiento, consideramos que las decisiones imperantes en los momentos fundacionales de organizaciones políticas también condicionan y constriñen la disposición para la recepción de ideas políticas circulantes y las posibilidades de éxito de la transferencia de ideas y modelos políticos transnacionales (Te Velde 2005; Dotti et al. 2008; Espagne 2013). Incluso, como han planteado Buckler y Dolowitz (2009), los procesos de renovación y transformación ideológica tienden a buscar referencias en el pasado para apoyarse en un supuesto sentido de autenticidad que los legitime.

En este sentido, el estudio de la coyuntura de inicios de la década de 1930 es de importancia primordial. Esto, debido a que llevó al reordenamiento de clivajes y esquemas de competencia en el sistema de partidos y al surgimiento de muchos elementos de identidad partidaria

que, en términos generales, se mantuvieron hasta 1973. Esta situación se plasmaría en el PSCh, cuya aparición en el año 1933 fue el factor principal que permitió el realineamiento del sistema de partidos en torno a un clivaje en el que “lo social y la división capital-trabajo se volvió el eje fundamental” (Moulian 2009, 75-83; Scully 1992).

Los años fundacionales del PSCh y las características de las organizaciones que le dieron origen permitieron articular un partido con características peculiares, como eran la defensa de una opción revolucionaria, marxista, pero abierta a la recepción de otras influencias; a la vez, crítica del comunismo e imbuida en un nacionalismo de carácter latinoamericanista y marcadamente antiimperialista. No es de extrañar que cientistas sociales e historiadores hayan calificado al PSCh como una colectividad socialista con rasgos populistas (Drake 1992) o como una “socialdemocracia revolucionaria” (Pollack y Rosenkranz 1986). Estas definiciones, más bien generales, permitieron coligar un amplio abanico de organizaciones con militancias de los más variopintos orígenes, los que, si bien muchas veces tenían posturas disímiles, se reunían por la oposición a determinadas corrientes y problemas sociales como los socialismos reformistas y el socialismo de Estado; también mantenían un distanciamiento formal respecto de las doctrinas corporativistas y posturas críticas frente al estalinismo y el antiimperialismo. En este sentido, la formación del PSCh aglutinó un conjunto de grupos en los que tendía a primar cierta diversidad y flexibilidad en una organización que, aunque mantenía importantes distinciones ideológicas internas, generó límites doctrinarios y parámetros distintivos. Varias de estas características han sido atendidas por los estudios existentes sobre la historia del Partido Socialista. Sin embargo, creemos relevante ligar el contexto fundacional y las peculiaridades de las organizaciones fundadoras con las características que posteriormente tuvo el partido en su desarrollo histórico.

En esa línea, hemos dividido el artículo en tres partes principales. En un primer apartado (1), estudiaremos la coyuntura 1931-1932 y el surgimiento de nuevas organizaciones socialistas. En una segunda sección (2), analizaremos el período comprendido entre junio de 1932 y abril de 1933, correspondiente a la coyuntura en que tuvieron lugar la República Socialista y la formación del PSCh. En tercer lugar (3), analizaremos las características del PSCh al momento de su fundación. Propondremos que tanto la circunstancia en la cual se originó la fundación del PSCh, signada

por la crisis del orden oligárquico y el cuestionamiento al liberalismo, como las características de las organizaciones que apoyaron la 'República Socialista' y convergieron en el PSCh, marcaron la posterior disposición del partido a adaptar determinados tipos de ideas políticas. En ese sentido, este partido se habría decantado por la adopción de una noción de marxismo amplia y no dogmática, pero al mismo tiempo revolucionaria, recelando de las experiencias socialdemócratas de origen europeo o europeizantes. Su valoración de la autonomía nacional y del antiimperialismo latinoamericanista facilitó su relación y adhesión crítica a experiencias de tipo nacionalista-populista especial, aunque no exclusivamente, en América Latina. Finalmente, en las conclusiones (4) sintetizaremos las ideas centrales del texto y analizaremos las proyecciones en el tiempo de las características fundacionales del socialismo chileno.

Para lograr nuestro cometido, hemos recurrido principalmente a una metodología basada en el análisis documental, tomando fuentes hemerográficas como diarios y revistas, tanto partidistas como informativas y de circulación nacional. También hemos accedido a manifiestos y declaraciones tomados de folletería partidista y a textos de memorialistas. A través del análisis de dichas fuentes, complementadas con bibliografía secundaria, hemos podido reconstruir los planteamientos y discursos identitarios de diversas organizaciones políticas socialistas creadas entonces, a la vez que dar cuenta de las principales decisiones y posturas tomadas ante acontecimientos cruciales del período. Esto nos ha permitido identificar las características distintivas de aquellas que derivaron en la formación del PSCh y analizar cómo varias de ellas perduraron en el tiempo.

1. La coyuntura de 1931-1932 y el surgimiento de nuevas organizaciones políticas socialistas

La caída de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) tras las movilizaciones de julio del año 1931, sumadas a los efectos socioeconómicos de la crisis de 1929, propiciaron en Chile un cuadro de inestabilidad que redundó en la fragmentación del sistema de partidos y en la emergencia de nuevas colectividades políticas.

En su gobierno, Ibáñez había dividido los partidos políticos existentes, buscando apoyos en su interior y reprimiendo a los opositores. A la

vez, había coartado el sindicalismo revolucionario vinculado a organizaciones políticas y atraído hacia su órbita a buena parte de las dirigencias y bases sindicales gracias a su reformismo social, la legislación laboral y sus ofertas de sindicalismo legal (Vial 1997; Scott 2009; Rojas 1993, 77-139). Por lo demás, los parlamentarios en ejercicio a la caída de la dictadura se encontraban especialmente deslegitimados por haber sido nombrados por Ibáñez mediante mecanismos que, si bien eran formalmente legales, habían anulado toda lógica de competencia electoral (Vial 1997). En medio de este cuadro político, la politización y tendencia a la deliberación se mantenía al interior de las filas de las Fuerzas Armadas, generando incertidumbre e inestabilidad en los gobiernos, los que comenzaron a movilizar el ideal del 'civilismo' en contra del involucramiento político de los militares (Corvalán 2016; Valdivia 1992).

De manera concomitante, los efectos de la crisis económica de 1929 se hacían sentir fuertemente en Chile. Las consecuencias locales más drásticas de la *gran depresión* no fueron inmediatas y solo se hicieron evidentes hacia 1931, llegando a su cúspide en 1932. El porcentaje de variación anual del PIB pasó de 5,3% en 1929 a -16,01% en 1930, a -21,22% en 1931 y a -15,0% en 1932. Las exportaciones cayeron de US\$1.874.000.000 (del año 1995) en 1929 a US\$1.229.000.000 en 1930, a US\$1.048.000.000 en 1931 y a US\$504.000 en 1932. Aunque prácticamente todos los sectores de la economía se vieron fuertemente afectados, el de la minería fue el más catastrófico. Su porcentaje de variación anual de producción cayó de 6,9% en 1929 a -27,13% en 1930, a -33,35% en 1931 y a -41,78% en 1932 (Braun et al. 2000, 23, 29, 317).

La brusca baja de la producción redundó en un fuerte incremento del desempleo, en el cierre de fuentes laborales y en el aumento de una pobreza crítica, recrudeciendo especialmente los problemas de vivienda y alimentación. El porcentaje de variación anual de los salarios reales, que en el año 1930 fue de un 2,829%, en 1931 fue de -33,333% y en 1932 fue de -29,631% (Braun et al. 2000, 134). Hacia finales de 1932, según los reportes de la Dirección del Trabajo, habría 98.000 obreros y 25.000 empleados cesantes (Vergara 2015, 92). Esta situación se volvía más dramática en el norte salitrero. En el año 1931, más de 32.000 trabajadores salitreros habrían estado cesantes y al finalizar el tercer trimestre de 1931, más de 58.000 personas habrían migrado desde el Norte Grande (Vergara 2020). La migración interna producto del cierre de las fuentes

laborales, especialmente en las oficinas salitreras del norte, y las políticas de relocalización en distintos puntos del país y de instalación de albergues, generaron importantes niveles de desarraigo entre la población trabajadora (Vergara 2015, 73-108).

Las principales expresiones organizadas del socialismo, entendiendo este concepto en un sentido amplio, se encontraban en una profunda crisis. Por una parte, el anarquismo había sufrido fuertemente los embates del régimen ibañista. La represión a las corrientes revolucionarias consideradas ‘disolventes’ y ‘antinacionales’, sumada a la oferta de sindicalismo legal y a la política de reformas sociales, llevaron a que buena parte de los sindicatos anarquistas se pasaran a las filas del ibañismo. Esta situación se hizo notar incluso en algunos cuadros dirigenciales históricos del movimiento ácrata, los que terminaron ejerciendo funciones políticas y administrativas en el gobierno (Rojas 1993, 97-103; Pinto 2020, 619; Rodríguez 2019, 128-129). En esta situación influía el prurito antipartidista presente en el anarquismo, el que paradójicamente tenía puntos de confluencia con el antiliberalismo del discurso nacional-popular de Ibáñez. Se trataba, por lo demás, de una situación que también se había hecho notar en otros contextos similares en América Latina, donde los sindicatos anarquistas habían demostrado una mayor plasticidad para adaptarse y plegarse a proyectos populistas que los de raigambre marxista (Zapata 1993).

Por otra parte, el Partido Comunista (PCCh), además de haber vivido su primera experiencia de clandestinidad producto de la represión ibañista, se encontraba cruzado por importantes divisiones y luchas internas, derivadas en parte de los efectos generados por el proceso de bolchevización y las resistencias que este generó en diversos sectores. Estas se hicieron notar especialmente entre el sector oficialista dirigido por Elías Lafferte y la disidencia de Manuel Hidalgo (Grez 2015, 465-479), que en los hechos llevó al surgimiento de dos partidos que se disputaban la identidad del comunismo chileno. Poco después, en 1933, los sectores disidentes liderados por Hidalgo terminarían por formar el partido Izquierda Comunista (IC) (Vega 2012).

Los efectos de la crisis de 1929 desarticulaban muchos de los principales centros y redes de apoyo del PCCh, especialmente en zonas donde este era más fuerte, como era el caso del norte salitrero, desarraigando de esta manera parte importante de sus bases obreras de sus núcleos

de socialización política y cohesión organizativa (Rojas 1993,152). Por lo demás, la adaptación de los lineamientos de la Internacional Comunista (Komintern) llevó al PCCh a adoptar las llamadas 'Políticas del Tercer Período', imprimiéndole también una postura reacia a las alianzas con los partidos que consideraban 'burgueses' e incluso con otros partidos de raigambre socialista, los que eran tildados como 'socialfascistas' (Barnard 1983, 211-250; Urtubia 2017, 7-9; Camarero 2011, 206-207). Al respecto, existen informaciones que señalan que hacia 1932 el PCCh habría tenido apenas 100 militantes en Chile y no más de 30 en Santiago, encontrándose dividido, aislado y con problemas de comunicación entre sus bases en distintas localidades (Ulianova 2009a, 17-18; Ulianova 2015, 110-111).

La sensación de crisis, la fragmentación y deslegitimación partidarias, sumadas a la imposibilidad de conocer el apoyo electoral efectivo con que contaban las colectividades políticas, llevó a que apareciesen nuevos partidos y movimientos que pretendían encauzar el descontento existente. Una muestra parcial de esta situación de fragmentación puede observarse al cuantificar los partidos políticos que obtuvieron representación parlamentaria en las elecciones de 1925 y 1932. Mientras en las primeras apenas seis partidos obtuvieron representación parlamentaria, el número alcanzó a quince en la segunda (Urzúa Valenzuela 1992).

Dada la situación de crisis y el ambiente intelectual crítico y desconfiado del liberalismo y en general del capitalismo, la mayor parte de estas nuevas agrupaciones reivindicó idearios de carácter socialista. En el marco de la recién mencionada crisis de las principales expresiones orgánicas existentes de dicha ideología, surgieron varias organizaciones nuevas que la reivindicaban. Cabe tener en cuenta que, hacia inicios de la década de 1930, las ideas socialistas estaban efectivamente presentes en Chile. Su utilización podía advertirse en diversas organizaciones políticas y sociales y en círculos intelectuales desde mediados del siglo XIX. Estas eran un recurso al cual podría echarse mano de manera específica y circunstancial para defender puntos determinados o incluso para llegar a transformarse en formas de identidad y autoadscripción, a través de su recepción y adaptación de manera más integral. Su relevancia se había vuelto más fuerte con el desarrollo de la cuestión social, especialmente desde la última década del siglo XIX. Desde esos tiempos coexistían diversas visiones del socialismo, las que abarcaban desde aquellas propias del socialismo de Estado, que a través de reformas progresivas tenían un

carácter eminentemente antirrevolucionario, hasta otras de un carácter abiertamente revolucionario y clasista (Massardo 2008; Cid y Fernández 2020). En este sentido, consideramos que no puede hablarse de un surgimiento totalmente disruptivo de ideas e incluso de organizaciones socialistas tras la crisis de 1929, existiendo un importante elemento de continuidad con las trayectorias político-intelectuales chilenas, especialmente desde fines del siglo XIX.

Sin embargo, la eclosión de nuevos movimientos que reivindicaban el socialismo a inicios de la década de 1930 sí tuvo algunas características distintivas y novedosas. La mayor parte de estos grupos ponían énfasis en “la instauración del socialismo desde el Estado” y buscaban “un nuevo orden con la socialización de la tierra y los medios de producción” (Valdivia 2017, 247). Se trataba de un socialismo marcadamente estatista, con tendencias tecnocráticas y con un importante énfasis planificador. Valdivia (2017, 248) sostiene que dicho socialismo no habría pretendido “subvertir completamente las estructuras vigentes, sino profundizar las funciones económico-sociales del Estado, con una burocracia de profesionales modernizadores, existiendo líneas de continuidad con Alessandri y el ibañismo, independientemente de las diferencias político-ideológicas”.

Consideramos que la interpretación de Valdivia es solo parcialmente acertada. Si bien las tendencias estatistas y tecnocráticas son evidentes, reflejando lineamientos de continuidad e incluso persistencia de cuadros militantes con el alessandrimismo y el ibañismo, existían al mismo tiempo importantes diferencias entre estas organizaciones, las que se hacían patentes y claras al enfrentarse al problema de la subversión de las estructuras sociales existentes. De hecho, el modo en que comprendían el socialismo, sus modelos y referentes ideológicos, sumado a sus actitudes ante el marxismo, la conflictividad de clase y las instituciones de la democracia liberal, variaban entre sí.

Si observamos el listado de agrupaciones formadas entre la caída de Ibáñez en julio de 1931 y las elecciones del año 1932 que se definieron como socialistas o utilizaron el término socialista en su nombre, podemos encontrar un conjunto variopinto de partidos. En 1931 fueron fundados un efímero Partido Socialista —dirigido por José Dolores Vásquez—, el Partido Radical Socialista y el Partido Social Republicano. Ese año se fundaron asimismo el Partido Socialista Revolucionario y el

Partido Socialista Internacional, que se fusionaron en el Partido Socialista Unificado; además, la Orden Socialista y la Nueva Acción Pública. En 1932 fue el turno del Partido Democrático Socialista, el Movimiento Nacional Socialista y la Acción Revolucionaria Socialista. Pese a su tamaño aún pequeño, analizar las características de estos nuevos partidos, sus similitudes y diferencias es un ejercicio esclarecedor para identificar las diversas concepciones del socialismo vigentes en el período, distinguirlas entre sí e identificar las particularidades específicas de aquellas que tendrían relevancia en la fundación del PSCh.

Dentro de estas nuevas organizaciones socialistas, podemos distinguir en primer lugar a aquellas de carácter reformista, que apuntaban a buscar soluciones de armonía de clases y que evidenciaban importantes elementos de continuidad respecto de proyectos del reformismo liberal y del alessandrismo. En segundo lugar, a organizaciones de tipo fascista que apelaban al socialismo desde una óptica radicalmente antiliberal con el fin de terminar con la lucha de clases; en tercer lugar, a organizaciones socialistas de carácter vanguardista y revolucionario —no comunistas—, proclives a la subversión de las estructuras de clases y a la transformación revolucionaria del Estado. Si bien estas distinciones podían volverse difusas en algunos casos, se hicieron evidentes y se fueron reforzando ante las alternativas políticas a las que se vieron enfrentadas en ese tiempo.

En relación con las organizaciones socialistas reformistas, cabe mencionar en primer lugar al Partido Socialista fundado en Valparaíso por el conocido defensor del alessandrismo, José Dolores Vásquez. Este contó con el apoyo del apasionado orador y parlamentario Pedro León Ugalde, quien tenía una importante trayectoria como luchador antiibañista y de apoyo al movimiento obrero. Ambos provenían del Partido Radical (PR) y promovían una agenda antiibañista, antioligárquica y el socialismo de Estado (Garrido 2021, 32). Por su parte, el Partido Radical Socialista y el Partido Social Republicano correspondían a facciones escindidas del PR en el segundo semestre de 1931. Los socialrepublicanos respondían a sectores que se habían enfrentado tenazmente a la colaboración del radicalismo con la dictadura de Ibáñez, mientras que los radical socialistas eran un sector que se había opuesto a la alianza de los radicales con los conservadores para apoyar la candidatura presidencial de Juan Esteban Montero en 1931. En ambos casos se trataba de partidos laicistas que en distintos grados aceptaban el carácter social de la propiedad, más

tímidamente en el caso de los socialrepublicanos y abiertamente a favor de la colectivización de las empresas en el de los radical socialistas. Se mostraban partidarios de la planificación de la economía, especialmente en el caso de los radical socialistas, y se acercaban a posturas socialistas de Estado que buscaban evitar y encauzar de manera intrainstitucional la conflictividad social (Enciclopedia Chilena 1948-1971a, 1948-1971b). Los demócrata socialistas fueron una escisión del Partido Democrático, el que, por lo demás, en varias ocasiones había tenido facciones y experimentado fraccionamientos de sectores autodenominados socialistas (Grez 2016). Defendieron, en términos más bien generales, un programa de reformas sociales destinado a elevar la condición de los obreros (La Nación 1932c, 10). En todos estos casos, los militantes de las agrupaciones socialistas provenían de colectividades vinculadas al reformismo liberal —entendiendo dentro de este universo, de manera amplia, a liberales, radicales y demócratas—, que habían radicalizado sus posturas y habían sido partidarios del alessandrismo tras la caída de la dictadura de Ibáñez.

Respecto de las organizaciones fascistas que apelaban al socialismo, cabe mencionar el Movimiento Nacional Socialista (MNS), fundado en 1932 por Jorge González Von Mareés, siguiendo el ejemplo de la Alemania nazi y de la Italia de Mussolini. Se trataba de un partido de cuadros juvenil, vertical y militarizado que obedecía al principio de liderazgo incuestionable. Los ‘nacistas’ —utilizaban la letra ‘c’ para distinguirse de los nazis alemanes y resaltar su contenido nacional— hacían eco de ideas corporativistas y nacionalistas autoritarias, nutriéndose también de tradiciones del pensamiento nacionalista chileno, especialmente de la visión racista de la nacionalidad chilena de Nicolás Palacios y del decadentismo historiográfico de raíces spenglerianas que pretendía restaurar ideales ‘portalianos’ de gobierno. El MNS sostuvo fuertes críticas antioligárquicas a la vez que anticomunistas y defendió la importancia de la violencia en la acción política desde una perspectiva vitalista, que superaba su mero uso instrumental para llegar a considerarla un valor positivo por sí misma. Todo ello se evidenció en sus tendencias a la militarización de la política mediante las Tropas Nacistas de Asalto (TNA) (Corvalán 2015, 88-108; Jara 2010; McGee Deutsch 2005; Sznajder 1992; Potashnik 1974).

Como puede observarse, una buena parte de las agrupaciones políticas que recurrían a la noción de socialismo en sus definiciones políticas

lo hacían dándole sentidos radicalmente distintos al término. Este podía significar desde un moderado reformismo liberal que reflejaba ansias de justicia social, hasta visiones corporativistas y nacionalistas autoritarias. Esto se hace aún más evidente cuando constatamos cómo las recién mencionadas nociones de socialismo se distinguían de otras que, aunque también poseían divergencias entre ellas, tenían contenidos más clasistas y visiones más vanguardistas, como los que abordaremos a continuación. Nos referimos a grupos como la Nueva Acción Pública, el Partido Socialista Marxista, el Partido Socialista Unificado, la Orden Socialista y, un poco más tardíamente, la Acción Revolucionaria Socialista. No es de extrañar que estas últimas agrupaciones, que denominaremos como organizaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias, hayan estado involucradas más o menos orgánicamente en el período de los doce primeros días de la República Socialista de junio de 1932 y más tarde, en abril de 1933, en la fundación del PSCh.

En primer lugar, se encontraba la Nueva Acción Pública (NAP), que fue formada el 15 de agosto de 1931 (Devés y Díaz 1987, 155). Entre sus fundadores se encontraban Eugenio Matte Hurtado, Alberto Patiño MacIver, Carlos Alberto Martínez, Alfredo Weber, Jorge Schneider Labbé, Julio Ortiz de Zárate, Claudio Arteaga, Raúl Boza Bravo y Enrique Mozó Merino (Jobet 1971, 65). Esta composición era variopinta, tanto en términos sociales como ideológicos. Algunos de sus dirigentes y fundadores provenían del liberalismo reformista, habiendo radicalizado sus posturas, acercándose al socialismo tras la crisis de 1929. Este era el caso de Matte, quien provenía de una familia de origen oligárquico y que había sido parte de las filas del liberalismo reformista. Se trataba en sus orígenes de un liberal progresista que había manifestado una clara preocupación por los problemas derivados de la cuestión social y que había apoyado la campaña de Alessandri en 1920. Al momento de producirse la sublevación que llevó al poder a la República Socialista, era Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, una de las principales expresiones de la cultura laica y liberal en Chile (Meneghello 2011, 11-30). Un ejemplo en un sentido distinto es el de Carlos Alberto Martínez, antiguo dirigente sindical obrero, muy cercano a Luis Emilio Recabarren, que había tenido un rol protagónico en la fundación del Partido Obrero Socialista en 1912. Sin embargo, se había alejado de dicha organización cuando en 1922 adhirió a la Komintern y se transformó en el PCCh (Witker 1993, 21). Prontamente,

la NAP llegó a tener núcleos en varias ciudades de Chile, como Antofagasta, Los Andes, Valparaíso, Santiago, Rancagua, Curicó, Concepción y Osorno (Jobet 1971, 65). En este sentido, coincidimos con Fabio Moraga, quien sostiene que “entre las agrupaciones socialistas del período 1931-1933, la NAP fue la más organizada, extendida e influyente” (Moraga 2009a, 153).

La caracterización ideológica de la NAP es más compleja que la de otras organizaciones socialistas de la época, siendo aún objeto de controversia entre los investigadores. Diego Venegas (2016, 24) sostiene que su doctrina sería una suerte de “socialismo genérico, en sintonía con lo que sucedía con el APRA”, y ha calificado a su líder, Eugenio Matte Hurtado, como “aprista”. Por otra parte, Raimundo Meneghello (2011, 21) sostiene que el pensamiento de Matte y la NAP “combinaban las ideas del socialismo y el indoamericanismo con componentes masónicos”. Coincidimos con Meneghello, pues el napismo habría defendido un cuerpo de ideas de carácter principalmente ético, en el cual pueden detectarse elementos melioristas —visión de mundo que apunta al mejoramiento del individuo y de su mundo gracias a la razón y la intervención del ser humano (Salinas 2021, 61)—, propios de los ideales masónicos y visiones de una sociedad racionalmente organizada que evidencian reminiscencias positivistas. Ambos elementos pueden identificarse como herencias de las corrientes liberales reformistas, que al mismo tiempo utilizaba nomenclaturas y símbolos antiimperialistas propios del aprismo. Esto habría redundado en el desarrollo de un ideario socialista nacional antiimperialista de tintes éticos antes que materialista histórico (Nueva Acción Pública 2011, 211). Su líder, Eugenio Matte, planteó como ideal “un estado dirigido por una alianza de trabajadores intelectuales y manuales” (Meneghello 2011, 27) y si bien mostró admiración por algunos elementos del modelo soviético, ante todo primó una distancia crítica. Por lo demás, en el lenguaje, programas y manifiestos del napismo existió una tendencia a promover la representación funcional, reflejando importantes grados de aceptación de elementos corporativistas en su ideario. A estos puntos cabe añadir que la NAP recurría a un lenguaje renovador y juvenilista, apelando constantemente a los jóvenes como fuente de cambio (Nueva Acción Pública 1987, 159).

Respecto de la recepción del aprismo, consideramos que esta es evidente, pero debe ser aquilatada. El antiimperialismo fue un elemen-

to central en el ideario napista y este se nutrió del lenguaje aprista. Así, como sostiene Meneghello (2011, 27), la NAP se planteó como objetivo “lograr la expansión del socialismo por América Latina o Indo-América, para conformar una unión fuerte y poderosa capaz de defenderse de la influencia extranjera”. Con todo, la influencia del Partido Aprista Peruano (PAP) en la NAP se evidenció en algunas propuestas y declaraciones de intenciones más generales antes que en elementos programáticos específicos y concretos, o en acciones políticas a realizar en conjunto con el PAP. Al respecto, Fabio Moraga ha planteado que “si bien hubo influencia del PAP en la NAP, en el debate interno de esta última las propuestas latinoamericanistas debieron discutir con diversas tendencias ideológicas”. De hecho, según Moraga (2009a, 153-154), el aprismo “no parece haber influido en las propuestas políticas del grupo y su debate interno”, y su aporte habría radicado en “propuestas ideológicas generales más conocidas del aprismo, como las referencias al indoamericanismo y al frente de trabajadores manuales e intelectuales”. En este sentido, coincidimos con Sebastián Hernández (2021, 108), quien sostiene que “sin duda, la recepción del APRA en los orígenes de la NAP es evidente”, pero que también es necesario “tomar en cuenta que el socialista chileno siempre dejó un espacio de movimiento y adaptación a futuros cambios que lo puedan alejar de los objetivos de su símil peruano”.

En segundo lugar, mencionaremos la Acción Revolucionaria Socialista (ARS), formada durante 1932. Si bien sus primeras menciones públicas en la prensa aparecieron el 18 de septiembre, tras la caída de la junta de Carlos Dávila y en el marco de los trabajos electorales de la candidatura presidencial de Marmaduke Grove, es altamente probable que la organización viniera gestándose de manera subrepticia desde antes, dado que sus dirigentes estaban actuando de consuno ya previamente a la instauración de la República Socialista (La Nación 1932b, 1; Cruz 1969, 40). Entre sus fundadores se encontraban Óscar Schnake Vergara, Eugenio González Rojas, Augusto Pinto, Julio E. Valiente, Gregorio Guerra y Mario Inostroza (Jobet 1971, 66). Su núcleo fundador tenía un carácter fundamentalmente mesocrático y obrero-artesanal, estando compuesto por profesionales liberales, profesores y también por artesanos, y venían desarrollando un accionar político conjunto al menos desde mediados de la década de 1920, en diversos tipos de organizaciones. La mayor parte de estos cuadros fundadores habían sido activos anarquistas con

anterioridad. En el pasado se habían vinculado con la International World Workers (IWW) y muchos de ellos habían tenido un rol activo en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, como era el caso de Schnake y González, o en sociedades en resistencia —nombre que recibían los sindicatos anarquistas— como Valiente y el zapatero Pinto (Venegas 2016, 27; Godoy 2017, 172-173). Dichos dirigentes habían sido parte de la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH), unión de diversas organizaciones sociales y políticas de carácter anarquista, comunista y obreras en general, que había buscado constituirse como partido político en 1925, intentando institucionalizar y llevar a la arena política demandas sociales, aprovechando la crisis de la política partidista oligárquica generada con las intervenciones militares de mediados de la década de 1920. Por lo demás, los dirigentes de la ARS habían tomado parte en los núcleos conspirativos que dieron lugar al golpe de Estado del 4 de junio de 1932 (Ponce 1994, 33-59).

La ARS se declaraba revolucionaria y socialista, aunque no marxista. En sus documentos puede observarse una fuerte impronta antioligárquica antiimperialista, además de una marcada crítica al liberalismo. En sus manifiestos señalaban luchar “contra el pasado y contra las fórmulas caducas del liberalismo económico y político que no han hecho más que sofocar la vida de la nación” (ARS 1932a, 1). También mencionaban que “bajo la máscara de un falso liberalismo y de un falso régimen representativo, Chile y los demás países indoamericanos conservan la estructura política de la colonia” (ARS 1932a, 17). Al mismo tiempo, planteaban que el “régimen representativo liberal ha sido, en la práctica, la representación y el dominio de la oligarquía latifundista o plutocrática casi siempre al servicio del capitalismo extranjero” (ARS 1932b, 1). La ARS hacía una defensa del antiimperialismo sustentada en un lenguaje indoamericanista, tomado del aprismo, y una crítica al individualismo de la representación política en las democracias liberales. El programa de la ARS defendía una representación política funcional. Dicho planteamiento, que estaba en consonancia con las ideas corporativistas, evidenciaba una fuerte desconfianza hacia los partidos políticos y el juego político institucional liberal, posiblemente heredada de la tradición anarquista de la que provenían sus dirigentes (ARS 1932b, 17; Venegas 2016, 27). Si bien sus miembros habían transitado a una lectura del socialismo que ahora aceptaba y daba un importante rol al Estado, además de plantear una suerte de revolución *desde arriba* a través

de su captura, la representación funcional y el control de los trabajadores se convertían en el elemento central para asegurar el carácter socialista del proceso político (ARS 1987, 180).

Las dos agrupaciones mencionadas recientemente, que contaban con una importante presencia de jóvenes universitarios o recientemente graduados, se hacían eco de relevantes corrientes intelectuales del período, como era el pensamiento identitarista latinoamericano, en sus vertientes izquierdistas, antiimperialistas y juvenilistas, e incluso indigenista, aunque en este punto no superó el ámbito discursivo (Devés 2000; Moraga 2009a).

En tercer lugar, cabe mencionar la Orden Socialista (OS), agrupación fundada el 17 de octubre del año 1931 (Devés y Díaz 1987, 155). Sus cuadros fundacionales eran mesocráticos y altamente educados, compuestos principalmente de profesionales liberales. Entre ellos destacaban Arturo Bianchi Gundian y Luciano Kulzcewski, arquitectos vanguardistas de renombre en ese entonces. La OS defendía un ideario 'socialista de Estado', que propugnaba una reorganización social que permitiese realizar planificadamente desde el Estado un proceso de socialización de los medios de producción y la distribución de la riqueza (Orden Socialista 1931, 3). Si bien en su 'Programa Integral' partían citando a Marx, la frase a la que hacían referencia es "a cada quien según su necesidad y de cada quien según su capacidad" (Orden Socialista 1931, 8), evidenciando un rescate de su mensaje ético antes que de su análisis histórico y social. Al mismo tiempo que planteaban la necesidad de realizar una revolución a través de las instituciones estatales, defendían la utilización de 'recursos evolutivos', recurriendo a un lenguaje propio de las corrientes socialistas de Estado que defendían la idea de 'evolución', en contraposición a la de 'revolución'. De esta manera, su visión del socialismo apunta al ideal de una organización social planificada antes que al resultado de la confrontación de clases (Orden Socialista 1931, 8). La OS evidenció también tendencias vanguardistas, lo que se notaba en el énfasis en las formas jerárquicas y verticales de organización y movilización que promovía. Así, siguiendo los planteamientos de Haya de la Torre, llamaban a los "trabajadores manuales e intelectuales" a formar sus "cuadros en organizaciones jerárquicas y férreamente disciplinadas en las cuales vosotros mismos, con vuestra propia acción, podréis hacer surgir de vuestras propias filas el JEFE que ha de conducirlos por nuevas rutas hacia grandes destinos" (Orden Socialista 1987, 169).

En cuarto lugar, es necesario mencionar el Partido Socialista Unificado (PSU), nacido de la fusión del Partido Socialista Revolucionario y del Partido Socialista Internacional. Su fundación tuvo lugar en agosto de 1931 (Devés y Díaz 1987, 156) y se declaró “netamente marxista” (Góngora 1981, 100). El PSU, además de desarrollar una forma de organización celular, con junta ejecutiva y ‘seccionales’ como instancias locales de acción, también organizó instancias de educación popular socialista marxista, como la Universidad Carlos Marx (Partido Socialista Unificado 1932). Su junta ejecutiva estaba compuesta por Armando Corvalán, Albino Pezoa, Juan Antonio Carvajal (1932, 9), Joaquín Real, Santiago Nilson, Horacio Soissa, Fernando Vernal y Sebastián Guzmán. En estos cuadros había profesionales, incluyendo a profesores, empleados y trabajadores sindicalizados (La Nación 1932a, 7). Armando Corvalán (1932, 9), secretario general, sostenía que su “fin inmediato” era “marchar hacia la conquista del poder político”, “con el fin de despojarlo en seguida de su carácter político mediante la concentración de la producción en manos de los individuos asociados”. También planteaba que “para llegar a este fin necesitamos destruir las actuales formas de producción que provocan el antagonismo de clase” (Corvalán 1932, 9). Citando explícitamente a Marx, aunque sin mencionar que se trataba del *Manifiesto Comunista*, Corvalán planteaba que:

El proletariado se servirá de su supremacía política para arrancar GRADUALMENTE el capital de manos de la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado o, mejor dicho, en sus propias manos, una vez que esté organizado como clase directora, y para poder aumentar cuanto más rápidamente sea posible las fuerzas productoras existentes. Y esto, como es natural, no podrá realizarse al principio, sino ejerciendo acción despótica. (Corvalán 1932, 10)

Como puede observarse, el PSU se apropiaba de una lectura de la realidad social basada en el materialismo histórico y en las nociones de dictadura del proletariado en un proyecto que ponía énfasis en el rol de la clase obrera y en el Estado como actores centrales en la realización del proyecto socialista.

Finalmente, cabe mencionar el Partido Socialista Marxista (PSM), fundado el 4 de agosto de 1931 (Devés y Díaz 1987, 156). El PSM se definió desde un principio, y de manera explícita, como un partido marxista (Venegas 2016, 24). Como ha señalado Fabio Moraga (2014, 7), el PSM “profesaba un socialismo revolucionario” y “aceptaba el método marxista como válido para la interpretación de la realidad y la situación revolucio-

naria". La organización del PSM era vertical, "de tipo celular" y la "dirección del partido" (Moraga 2014, 7) concentraba su poder en detrimento de las formas assembleístas, en contraposición con las tendencias usuales en las organizaciones de la época. En este sentido, su estructura evidenciaba pretensiones de tipo leninista. Si bien sus miembros se plantean la posibilidad de entrar al juego electoral, lo veían simplemente como un "instrumento para organizar y disciplinar a la clase trabajadora" (Devés y Díaz 1987, 155). De hecho, entre sus fines planteaban la necesidad de convertirse en "un partido de clase que intenta cohesionar y educar políticamente a los obreros, empleados y profesionales que en este momento viven al margen de toda acción política y de lucha de clases o que militan equivocadamente en los partidos burgueses" (Partido Socialista Marxista 1987a, 157). El PSM fue fundado por dirigentes de extracción mesocrática asalariada, algunos de los cuales habían tenido participación en gremios de empleados y profesores. También se hicieron parte profesionales liberales como abogados (Moraga 2014, 7). Entre sus dirigentes destacaban Eleodoro Domínguez, Jorge Neut, Carlos Matus, Eduardo Ugarte, Ramón Alzamora y Eduardo Rodríguez Mazer (Jobet 1971, 66). Prontamente, el partido logró penetrar entre obreros en Santiago (Bravo 2000), San Bernardo —donde alcanzaron cierta importancia entre los trabajadores ferroviarios—, Valparaíso y San Felipe, entre otras ciudades (Moraga 2014, 7), hasta el punto de que llegaron a plantearse como uno de sus objetivos el "robustecimiento de los sindicatos de clase" (Partido Socialista Marxista 1987b, 159).

Los convulsionados acontecimientos políticos del año 1932 harían evidentes las distintas posturas de los recién mencionados grupos y fomentarían los acercamientos entre algunos de ellos. En este sentido, la proliferación de organizaciones partidarias y la crisis sociopolítica generaron una estructura de oportunidades (Tarrow 1997, 155) propicia para que los liderazgos de las organizaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias fueran coligándose e intentando acceder al poder estatal.

2. De la República Socialista a la formación del Partido Socialista de Chile

La coyuntura de los años 1931-1932, y especialmente los acontecimientos de la República Socialista, generaron las condiciones para que estas diversas corrientes fueran perfilando sus posturas programáticas, sus

diferencias ideológicas y su política coalicional más nítidamente. En efecto, el lapso comprendido entre julio de 1931 y octubre de 1932 estuvo caracterizado por la rápida sucesión de diversas insurrecciones, conatos revolucionarios y golpes de Estado, los que obligaron a las organizaciones a posicionarse de manera rápida ante la coyuntura y, en general, doctrinariamente.

En las elecciones de 1931 se presentó a Juan Esteban Montero, del Partido Radical, quien contaba con el apoyo de los partidos tradicionales provenientes del siglo XIX: conservadores, radicales y la mayor parte del Partido Liberal, representada en el Partido Liberal Unido. Montero, quien dio a su candidatura un tono más conservador y el carácter de una campaña por la restauración de la autoridad civil y el orden, triunfó con 182.177 votos. Mientras tanto, Arturo Alessandri Palma fue apoyado por la Federación de Izquierdas, compuestas por organizaciones liberales-reformistas como los partidos Liberal Democrático y Liberal Doctrinario, el Partido Democrático y organizaciones proclives al socialismo de Estado como Radical Socialistas, Social Republicanos y el Partido Socialista de José Dolores Vásquez. Arturo Alessandri llegó segundo con 99.075 votos. Por su parte, el comunismo fue dividido en dos candidaturas; por un lado, el Partido Comunista oficial con Elías Lafferte y, por otra, los comunistas antiestalinistas y disidentes, dirigidos por Manuel Hidalgo. Lafferte obtuvo 1.226 votos, mientras que Hidalgo alcanzó los 2.424 (Vial 2005, 117-125).

El cuadro recién descrito refleja la situación del campo de agrupaciones socialistas inmediatamente después de la dictadura de Ibáñez. Por una parte, se denota una hegemonía de las organizaciones partidarias del socialismo de Estado, coligadas con el reformismo liberal. Por otra, las organizaciones comunistas, además de contar con un bajo apoyo, se encontraban aisladas y fragmentadas. En este escenario, las organizaciones socialistas revolucionarias y vanguardistas no comunistas que se encontraban en formación, aún no tenían una cabida relevante en el juego político.

El gobierno de Montero se caracterizó por las constantes protestas sociales, por intentos de conspiración e insurrecciones. Entre las principales se encuentran la sublevación de la escuadra en Coquimbo y del apostadero naval de Talcahuano, entre agosto y septiembre de 1931, y el abortado levantamiento popular en Vallenar y Copiapó en la navidad

de 1931, conocido como la Pascua Trágica. La fragmentación del sistema de partidos, la mantención de liderazgos caudillistas vigentes desde la década de 1920, la tendencia a la deliberación del Ejército y el acuciante descontento social derivado de la crisis económica, que en ese momento entraba en su peor fase, erosionaron su capacidad de gobernar. Por lo demás, diversos sectores políticos se rehusaban a reconocer la legalidad de la legislatura en funciones nombradas por Ibáñez, conocida como el ‘Congreso Termal’, lo que implicó un creciente cuestionamiento a la legitimidad de las instituciones representativas vigentes.

Sin embargo, el gobierno de Montero llegaría a su fin a mediados de 1932, a través de una intervención de carácter socialista de las Fuerzas Armadas. El 4 de junio de 1932, un golpe de Estado liderado por el comodoro del Aire Marmaduke Grove, instauró en Chile una República Socialista, en la que tuvieron protagonismo las organizaciones recientemente nombradas. El golpe derribó al presidente Juan Esteban Montero, disolvió el Congreso Nacional y tomó el poder mediante una junta de gobierno. Esta fue dirigida por el general en retiro Arturo Puga, y compuesta por el abogado y periodista Carlos Dávila, cercano al ibañismo, y por el líder de la NAP Eugenio Matte Hurtado. El gabinete nombrado por la junta revolucionaria fue copado por miembros de las organizaciones socialistas revolucionarias, especialmente de la NAP y de quienes más tarde formarían la ARS (Vial 2005).

La junta revolucionaria resumió su plan de acción bajo la “fórmula económica [de] alimentar al pueblo, vestir al pueblo, domiciliar al pueblo” (Frías 1939, 12). Dicha consigna sirvió para popularizar sus ideas con un mensaje simple, aunque también reflejaba las urgencias y prioridades programáticas. Estas fueron sistematizadas en un Plan de Acción Económica Inmediata, que había sido desarrollado antes del golpe del 4 de junio por Alfredo Lagarrigue, quien era miembro del Comité Revolucionario y sería parte de la ARS. Es sintomático que Lagarrigue haya sido un conocido intelectual positivista, situación que reflejaba la mixtura de fuentes ideológicas que convergían en el proceso político. Como ha señalado Marcelo Alvarado, para Lagarrigue los principales problemas de la economía chilena eran “el Estado de colonización extranjera [...] y el predominio del liberalismo económico individualista” (Alvarado 2022, 92). Para superar dichos problemas, Lagarrigue promovió un plan que fomentaba la intervención estatal y el cooperativismo (Lagarrigue 2022,

203-217). El 'Plan Lagarrigue' también estaba en debate con las visiones de otros grupos que habían promovido el levantamiento del 4 de junio. Los sectores ibañistas representados por Carlos Dávila habían lanzado ya en mayo de 1932 otro programa económico, conocido como 'Plan Dávila'; este, bajo el rótulo de 'socialismo de Estado', planteaba una economía 'planificada' y dirigida desde el 'Estado'. Si bien ambos tenían varios elementos en común, el plan Lagarrigue implicaba un cuestionamiento más evidente a los capitales extranjeros presentes en el país, al capitalismo y a la estructura de clases en general (Palma 2017, 398-399; Alvarado 2022, 90-92). En la práctica, la junta solo alcanzó a tomar algunas medidas iniciales, como devolver a los trabajadores los bienes empeñados en la Caja de Crédito Prendario; comenzó de manera incipiente una reforma agraria principalmente a través de la 'colonización de tierras estatales'; decretó la transformación de un banco central en un banco del Estado, y estructuró un plan de salubridad pública (Valdivia 2017, 254-267).

Cabe señalar la actitud asumida por las organizaciones autodenominadas socialistas más cercanas al reformismo liberal, representadas en la Federación de Izquierdas, el Partido Radical Socialista, el Partido Demócrata Socialista y el Partido Socialista de Chile de José Dolores Vásquez. Estas adhirieron a la junta y reclamaron presencia en el gobierno; sin embargo, no organizaron nuevas alianzas (Garrido 2021, 32). En general, estas organizaciones apoyaron las medidas de carácter socialista implementadas desde el Estado, pero no buscaron radicalizar más el proceso político y se mostraron reacias hacia la creciente movilización social que se estaba desarrollando en apoyo a la junta y que realizaba constantes demandas a esta.

La situación fue distinta en organizaciones socialistas de tintes más vanguardistas y clasistas. Algunas de estas se coligaron en la Alianza Socialista Revolucionaria de los Trabajadores (ARST). Esta reunió al Partido Socialista Marxista y la facción antiestalinista del Partido Comunista dirigida por Manuel Hidalgo, junto a gremios y sindicatos (Cruz 2012, 50-51; Garrido 2021, 29). Otras se reunieron en la Federación Regional Revolucionaria (FRR), que agrupó a la OS, la NAP y el PSU, junto a gremios, sindicatos y pensionados de las Fuerzas Armadas (Garrido 2021, 31). La ARST apuntó a organizar las adhesiones de agrupaciones sindicales y socialistas a la junta revolucionaria, a la vez que a generar instancias de base autónomas de los trabajadores. En su interior se produjeron deba-

tes sobre la movilización, especialmente por la presión de los comunistas hidalguistas para repartir armas entre los trabajadores, organizar milicias obreras y asegurar el control obrero de las industrias (Cruz 2012, 50-51). Por su parte, la FRR apuntó a “defender los principios revolucionarios del socialismo y evitar que estos sean desvirtuados” (Garrido 2021, 31). Como puede observarse, la actitud de estas organizaciones fue de soporte a la junta revolucionaria. Esta postura fue desde el apoyo crítico de los comunistas hidalguistas hasta la firme adhesión de la NAP. En distintos grados, trataron de salvaguardar el carácter socialista revolucionario de la junta, profundizar varias de sus medidas y generar una importante movilización social en apoyo a esta.

Por su parte, el Partido Comunista, a través de la Federación Obrera de Chile, intentó reunir organizaciones sindicales y políticas para crear un Comité Revolucionario Obrero y Campesino (CROC) (Garrido 2021, 30). El comunismo oficial se mostró claramente renuente a las nuevas agrupaciones y líderes socialistas, a los que calificó de ‘demagogos’ y ‘fascistas’, acusándolos de desviar a las masas de sus *verdaderos* fines revolucionarios (Waiss 2012, 104; Ulianova 2009b, 187). Pese a su actitud reluctante, los comunistas mantuvieron conversaciones y contactos con la junta revolucionaria, y en algunos casos vieron en la coyuntura la posibilidad de desarrollar un “poder dual” (Ulianova 2009b, 187). De hecho, el Comité Central del Partido Comunista llamó a formar “soviets de obreros, campesinos, mineros, soldados, marineros, carabineros e indios” (Góngora 1981, 100), constituyéndose uno en la casa central de la Universidad de Chile, además de La Legua, población obrera en ese entonces en la periferia sur de Santiago, y en la ciudad de Victoria, en el sur de Chile (Cruz 2012, 44). En definitiva, la actitud predominante del Partido Comunista fue de desconfianza hacia el experimento socialista y sus dirigencias y, dentro de sus posibilidades, buscó desbordarlo, pero sin éxito alguno.

La República Socialista fue acompañada de altos grados de movilización social y de manifestaciones populares callejeras de apoyo. La creciente radicalidad de varios de los sectores que apoyaban a la junta, el temor a que esta derivara hacia rumbos más clasistas y revolucionarios, sumado a las manifestaciones públicas, generaron un creciente malestar en diversos sectores sociales y políticos e incluso en sectores al interior de la junta de gobierno. Las facciones ibañistas de la junta, lideradas por Carlos Dávila, con el apoyo del Ejército, dieron un nuevo golpe de

Estado el 16 de junio, el que llevó al fin de la junta de Puga y Matte, para ser sucedida por otra dirigida por el propio Dávila. Esta mantuvo la nomenclatura de socialista, manteniendo medidas de carácter estatista. Sin embargo, puso un mayor énfasis en el orden público y activó políticas represivas y desmovilizadoras (Simonetti 1993; Valdivia 2017, 297-319). Las organizaciones de la federación de izquierdas, los radical socialistas y el Partido Socialista de Chile de José Dolores Vásquez dieron su apoyo al nuevo gobierno. Sin embargo, los líderes de la junta del 4 de junio fueron detenidos y relegados a Isla de Pascua. La ARST y la FRR negaron su apoyo al nuevo gobierno, organizando manifestaciones en su contra. Por su parte, los comunistas y las agrupaciones de las CROC mantuvieron una férrea oposición al nuevo gobierno. Las observaciones del Foreign Office daban cuenta de esta situación, mostrando las fisuras entre quienes habían llevado adelante la República Socialista de los doce días, el cambio de rumbo imprimido por Dávila y las movilizaciones y protestas realizadas por las organizaciones socialistas revolucionarias. Según sus informes, "[la] destitución de Grove" habría despertado "una fuerte reacción negativa por parte de los elementos extremistas, los cuales cambiaron la principal arteria de la capital en 'un lugar permanente de mítines rojos'" (Stemplowski 1980, 339).

La experiencia de la República Socialista dejó evidencia y colaboró en la delineación de las diferencias entre las organizaciones socialistas que emergían en aquel momento. Por una parte, se encontraban los sectores que reivindicaban el socialismo desde una lógica más bien reformista, dando continuidad y profundizando el reformismo liberal del alessandrismo e incluso del ibañismo; estos se hallaban representados en la Federación de Izquierdas y en los sectores que apoyaron el régimen de Dávila. Por otra parte, se encontraba el mundo comunista, que estaba dividido. Un sector representaba al comunismo oficial, inmerso en el proceso de bolchevización, con una política coalicional aislacionista y leyendo la situación nacional en la clave de las políticas del Tercer Período. Otro se caracterizaba por un comunismo antiestalinista radicalizado, pero abierto a colaborar con las nuevas organizaciones socialistas. En este contexto, las organizaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias, si bien diferían en diversos aspectos entre sí, habían tenido la experiencia común de ser el soporte de la junta de los doce días; se habían organizado para defender dicho proceso y habían promovido la movili-

zación social, recelando de la coerción estatal a las movilizaciones populares. En estas últimas organizaciones, si bien aún no era completamente hegemónico, se evidencia una creciente presencia del marxismo. Serían estas las que, en octubre de 1932, se convertirían en el principal soporte de la campaña presidencial de Marmaduke Grove y que convergerían en la formación del PSCh.

El fracaso del experimento de Dávila volvió a abrir el camino a la política electoral, generando las oportunidades para que las agrupaciones socialistas vanguardistas y revolucionarias capitalizaran el apoyo conseguido durante los doce días de la República Socialista. Un golpe de Estado, dirigido por Bartolomé Blanche, puso fin al régimen de Dávila; luego, una reacción 'civilista' dio el poder de manera interina al presidente de la corte suprema Abraham Oyanedel, quien llamó a elecciones para el 30 de octubre de 1932.

Los sectores que habían apoyado la experiencia de los doce días levantaron la candidatura presidencial de Marmaduke Grove y demandaron al gobierno su regreso desde el relegamiento en Isla de Pascua. Grove era un militar proveniente de una familia de clase media de propietarios mineros de Copiapó, descendiente de inmigrantes irlandeses. Había sido uno de los líderes del movimiento político militar reformista de mediados de la década de 1920, aunque con posterioridad rompió con Ibáñez, participando en una bullada conspiración que intentó derrocarlo (Brncic 2003). Si bien su discurso era fuertemente nacionalista y anticomunista, se había vuelto proclive al reformismo social tras la constatación de la situación de los sectores populares, especialmente al entrar en contacto con estos, gracias al Servicio Militar Obligatorio. También se impresionó por la legislación social durante sus años de misión en Alemania, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Como sostiene Thomas (1967, 27), a inicios de la década de 1930, Grove "se acercó al socialismo". Grove se mantuvo "esencialmente como un exponente del estatismo de bienestar, y constantemente buscó métodos para incorporar al ejército en sus esquemas de reforma social" (Thomas 1967, 27). Con todo, su discurso político tendía a ser más bien ecléctico y en general no seguía pautas doctrinarias demasiado coherentes.

La campaña fue desarrollada en ausencia de Grove y fue impulsada por diversas organizaciones como la NAP, la OS, el PSU, la recién formalizada ARS y los comunistas antiestalinistas dirigidos por Hidalgo (Garrido

2021, 50). La figura de Grove había pasado a tener una gran popularidad y se convirtió en un liderazgo carismático capaz de conseguir un importante apoyo electoral y a servir de soporte a las organizaciones que promovían su candidatura. Thomas sostiene que “la dirigencia socialista en 1932 desconfiaba de Grove”, especialmente por su laxitud doctrinaria. En su opinión, esta esperaba “relegarlo a un lugar poco importante en el movimiento”. Sin embargo, esta visión más pragmática e instrumental de la relación habría sido desbordada por el propio Grove. “Su figura romántica”, sumada al revuelo generado por la campaña de 1932, “lo habría transformado en el líder” de los nuevos sectores socialistas (Thomas 1966, 33). Hasta cierto punto se generó una tendencia que caracterizaría los primeros años del Partido Socialista: la indistinción entre socialismo y grovismo en cuanto fenómeno electoral y de movilización de masas. La campaña sirvió para poner en valor la fuerza que había adquirido el socialismo y la figura de Grove entre el electorado, al mismo tiempo que permitió desplegarse en el territorio e interactuar afiatando lazos entre sí, evidenciando las amplias posibilidades que abría la unificación socialista (Zemelman, Faletto y Ruiz 1971; Walker 1990, 93).

Pese a que la campaña se realizó en ausencia del candidato, quien se encontraba relegado en Isla de Pascua y que llegó al continente a solo dos días de la elección, y a que la mayor parte de las agrupaciones que lo apoyaban eran de reciente constitución, Grove obtuvo un segundo lugar con un 17,74% de los votos. El candidato socialista solo fue superado por Arturo Alessandri, con un 54,79% de los votos, apoyado por radicales y liberales. Tras Grove quedaron las candidaturas del conservador Héctor Rodríguez de la Sotta, con un 13,76%; del liberal democrático Enrique Zañartu Prieto, con un 12,5%, y el comunista Elías Lafferte, quien apenas obtuvo un 1,2% de los votos. En las elecciones parlamentarias, el PSU obtuvo un diputado y la NAP tres diputados y un senador. En el contexto de un electorado reducido y con partidos tradicionales con amplia capacidad de movilización clientelar, el lugar obtenido por el candidato socialista evidenció un cambio en las preferencias políticas (Vial 2005, 130-137). Estos hechos reflejaban la potencia que adquiriría el socialismo en la política chilena y el espacio que se le abría en el sistema de partidos.

Al llegar Alessandri a la presidencia, la NAP, el PSU y la ARS crearon un Frente Único Socialista (FUS), al que luego se sumaron el PSM y la OS. El FUS se declaró partidario de la aplicación de un “criterio verdadera-

mente socialista” para la solución de los problemas nacionales, y llamaba a realizar, en palabras de Grove, “la transformación económico social mediante la intervención directa de las masas organizadas”. También se declararon opositores al gobierno entrante y rechazaron la posibilidad de realizar pactos con “partidos o entidades directa o indirectamente interesadas en el mantenimiento del régimen de injusticias y persecuciones actualmente existente” (Garrido 2021, 58). El afán socialista revolucionario y la actitud proclive a la movilización social se evidenciaban en estas organizaciones. En efecto, se produjo una mezcla de factores de corto y mediano tiempo que convergieron en los afanes de crear un nuevo partido socialista. Por una parte, las políticas represivas de la administración Alessandri obligaron a un conjunto de agrupaciones pequeñas a coligarse con rapidez. Sin embargo, la experiencia e identidad formadas en torno a la República Socialista y la campaña de Grove, evidenciaron las potencialidades de la unificación para incidir de manera protagónica en el espacio político. Por lo demás, los elementos doctrinarios compartidos sirvieron para diferenciarlos tanto de los grupos socialistas herederos del reformismo liberal como del comunismo en su vertiente bolchevizada y estalinista, generando elementos identitarios comunes que hacían posible la unión.

3. El Partido Socialista de Chile

El 19 de abril de 1933, las organizaciones agrupadas en el FUS acordaron fusionarse formando el PSCh (Jobet 1971; Garrido 2021, 59). En la carta de constitución, Eugenio Matte sostenía lo siguiente:

queda constituido el Partido Socialista, se felicita del éxito que significa para la causa socialista la fusión de todos los grupos que luchan por la implantación de la doctrina y del régimen socialista y declara que tiene la firme convicción de que la unión de todos los trabajadores manuales e intelectuales conducirá a satisfacer los anhelos de redención del Proletariado. (Partido Socialista de Chile 1987)

La composición social del nuevo partido fue pluriclasista. Si bien en sus bases existió una importante presencia obrera, esta convivió con elementos de extracción mesocrática. Esto se hacía notar en sus cuadros dirigenciales, que evidenciaron una importante presencia de sectores de clase media (Drake 1973, 621). Con todo, estos dirigentes podían

distinguirse de los de otros partidos, como el PR. En general, eran “notoriamente más jóvenes” y se encontraban “menos relacionados con la clase alta” (Drake 1992, 132) mediante clubes y otras formas de sociabilidad. Del mismo modo, la mayor parte de ellos tenían poca experiencia política institucional a través de puestos públicos o representativos. La mayoría de sus cuadros dirigenciales respondía a tradiciones laicistas y muchos de ellos eran miembros de la masonería. Se trataba, más bien, de sectores que habían visto caer su estatus y situación económica en los últimos años y que desarrollaron una fuerte crítica antioligárquica, en parte porque habían tenido dificultades para acceder a posiciones de poder. Su ingreso en la arena política reflejaba una importante renovación sociogeneracional en las elites políticas (Drake 1992, 132-133) y puede afirmarse que sus actitudes políticas respondían sobre todo a una situación de incongruencia de estatus (Di Tella 1965; Stern 1969).

Aun así, los socialistas fueron el partido que logró atraer a una mayor cantidad de votantes de clase obrera a lo largo de la década de 1930 (Drake 1992, 132). Los sectores populares presentes en el PSCh eran de extracción fundamentalmente urbana. El socialismo prontamente se volvió fuerte entre los trabajadores del comercio detallista o de actividades laborales independientes, como artesanos y obreros calificados. El PSCh también alcanzó fuerza entre los obreros de la construcción y los trabajadores portuarios de Valparaíso. Se trataba de rubros donde la presencia comunista había sido débil, lo que permitía a una nueva organización de carácter socialista ganar adeptos con mayor facilidad. Varios de estos sectores anteriormente habían tenido vínculos con el anarquismo, con formas apolíticas de sindicalismo, y en algunos casos habían apoyado el alessandrismo y el ibañismo. De hecho, prontamente el Partido Socialista adquirió predominancia en la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS), que agrupaba sindicatos legales creados al alero de la legislación laboral desde mediados de la década de 1920, muchos de los cuales habían sido ibañistas y fuertemente cuestionados por los comunistas (Zemelman, Faletto y Ruiz 1971, 60-61; Garcés 2018, 55; Angell 1974, 114).

El partido manifestó desde el comienzo una importante diversidad ideológica. Esta se nota especialmente en los antecedentes y trayectorias militantes de sus fundadores y dirigentes. Una parte relevante de sus cuadros fundadores estaba formada por exanarquistas; también, por personalidades provenientes del mundo reformista liberal, quienes habían

mostrado ligazones con el alessandrismo y cercanía con los radicales, pero radicalizando sus posturas. La propia figura de Marmaduke Grove reflejaba asimismo la importancia de elementos nacionalistas y la deriva hacia el socialismo que habían tenido. Incluso hubo quienes fueron parte del POS de Recabarren (Garrido 2021, 47-62; Drake 1992, 120-131; Walker 1990, 117-123; Godoy 2017, 171-174). Por otra parte, en 1936 se sumó un gran contingente de comunistas antiestalinistas provenientes de la IC, cuando la mayor parte de su militancia acordó ingresar al PSCh. Algunos de sus cuadros mayores eran antiguos dirigentes comunistas e incluso provenientes del POS, que se habían opuesto a las formas que adquiriría el proceso de bolchevización y que habían sido desplazados por el sector oficial. Otros, especialmente entre sus cuadros intelectuales más jóvenes, manifestaban simpatías por el trotskismo y mantenían vínculos con la Cuarta Internacional e incluso contactos esporádicos con el propio Trotsky (Ulianova 2009c).

Si bien entre los cuadros originarios del PS y de los partidos que convergieron en su fundación hubo elementos que defendían visiones más corporativistas antirrevolucionarias, estas fueron mutando sus discursos o abandonando la vida partidaria. Podemos constatar que existieron trayectorias militantes e intelectuales que se alejaron debido a su antimarxismo o incluso para derivar en organizaciones políticas y núcleos intelectuales filofascistas. Fue el caso de Guillermo Izquierdo Araya, quien más tarde llegaría a ser un sobresaliente intelectual y político de diversas organizaciones nacionalistas chilenas. Izquierdo ingresó a la NAP cerca de su fundación, pero prontamente se retiró, disconforme con las orientaciones del partido y la cercanía a la masonería de sus dirigentes (Robertson y Banoviez 1984, 36-37). Otra personalidad, que incluso alcanzó a estar en la fundación del PSCh, fue Juan Gómez Millas, historiador e intelectual de tendencias nacionalista filofascistas. Gómez se retiró del partido poco tiempo después del Primer Congreso y afirmó “haber renunciado al hacerse explícito que las doctrinas marxistas estaban erradas” (Riobó 2021, 22). Cabe destacar que ambos, tras la salida de la NAP y el Partido Socialista, respectivamente, orientaron su participación en movimientos políticos de carácter fascista y más tarde en partidos y grupos nacionalistas e ibañistas. Gómez Millas fue el principal dirigente de la Unión Nacionalista de Chile (UNCh), organización que entre 1943 y 1945 agrupó a exmiembros del naciismo criollo y de otras agrupaciones

nacionalistas (Villanueva 1943). Luego fue ministro de Educación en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo y en el de Eduardo Frei Montalva (De Ramón 2003, 159-160). Por su parte, Izquierdo Araya fue parte del Movimiento Nacionalista de Chile, entidad que recogió a los elementos fascistas más puramente doctrinarios entre 1940 y 1943. Con posterioridad se hizo parte de la UNCh y más tarde del Partido Agrario Laborista, apoyando al segundo gobierno de Carlos Ibañez y llegando a ser parlamentario (Robertson y Banoviez 1984, 23-91). Como queda en evidencia, los elementos provenientes del corporativismo y portadores de formas fascistas del nacionalismo buscaron otros derroteros para su desarrollo. También existieron los que rompieron por recelar abiertamente del socialismo de tipo marxista. Claudio Arteaga, importante dirigente de la NAP, se negó a aprobar la fusión en el PSCh por su adhesión al marxismo, llegando a distanciarse personalmente de Eugenio Matte (Thayer 2010, 30).

Pese a la variedad de los antecedentes ideológicos que evidenciaban los fundadores del PSCh, de la amplia gama de corrientes y organizaciones que convergieron en su fundación y de la diversidad de doctrinas y sensibilidades que coexistieron en su interior, el partido fue decantando ideológicamente y tomando opción por un socialismo revolucionario de carácter marxista, aunque no dogmático, abierto a los aportes de otras doctrinas.

Estas directrices ya fueron discutidas en la Convención Provincial Partidaria de Santiago, que tuvo lugar entre el 14 y el 16 de octubre de 1933, y debatidas y definidas en el Primer Congreso del Partido, entre el 28 y el 31 de octubre de 1933 (Jobet 1971, 81 y 85). En dicha ocasión se redactó la Declaración de Principios en la que fue ratificado el carácter marxista del Partido, pero se entendió a este en un sentido amplio, abierto y que renegaba de los intentos de generar interpretaciones ortodoxas. Así, la declaración decía que “el Partido acepta como método de interpretación de la realidad el marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social” (Partido Socialista de Chile 1934a). Óscar Waiss recordaba que la visión planteada por el PSCh de un marxismo sometido a revisión, a la vez que la apelación a la dictadura de ‘los trabajadores’, en lugar de proletariado —lo cual implicaría un mayor protagonismo de los empleados y trabajadores intelectuales—, habrían generado escozor entre

otras organizaciones políticas de raigambre comunista (Waiss 1986, 48). Esta interpretación del marxismo, que servía especialmente para distinguirse de los comunistas, situándose dentro de un mismo campo revolucionario, a la vez que para cohesionar a grupos socialistas de diversos orígenes que convergieron de manera rápida en un nuevo partido, fue un aspecto en el cual se insistió en las declaraciones partidarias. Así, la dirigencia del PS se ocupó de profundizar y explicar este tema en sus órganos oficiales:

Obligado por la divulgación creciente a la que lo sometieron las exigencias de la lucha política, [el marxismo] fue perdiendo su primitivo carácter de doctrina científica hasta llegar a una categoría muy semejante a la de dogma. Como todos los dogmas tiene sus renegados, sus herejes, sus patriarcas y sus mártires. Identificó su suerte a la de diversos partidos socialistas, cada uno de los cuales pretendía seguir e interpretar exclusivamente la verdadera doctrina del maestro [...] No va a caer el Partido Socialista en la inconsecuencia de formular rígidamente los menores detalles de la orientación marxista que sustenta, ni tratar de imponerles obligatoriamente a sus militantes. (Consigna 1934, 2)

La crítica a las interpretaciones ortodoxas y la definición por un marxismo amplio permitía reforzar la autonomía internacional:

Así, son y fueron marxistas Lenin y Kautsky, MacDonald y Vandervelde, Stalin y Trotsky. Los socialdemócratas hacen del marxismo una explicación de su cómoda actitud colaboracionista, la III Internacional le da una consagración parecida a la que recibió el cristianismo de la Iglesia Católica y Trotsky desterrado lo predica contra Stalin triunfante. Todos son marxistas, todos esgrimen los textos y la doctrina del maestro y sus más ilustres exégetas para combatirse ciegamente entre sí. (Consigna 1934, 2)

En la decantación por un marxismo no ortodoxo, abierto a otras influencias, pero a la vez revolucionario, con pretensiones clasistas y latinoamericanista, confluyeron diversos elementos de su experiencia fundacional. Las organizaciones que participaron de la fundación del PSCh fueron aquellas que habían defendido la fase más radical del desarrollo de la República Socialista, habían pugnado por profundizarla y habían apoyado las movilizaciones sociales en torno a ella. En general se habían decepcionado y alejado del reformismo liberal. Varias de ellas provenían de tradiciones marxistas y otras se les acercaron rápidamente durante este período fundacional.

A lo largo de esta etapa fundacional, los medios socialistas se preocuparon especialmente de marcar distancia de las corrientes pro-

clives al socialismo de Estado y de las que evidenciaban reminiscencias corporativistas. Estos desvelos se fundamentaban en la necesidad de aclarar la identidad de un partido de reciente fundación en el que habían convergido elementos con trayectorias militantes e identidades políticas de diverso origen y que emergía en un momento en el que distintas corrientes reclamaban como suyo el concepto de socialismo (CGU 1935, 2; Consigna 1935, 2).

El PSCh también fue definido como un partido de carácter revolucionario y anticapitalista. Así, se sostuvo la inevitabilidad de la lucha de clases y se planteó que “la clase capitalista está representada por el Estado actual, que es un organismo de opresión de una clase sobre otra. Eliminadas las clases debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad” (Partido Socialista de Chile 1934a). También se destacó la necesidad de superar el capitalismo, el que “necesariamente” sería “reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva. La producción socializada se organiza por medio de planes ordenados y sistematizados científicamente, conforme a las necesidades colectivas” (Partido Socialista de Chile 1934a). Finalmente, si bien el PSCh defendió el internacionalismo, dejó en claro su carácter autónomo, latinoamericanista y antiimperialista, recalcando que

la doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo. Para iniciar la realización de este postulado, el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica, para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y a la creación de una economía antiimperialista. (Partido Socialista de Chile 1934a)

Estas definiciones ideológicas tuvieron correlato en su organización interna. El PSCh, según Jobet, se estructuró como un partido “democrático y revolucionario, basado en el núcleo, repudiándose el sistema de asambleas”, las que fueron calificadas de “irresponsables” (Jobet 1971, 86). El liderazgo del partido recaería en un secretario general y en un comité central directivo, elegido por el Congreso (Partido Socialista de Chile 1934b). Aunque no lo nombraba y lo establecía de manera atemperada, dicho sistema se inspiraba en una idea vanguardista y cercana al centralismo democrático leninista. En unas notas posteriores sobre el Primer Congreso del PSCh, Adonis Sepúlveda —quien fuese subsecre-

tario general del PSCh a fines de 1960 e inicios de 1970— sostuvo que al ser el núcleo la base de organización, el PSCh habría tenido una “forma leninista de estructura que en los primeros años se respeta rígidamente” (Sepúlveda s/f, 2). Creemos que dicha aseveración debe ser seriamente matizada, pues la organización del partido nunca respondió de manera integral a dicho espíritu. Esto, en parte por las propias contradicciones del modo en que fue planteado y especialmente porque al interior del PSCh se mantuvo una tendencia al faccionalismo y una cultura política marcada por el asambleísmo y el caudillismo.

4. Conclusiones

La coyuntura fundacional del PSCh y las peculiaridades de las organizaciones que le dieron origen marcaron varias características de larga duración en su historia. Estas ayudan a explicar las decisiones y definiciones que más tarde tomaron sus dirigentes e intelectuales, e incluso sus contradicciones entre discursos y praxis. Por una parte, explican cómo el socialismo chileno buscó mostrarse como una alternativa revolucionaria autónoma al comunismo, negándose a asumir una identidad socialdemócrata. La coyuntura de entreguerras, con un movimiento socialista europeo a la defensiva y desprestigiado, en especial tras la experiencia de la Primera Guerra Mundial, sumada a la crisis del capitalismo liberal luego de la crisis de 1929, llevaron a que las organizaciones que formaron el PSCh rechazaran formas de socialismo de Estado que podían asimilarse o verse como una continuidad con el liberalismo reformista y asumieran una vía revolucionaria. La caracterización de su dirigencia, en general, aunque no exclusivamente mesocrática, pero de escasos vínculos con la elite e incidencia política, junto a sus bases obreras, dieron sustento social a estas definiciones.

En el socialismo chileno, el apelativo de ‘socialdemócrata’ llegó a tener connotaciones peyorativas e incluso en momentos en que el partido se hizo parte de gobiernos de tintes reformistas mantuvo un discurso revolucionario y vivió fuertes crisis internas generadas por los sectores que clamaban por una política clasista y revolucionaria. No es de extrañar que el partido haya vivido varios momentos de radicalización, los que muchas veces eran asumidos como ‘recuperacionismo’ de sus fuentes. La crisis del liberalismo y de la política parlamentaria de la década de 1930,

fomentó la valoración formal de modos vanguardistas y jerarquizados de organización, pese a que las tendencias al asambleísmo y al faccionalismo, derivadas de su heterogeneidad inicial, se mantuvieron en el tiempo. Con todo, la emergencia del antifascismo en sus primeros años de desarrollo, atemperó algunas de sus tendencias a la radicalidad. Si bien los devaneos corporativistas y funcionalistas de algunas de sus organizaciones formativas perdieron vigencia tras formarse el Partido Socialista de Chile, estas tuvieron continuidad programática en la crítica de la democracia liberal y la defensa, especialmente desde fines de la década de 1940 y hasta los años sesenta, del concepto de 'democracia de los trabajadores'; la promoción de la autogestión obrera y más tarde la defensa del 'poder popular'. Esto, en oposición al verticalismo planificador de rai-gambre soviética y a las tendencias más estatistas en la izquierda.

Por otra parte, el PSCh defendió una concepción autónoma y nacionalista del socialismo, fundamentada en un ideal antiimperialista de carácter continental, con un fuerte y permanente contenido programático económico y, aunque de manera más débil y exclusivamente retórico, con un lenguaje étnico indoamericanista en sus primeros años. Con todo, la idea de 'lo nacional', presente en el PSCh, no tendió a incluir lo indígena, sino que se fundó en una visión mayormente totalizante e integradora, inconscientemente heredada de la tradición liberal (Acevedo 2019, 127-130). Esta tendencia antiimperialista, heredada del pensamiento identitarista latinoamericano del que se nutrieron sus cuadros fundacionales, llevó a que más tarde el partido mantuviera relaciones con partidos y movimientos nacional populares latinoamericanos, como el APRA peruano, el cardenismo mexicano y más tarde el Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano, del mismo modo que valorara a movimientos de descolonización y liberación nacional en la posguerra y experiencias socialistas de carácter autónomo como lo fue el titoísmo yugoslavo. En este sentido, la inmersión del PSCh en el imaginario tercermundista durante la Guerra Fría y más tarde su apoyo a la Revolución Cubana tienen muchos elementos de continuidad. Si bien mantuvo relaciones con los partidos socialistas conosureños, estas fueron muchas veces distantes, siendo percibidos como socialdemócratas y europeizantes. Los intentos de entablar relaciones con la Internacional Socialista en la década de 1950 fueron decepcionantes e infructíferos. El PSCh recién recompuso sus relaciones con la Internacional Socialista durante la dicta-

dura militar y solicitó su ingreso a ella en 1990, y aunque fue parte de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, con sus políticas económicas y sociales de reforma gradualista dentro del mercado, nunca ha aceptado definirse como socialdemócrata.

En este sentido, la formación del PSCh es un ejemplo de cómo las condiciones y decisiones tomadas al formarse una organización política tienen consecuencias que persisten en el tiempo, generan tradiciones y ponen marcos que constriñen en forma relativa la capacidad de acción de los agentes históricos.

Bibliografía

- Acevedo, N. 2019. ¿Un racismo en la izquierda? El Partido Socialista, las organizaciones mapuche y la colonización agrícola. *Divergencia* 8(13), 115-134.
- Alvarado, M. (ed.) 2022. *Alfredo Lagarrigue. Un positivista precursor de la Vía Chilena al Socialismo*. Santiago: LOM Ediciones.
- Angell, A. 1974. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México DF: Era.
- ARS 1932a. *Acción Revolucionaria Socialista*. Santiago: sin imprenta.
- ARS 1932b. Una revolución en marcha. *El Socialista*, 8 de octubre, 1.
- ARS 1987. ¿Qué es la A.R.S.? Es un organismo de combate, de construcción, revolucionario y creador (179-181). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Barnard, A. 1983. El Partido Comunista de Chile y las políticas del Tercer Período (1931-1934). *Nueva Historia* 8, 211-250.
- Braun, J., Braun, M., Briones, I., Díaz J., Lüders, R. y Wagner, H. 2000. Economía chilena. 1810-1995. Estadísticas históricas. Documento de Trabajo 187, Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Bravo, P. 2000. 'Los socialistas de antes no usaban gomina'. Arturo Velásquez, un luchador centenario. *Punto Final*, 7 de abril, 12-13.
- Brcic, M. 2003. *Marmaduke Grove. Liderazgo ético*. Santiago: Ediciones Tierra Mía.
- Buckler, S. y Dolowitz, D. 2009. Ideology, Party Identity and Renewal. *Journal of Political Ideologies* 14(1), 11-30.
- CGU 1935. El funcionalismo, hermano siamés del fascismo. *Consigna*, 29 de junio, 1-2.
- Camarero, H. 2011. El Tercer Período de la Comintern en versión criolla. A contracorriente. *Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* 8(3), 203-232.
- Cid, G. y Fernández, C. 2020. De 'ridículo sainete filosófico' a 'doctrina santa y elevada': los conceptos de socialismo y comunismo en el debate público chileno del siglo XIX. *Historia* 53(1), 45-72.
- Collier, R.B. y Collier, D. 1991. Framework: Critical Junctures and Historical Legacies (27-39). En Collier, R.B. y Collier, D. (eds.), *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Consigna 1934. Comentarios a la Declaración de Principios del Partido Socialista. El marxismo, método de interpretación. *Consigna*, 9 de junio, 2.
- Consigna 1935. Venturas y desventuras de D. José Dolores Vásquez. Retorcijones. *Consigna*, 23 de marzo, 2.

- Corvalán, A. 1932. *Estudio crítico del Plan Dávila*. Santiago: Universidad Carlos Marx.
- Corvalán, L. 2015. Identidad, ideología y política en el Movimiento Nacional Socialista de Chile, 1932-1938. *Izquierdas* 25, 76-119.
- Corvalán, L. 2016. Orígenes, trayectoria e identidades ideológicas de la milicia republicana, 1932-1936. *Izquierdas* 29, 149-185.
- Cruz, L. 1969. Historia social de Chile: 1931-1945. Los partidos populares: 1931-1941. Memoria, Universidad Técnica del Estado.
- Cruz, L. 2012. *La República Socialista del 4 de junio*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda.
- De Ramón, A. 2003. *Biografías de chilenos: miembros de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial (1876-1973)*, Tomo II. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Devés, E. 2000. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Santiago: Biblos, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Devés, E. y Díaz, C. (comps.) 1987. *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Di Tella, T. 1965. Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico* 16(4), 391-425.
- Dotti, J.E., Blanco, A., Plotkin, M. y García, L. 2008. Encuesta sobre el concepto de recepción. *Políticas de la Memoria* 8(9), 1-19.
- Drake, P.W. 1973. The Chilean Socialist Party and Coalition Politics, 1932-1946. *Hispanic American Historical Review* 43(4), 619-643.
- Drake, P.W. 1992. *Socialismo y populismo en Chile. 1936-1973*. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
- Enciclopedia Chilena 1948-1971a. Partido Radical Socialista. Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional, 1-5. Disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/Archivo:ECH_2840_34_-_Radical_Socialista,_Partido.djvu [27 de mayo 2023].
- Enciclopedia Chilena 1948-1971b. Partido Social Republicano. Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional, 1-4. Disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/Archivo:ECH_2838_58_-_Social_Republicano,_Partido.djvu [27 de mayo 2023].
- Espagne, M. 2013. La notion de transfert culturel. *Revue Sciences/Lettres* 1. Disponible en: <http://rsl.revues.org/219> [22 de enero 2017].
- Frías, R. 1939. *Ubicación histórica del cuatro de junio. Plan de Gobierno del 4 de junio de 1932*. Santiago: Departamento de Publicaciones del Partido Socialista.
- Garcés, M. 2018. *El movimiento obrero y el Frente Popular (1936-1939)*. Santiago: LOM Ediciones.
- Garrido, P. 2021. *Clasistas, revolucionarios y antiimperialistas. Trayectoria política e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. 1932-1973*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Godoy, E. 2017. Alejandro Escobar y Carvallo, Julio Cesar Jobet y el rescate de la historia del movimiento obrero en Chile. *Espacio Regional* 14(1), 171-180.
- Góngora, M. 1981. *Ensayo histórico de la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones La Ciudad.
- Greener, I. 2005. State of the Art: The Potential of Path Dependence in Political Studies. *Politics* 25(1), 62-72.
- Grez, S. 2015. Un episodio de las políticas del Tercer Período de la Internacional Comunista: elecciones presidenciales en Chile, 1931. *Historia* 48(2), 465-503.
- Grez, S. 2016. *El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)*. Santiago: LOM Ediciones.

- Hernández, S. 2021. *La persistencia en el exilio. Redes político-intelectuales de los apristas en Chile (1922-1945)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Jara, I. 2010. ¿Judeofobia de baja intensidad? Jorge González Von Mareés y el 'nacismo' frente al 'nazismo' (1932-1939). *Cuadernos Judaicos* 27, 1-31.
- Jobet, J.C. 1971. *El Partido Socialista de Chile*. Santiago: Prensa Latinoamericana.
- La Nación 1932a. Gran actividad desarrolla el Partido Socialista Unificado. *La Nación*, 14 de junio, 7.
- La Nación 1932b. Cinco nombres se dan como candidatos a la Presidencia de la República. *La Nación*, 18 de septiembre, 15.
- La Nación 1932c. Labor desarrollada por las agrupaciones demócratas el día de ayer. *La Nación*, 9 de junio, 10.
- Lagarrigue, A. 2022. Programa de acción inmediata (1932). Plan Lagarrigue (203-217). En Alvarado, M. (ed.), *Alfredo Lagarrigue. Un positivista precursor de la Vía Chilena al Socialismo*. Santiago: LOM Ediciones.
- Massardo, J. 2008. *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena*. Santiago: LOM Ediciones.
- McGee Deutsch, S. 2005. *Las derechas: la extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*. Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- Meneghello, R. 2011. Estudio introductorio (11-34). En Meneghello, R. (comp.), *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*. Santiago: LOM Ediciones, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Moraga, F. 2009a. ¿Un partido indoamericanista en Chile? La nueva acción pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933). *Histórica* 33(2), 109-156.
- Moraga, F. 2009b. El asesinato de Héctor Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930. *Universum* 24(2), 114-138.
- Moraga, F. 2014. Vanguardias políticas en el sur del mundo: la evolución del Partido Socialista Marxista y el Partido Socialista de Magallanes. *Pacarina del Sur* 19. Disponible en: <http://pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/946-vanguardias-politicas-en-el-sur-del-mundo-la-evolucion-del-partido-socialista-marxista-y-el-partido-socialista-de-magallanes-1931-1935> [27 de mayo 2023].
- Moulian, T. 2009. *La forja de ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973*. Santiago: Akhilleus.
- Nueva Acción Pública 1987. Mensaje al Pueblo de Chile de la Nueva Acción Pública (157). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Nueva Acción Pública 2011. Declaración de Principios (211). En Meneghello, R. (comp.), *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*. Santiago: LOM Ediciones, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Orden Socialista 1931. *Principios fundamentales. Programa integral. Estatuto*. Santiago: Imprenta Libertad.
- Orden Socialista 1987. Edicto de la Orden Socialista (168-169). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Palma, E. 2017. El Estado socialista según la legislación irregular de Carlos Dávila (junio-septiembre de 1932). *Estudios Constitucionales* 15(1), 373-404.
- Partido Socialista de Chile 1934a. Declaración de Principios del Partido Socialista. *Consigna*, 19 de mayo, 1.
- Partido Socialista de Chile 1934b. Estatuto Orgánico. *Núcleo*, 1 de agosto, 3-12.

- Partido Socialista de Chile 1987. El Acta de Fundación del Partido Socialista (182-183). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Partido Socialista Marxista 1987a. Se ha formado en San Felipe el Partido Socialista Marxista. Manifiesto (156). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Partido Socialista Marxista 1987b. Manifiesto del Partido Socialista (157). En Devés, E. y Díaz, C. (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Partido Socialista Unificado 1932. El Partido Socialista Unificado dirige un manifiesto a las seccionales. *La Nación*, 15 de junio, 6.
- Pinto, J. 2020. ¡La cuestión social debe terminar! La dictadura de Carlos Ibáñez en clave populista, 1927-1931. *Historia* 53(2), 591-629.
- Pollack, B. y Rosenkranz, H. 1986. *Revolutionary Social Democracy: The Chilean Socialist Party*. London: Pinter.
- Ponce, P. 1994. *Óscar Schnake Vergara. Comienzos del socialismo chileno (1933-1942)*. Santiago: Documentas.
- Potashnik, M. 1974. Nacismo: National Socialism in Chile, 1932-1938. Tesis (PhD), University of California.
- Riobó, E. 2021. Algunas formulaciones posibles del par civilización-cultura en el pensamiento de Juan Gómez Millas. *Cuadernos Americanos* 177, 91-123.
- Robertson, E. y Banoviez, P. 1984. Testimonio histórico. Guillermo Izquierdo Araya. *Dimensión Histórica de Chile* 1, 23-91.
- Rodríguez, M. 2019. La Unión Social Republicana de Asalariados de Chile y el Partido Comunista: alianza, tensiones y ruptura en un episodio del movimiento obrero (1925-1928). *Divergencia* 12, 127-146.
- Rojas, J. 1993. La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931). Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Salinas, R. 2021. Los principios comunes entre la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria en Chile y la Masonería. *Boletín de Políticas Educativas y Gestión* 8(8), 58-66.
- Scott, H. 2009. *Pensando el Chile nuevo. Las ideas de la revolución de los tenientes y el primer gobierno de Ibáñez. 1924-1930*. Santiago: Bicentenario.
- Scully, T. 1992. *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago: CIEPLAN, Notre Dame.
- Sepúlveda, A. s/f. I Congreso General Ordinario. Santiago, 28, 29, 30 y 31 de octubre de 1933. Notas. En Archivo Adonis Sepúlveda. Biblioteca Clodomiro Almeyda. Disponible en: <https://www.socialismo-chileno.org/PS/congresos/primerocomit%C3%A9%20central.pdf> [27 de mayo 2023].
- Simonetti, S. 1993. *El gobierno de Carlos Dávila. 16 de junio-13 de septiembre de 1932*. Tesis (Lic.), Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Stemplowski, R. 1980. La República Socialista de Chile de 1932 vista por el Foreign Office. (Una reconstrucción de la imagen, basada en materiales del Public Record Office). *Estudios Latinoamericanos* 6(2), 333-342.
- Stern, C. 1969. La investigación norteamericana sobre las consecuencias de la incongruencia de estatus: revisión y crítica. *Revista Mexicana de Ciencia Política* 57, 337-357.
- Sznajder, M. 1992. El Nacional Socialismo chileno en los años treinta. *Mapocho* 32, 169-193.

- Tarrow, S. 1997. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Te Velde, H. 2005. Political Transfer: An Introduction. *European Review of History* 12(2), 205-221.
- Thayer, W. 2010. *Memorias ajenas*. Santiago: Andrés Bello.
- Thelen, K. 1999. Historical Institutionalism in Comparative Politics. *Annual Review of Political Science* 2, 369-404.
- Thomas, J.R. 1966. Marmaduke Grove and the Chilean National Election of 1932. *The Historian* 29(1), 22-23.
- Thomas, J.R. 1967. The Evolution of a Chilean Socialist: Marmaduke Grove. *Hispanic American Historical Review* 27(1), 22-37.
- Ulianova, O. 2009a. Una crisis escuchada como la obertura de la revolución (15-54). En Riquelme, A. y Ulianova, O. (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, Tomo 2: *Komintern y Chile 1931-1935*. Santiago: LOM Ediciones, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Ulianova, O. 2009b. República Socialista y soviets en Chile. Seguimiento y evaluación de una ocasión revolucionaria perdida (173-206). En Riquelme, A. y Ulianova, O. (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, Tomo 2: *Komintern y Chile 1931-1935*. Santiago: LOM Ediciones, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Ulianova, O. 2009c. Inserción internacional del socialismo chileno 1933-1973 (26-49). En Ulianova, O. (ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Ulianova, O. 2015. Chile en el mundo (107-151). En Ferandois, J. y Ulianova, O. (coords.), *América Latina en la historia contemporánea, Chile mirando hacia adentro*, Tomo 4: 1930-1960. Madrid: Taurus.
- Urtubia, X. 2017. *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile. La transformación del militante tradicional, 1924-1933*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Urzúa Valenzuela, G. 1992. *Historia política de Chile y su evolución electoral. Desde 1810 a 1992*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- Valdivia, V. 1992. *Las milicias republicanas. Los civiles en armas, 1932-1936*. Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Valdivia, V. 2017. *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Santiago: LOM Ediciones.
- Vega, M. 2012. ¿Hidalguismo versus laffertismo? Crisis y representación del comunismo en Chile, 1929-1933 (97-114). En Ulianova, O., Loyola, M. y Álvarez, R. (eds.), *El siglo de los comunistas chilenos 1912-2012*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Venegas, D. 2016. Progresión doctrinaria del Partido Socialista de Chile: los programas de 1935 y 1948. *Tiempo y Espacio* 36, 21-37.
- Vergara, A. 2015. Los trabajadores chilenos y la gran depresión. 1930-1938 (73-108). En Drinot, P. y Knight, A. (eds.), *La Gran Depresión en América Latina. Paulo Drinot y Alan Knight*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Vergara, A. 2020. Cuando el Estado no protege: las duras lecciones de la crisis de 1930. CIPER Chile, 30 de junio. Disponible en: <https://www.ciperchile.cl/2020/05/31/cuando-el-estado-no-protege-las-duras-lecciones-de-la-crisis-de-1930/> [27 de mayo 2023].
- Vial, G. 1997. *Historia de Chile 1891-1973*, Tomo 4: *La dictadura de Ibáñez*. Santiago: Zig Zag.
- Vial, G. 2005. Las elecciones presidenciales de 1931 y 1932 y el retorno del León (117-137). En San Francisco, A. y Soto, A. (eds.), *Camino a La Moneda. Las elecciones*

- presidenciales en la historia de Chile, 1920-2000*. Santiago: Bicentenario, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Villanueva, H. 1943. *¡La revolución que Chile espera! Mensaje a las juventudes nacionales*. Santiago: Ediciones Portalianas.
- Waiss, O. 2012. La República Socialista. Dos rectificaciones (103-105). En Cruz, L. (ed.), *La República Socialista del 4 de junio*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda.
- Walker, I. 1990. *Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada*. Santiago: CIEPLAN.
- Witker, A. 1993. *Historia documental del PSCh. 1933-1993. Forjadores y signos de renovación*. Concepción: IELCO.
- Zapata, F. 1993. *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Zemelman, H., Faletto, E. y Ruiz, E. 1971. *Génesis histórica del proceso político chileno*. Santiago: Quimantú. *EP*

Artículo

Comunidad política y democracia agonística: las antinomias de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau

Eugenio Rivera Urrutia

Fundación Casa Común, Chile

RESUMEN: A lo largo de sus trayectorias intelectuales, Ernesto Laclau y especialmente Chantal Mouffe han subrayado que valoran las instituciones de la democracia moderna. No obstante, su adhesión a la idea schmittiana de lo político como situación antagónica irreconciliable, su idea sobre la constitución del pueblo en tensión con el orden constitucional construido democráticamente, su concepción excluyente de la comunidad política y la falta de atención a la dimensión constitucional e institucional de la democracia representativa tienen como consecuencia un pensamiento atravesado por una antinomia fundamental y sujeto al peligro de legitimar los desafíos antidemocráticos del populismo de derecha e izquierda que azotan a los países. El ‘pueblo’ es una entidad inherentemente jurídica que requiere de un conjunto de procedimientos legales para determinar cómo puede expresarse

EUGENIO RIVERA URRUTIA es doctor en Ciencias Económicas y Sociales por la Universidad Libre de Berlín. Director ejecutivo de la Fundación Casa Común, Chile, e integrante de la coordinación del Foro por un Desarrollo Justo y Sostenible, Chile. Ha sido presidente de la Comisión Preventiva Central Antimonopolios de Chile, jefe de la División de Regulación del Ministerio de Economía y consultor de la CEPAL, BID, FAO, Banco Mundial y del PNUD. Profesor del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) de México (2003-2005). Áreas de especialización: políticas públicas; presidencia de la república y centro de gobierno; institucionalidad pública y reforma del Estado; gestión pública innovadora y política económica. Entre sus trabajos y publicaciones se cuentan los libros *La trastienda del gobierno. El eslabón perdido en la modernización del Estado chileno*, y *Gobierno electrónico y nueva economía. La experiencia chilena*. Dirección: San Pío X 2390, of. 306, Providencia, Santiago, Chile, CP 7510082. Email: eugenioriveraurrutia@gmail.com.

El autor agradece el diálogo desarrollado con Felipe Agüero, Fernando Bustamante y Augusto Varas. Asimismo, las observaciones y recomendaciones de Aldo Mascareño y de los dos revisores anónimos.

y, por tanto, gobernar. El autogobierno democrático solo es posible dentro del marco de un orden constitucional, porque esto es lo que define los procedimientos que permiten a las personas gobernarse a sí mismas. En contraposición con ello, Ernesto Laclau propone alternativamente la idea de la constitución del pueblo como un proceso de articulación de grupos donde le cabe al discurso un rol crucial y que es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad: es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima. La aceptación de la demanda de una parte, la *plebs*, de ser el único *populus* legítimo, abre la posibilidad de desestimar el pacto constitucional, la institucionalidad y las normas del juego democrático.

PALABRAS CLAVE: comunidad política, democracia, antagonismo, pacto constitucional, populismo

RECIBIDO: marzo 2023 / ACEPTADO: septiembre 2023 / ONLINE FIRST: diciembre 2023

Political Community and Agonistic Democracy: The Antinomies Of Chantal Mouffe and Ernesto Laclau

ABSTRACT: Throughout their intellectual trajectories, Ernesto Laclau and, above all, Chantal Mouffe have insisted that they value the institutions of modern democracy. However, their adhesion to the Schmittian idea of the political as a situation of irreconcilable antagonism, their idea about the constitution of the people as in tension with the democratically constructed constitutional order, their conception of an exclusive political community and their lack of attention to the constitutional and institutional dimensions of representative democracy have resulted in a system of thought defined by a fundamental antinomy and susceptible to the risk of legitimizing the antidemocratic populisms of the left and right currently assailing countries. The 'people' is an inherently juridical entity that requires a set of constitutional and legal procedures to determine how to express itself and, therefore self - govern in contrast to this, Ernesto Laclau alternatively proposes the idea of the constitution of the people as a process of group articulation, where discourse plays a crucial role and that encompasses something lesser than all the members of the political community: it is a fraction which aspires, however, to be conceived as the only legitimate totality. The acceptance of the demand for a faction, the *plebs*, to be the only legitimate *populus* allows for a potential dismissal of the constitutional pact, the adherence to institutions, and the norms of the democratic game.

KEYWORDS: political community, democracy, antagonism, constitutional pact, populism

RECEIVED: March 2023 / ACCEPTED: September 2023 / ONLINE FIRST: December 2023

A lo largo de sus trayectorias intelectuales, Ernesto Laclau y especialmente Chantal Mouffe han insistido en que valoran las instituciones de la democracia moderna. No obstante, su adhesión a la idea schmittiana de lo político como momento antagónico irreconciliable, su idea sobre la constitución del pueblo en tensión con el orden constitucional construido democráticamente, su concepción excluyente de la comunidad política y la falta de atención a la dimensión constitucional e institucional de la democracia representativa tienen como consecuencia un pensamiento cruzado por una antinomia fundamental, y sujeto al peligro de legitimar los desafíos antidemocráticos del populismo de derecha e izquierda que azotan a los países, en el contexto de lo que Daniel Innerarity (2020) ha denominado la democracia compleja.

El colapso del socialismo realmente existente hizo ineludible para Mouffe tomar posición respecto de la 'democracia liberal'. En varios escritos (1995, 1999, 2011) reconoció que la democracia moderna es la afirmación de que todos los seres humanos son libres e iguales, y que no es posible encontrar principios más radicales para organizar la sociedad. Más aún, retomó las nociones de *universitas* y de *societas* de Michael Oakeshott (1975) que pueden representar dos interpretaciones alternativas del Estado moderno. *Universitas* indica un compromiso en una empresa para perseguir un propósito sustantivo común o para promover un interés común, mientras que *societas* o 'asociación civil' designa una relación formal en términos de reglas, no una relación sustantiva en términos de acción común (Oakeshott 1975, 203).

Concurrió esta mirada de Mouffe (1999) con la del jurista austríaco Hans Kelsen (2013), quien consideró que las sociedades modernas se caracterizan por conflictos irreductibles tanto a nivel de intereses materiales como de cosmovisiones individuales, lo que hacía indispensable la democracia constitucional y el parlamentarismo como medios para permitir que estos conflictos se desarrollaran pacíficamente, en busca de decisiones colectivas que, al menos, satisficieran a la mayoría y dieran a la minoría la esperanza de poder convertirse en mayoría.

En contraposición con esta idea de constitución de la comunidad política en torno al pacto constitucional, Laclau (2005, 108) postuló la idea de una comunidad política que se constituye a partir de la noción de *plebs*, que reclama ser el único *populus* legítimo: es decir, una parcialidad que debe funcionar como la totalidad de la comunidad. Al mismo

tiempo, Mouffe (2000) recurre a Carl Schmitt (2017) para pensar críticamente la democracia moderna, y asume como punto de partida la naturaleza antagónica irreconciliable de lo político, de la que deriva plantear la democracia radical, conforme a la cual “la lógica democrática implica siempre dibujar una frontera entre ‘nosotros’ y ‘ellos’, aquellos que pertenecen al ‘pueblo’ (*demos*) y aquellos que están afuera” (en Mouffe 2000, 4). Para ella, es esta una condición para el ejercicio de los derechos democráticos que genera una tensión con el “énfasis liberal en el respeto de ‘los derechos humanos’ que no ofrece una garantía de que una decisión hecha mediante los procedimientos democráticos no ponga en peligro algunos derechos existentes” (Mouffe 2000, 4).

En este contexto, en la primera sección (1) del presente artículo se analizan las afirmaciones de Mouffe, luego del colapso del ‘socialismo realmente existente’ en la URSS, que dejan en evidencia una amplia valoración de las instituciones democráticas liberales. En la segunda sección (2) esta valoración es sustentada conceptualmente al analizar y manifestar su concordancia con la visión de Michael Oakeshott sobre la constitución de la comunidad política cuando desaparece una visión común de la buena sociedad. En la tercera sección (3) se revisa la visión de Laclau sobre comunidad política, dejando en evidencia su incompatibilidad con la apuesta de la democracia constitucional; en el contexto de la crítica de la Tercera Vía, se analiza cómo el énfasis en la valoración de la ‘democracia moderna’ entra en contradicción con la noción del carácter irreducible del antagonismo y la naturaleza excluyente de la comunidad política de la *plebs*. En la cuarta sección (4) se describe someramente cómo la recepción positiva por parte de Mouffe del planteamiento de Oakeshott es puesto en cuestión por el intento de la autora de ‘corregir las deficiencias’ de la propuesta del filósofo conservador inglés. En la quinta sección (5) se explicita en detalle el modelo de democracia agonística de Mouffe que, al reiterar el discurso schmittiano y al mismo tiempo pretender sustituir la categoría ‘enemigo’ por ‘adversario’, genera una contradicción insuperable. Se analiza, además, el cuestionamiento que hace Jürgen Habermas de los planteamientos de Mouffe respecto de que la teoría deliberativa de la democracia no tomaría en cuenta el problema del poder. En la sección sexta (6) se muestra que no es compatible sostener la idea de Schmitt de lo político como antagónico, con la afirmación de Mouffe respecto de que el modelo de democracia agonística

permite transformar a los enemigos en adversarios. Sostenemos que es imperativo optar entre Schmitt y la democracia de los homogéneos, y la democracia constitucional de Kelsen. Finalmente, en la séptima sección (7) se indagan y se discuten las causas teóricas que explican los déficits conceptuales de Laclau y Mouffe. Crucial es que la reflexión sobre la democracia y la comunidad política que se constituye con el pacto constitucional y la crítica posmarxista que los autores intentan construir encaran obstáculos insalvables al eludir la experiencia histórica del socialismo realmente existente y los planteamientos conceptuales y políticos que le fueron concomitantes.

I. La valorización por parte de Chantal Mouffe de la democracia liberal

En 1992, Mouffe edita el libro *Dimensions of Radical Democracy*, reimpresso en 1995, cuyo objeto es abordar la tarea urgente de repensar la política democrática. Rechaza la idea de ver el capitalismo liberal democrático como el “final de la historia” (Mouffe 1995, 1) y plantea a la democracia radical como la única alternativa (Mouffe 1995, 3). Al mismo tiempo, sostiene que para aprender de las “trágicas experiencias del totalitarismo es necesario adoptar una actitud diferente hacia la democracia liberal, y reconocer sus fortalezas y sus déficits” (Mouffe 1995, 1): se trata de entender que el objetivo de la izquierda es extender y profundizar la revolución democrática iniciada 200 años antes; no se trata de rechazar la democracia liberal reemplazándola por una nueva forma de sociedad política, como proponía tradicionalmente la idea de revolución, sino de una radicalización de la tradición democrática moderna.

En el prefacio del libro, que lleva como título ‘Política democrática hoy’, la autora establece dos definiciones clave de su reconocimiento de la radicalidad de la ‘democracia moderna’ y señala el grave error de la izquierda al denunciar como farsa la brecha entre los ideales democráticos y su realización, alternativa que se demostró como desastrosa por “la trágica experiencia del socialismo al estilo soviético” (Mouffe 1995, 2):

De hecho, una vez que reconocemos que lo que constituye la democracia moderna es la afirmación de que todos los seres humanos son libres e iguales, queda claro que no es posible encontrar principios más radicales para organizar la sociedad. Por lo tanto, el problema no son los ideales de la democracia moderna, sino el hecho de que sus principios políticos

están muy lejos de ser implementados, incluso en aquellas sociedades que los reclaman. Debido a la gran brecha entre los ideales democráticos profesados y su realización, la tendencia general de la izquierda ha sido denunciarlos como una farsa y apuntar a la construcción de una sociedad completamente diferente. Esta alternativa radical es precisamente lo que ha demostrado ser desastroso por la trágica experiencia del socialismo al estilo soviético, y debe descartarse. (Mouffe 1995, 1-2; traducción propia)

Una posición similar expresaba Kelsen ya en 1920 (2013) en su libro *La esencia y naturaleza de la democracia*.

Esta 'igualdad' pretende ser sinónimo de justicia, pero resulta ser un término igualmente ambiguo. La teoría marxista, o al menos una de sus variantes más nuevas, la doctrina bolchevique, busca reemplazar, en nombre de la democracia, la ideología de la libertad con la ideología de la justicia. Advertía y ahondaba Kelsen (2013, 98) en varias aristas, en torno a que

se trata de un mal uso de la terminología cuando la palabra 'democracia' —que tanto ideológica como prácticamente representa un método particular para la creación del orden social— se utiliza para describir el contenido de ese orden social, pero carente de una conexión esencial con el método por medio del cual fue creado. Este tipo de manipulación terminológica tendría el efecto ominoso, aunque no intencional, de que el poder legitimador y el valor emocional que acompañan al lema de la democracia gracias a su ideología de la libertad, beneficia a un estado de dictadura pura. En consecuencia, esta concepción social y no formal de la democracia niega la diferencia entre democracia y dictadura, y se declara que la dictadura, que supuestamente realiza la justicia social, es la 'verdadera' democracia. Esto tiene el efecto colateral de menospreciar injustamente la democracia de hoy y, por ende, la contribución del grupo que, en parte, muy en contra de sus propios intereses, hizo posible esa democracia. (Kelsen 2013, 98)

Por su parte, en el marco de su crítica de la llamada Tercera Vía, Mouffe (1995, 2) sostiene que no se trata de aceptar la democracia en su forma actual: en lugar de proclamar el carácter ideológico e ilusorio de la llamada 'democracia burguesa formal', se trata de tomar sus principios literalmente y de exigir de las sociedades democráticas hacerse responsables de sus ideales. Implica también reconocer que los avances democráticos han sido resultado del desplazamiento de los derechos en torno a dos ejes: el reclamo de grupos nuevos por acceder a derechos ya declarados y la demanda de nuevos derechos, en el marco de relaciones sociales hasta ahí consideradas 'naturalmente' jerárquicas, como son

las demandas de razas oprimidas y de género. La idea de democracia radical debe reconocer también que la articulación de las ideas de soberanía popular e igualdad cívica con los temas liberales de derechos naturales, gobiernos constitucionales y separación de poderes —articulación que es constitutiva para la democracia liberal— ha hecho posible la demanda por nuevos derechos y la creación de nuevos significados, nuevos usos y campos de aplicación para las ideas de libertad e igualdad. Coincide así Mouffe (1995, 2), explícitamente, con la convicción de Norberto Bobbio respecto de que las instituciones liberales democráticas deben ser parte esencial de cualquier proceso de democratización y de que los objetivos socialistas solo pueden alcanzarse dentro del régimen liberal democrático.¹

En cuanto a la objeción de que las relaciones capitalistas constituyen un obstáculo insuperable a la realización de la democracia, Mouffe (1995, 3) insiste en la necesidad de distinguir y separar el liberalismo político del liberalismo económico, ya que defender y valorar la forma política de la sociedad específica a la democracia liberal “no nos compromete con el sistema económico capitalista”. La tarea del libro es entregar reflexiones para repensar las políticas de la izquierda, repensar cómo es posible extender la democracia dentro del marco del régimen liberal democrático (Mouffe 1995, 3). La autora identifica a tal fin áreas que deben ser reformuladas, particularmente concebir cómo liberar a la democracia moderna de sus premisas individualistas y racionalistas, que se constituyen en grilletes para la democracia en su forma actual.

Frente a tal mirada cabe objetar, junto con Hannah Arendt (1997), las supuestas premisas individualistas de la democracia moderna. Como señala Arendt, la política se basa en la pluralidad de los seres humanos:² trata del estar juntos los unos con los otros, y de los diversos. Las personas se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto o a partir de un caos absoluto de las di-

¹ Al respecto, Kelsen (2013, 35) señala: “La metamorfosis que sufre la idea de libertad nos lleva de la idea de democracia a la realidad de la democracia, cuya naturaleza debe entenderse en términos del antagonismo, particularmente característico del problema de la democracia, entre ideología y realidad. En las discusiones sobre la democracia, se crean repetidamente muchos malentendidos por el hecho de que un lado solo habla sobre la idea, mientras que el otro lado solo habla sobre la realidad de este fenómeno. Las dos partes discrepan porque ninguna logra captar el fenómeno en su totalidad, donde la ideología y la realidad deben entenderse en referencia la una a la otra”.

² Cabe señalar que Hannah Arendt utilizaba el término ‘hombre’ para referirse a los seres humanos.

ferencias (Arendt 1997, 45). Más adelante agrega que la política nace en el 'entre-los-hombres', por lo tanto, completamente fuera del individuo; de ahí que no haya ninguna substancia propiamente política, ya que la política surge en el 'entre' y se establece como relación (Arendt 1997, 46). Arendt finaliza señalando que este mundo de relaciones no ha nacido por la fuerza o la potencia de un individuo, sino por la de muchos que, al estar juntos, generan un poder ante el cual la más grande fuerza del individuo es impotente (Arendt 1997, 106).

2. La comunidad política como resultado del pacto constitucional

La valorización de las instituciones democráticas es teorizada por Mouffe (1995) sobre la base de la lectura de varios autores. En el texto *Democratic Citizenship and the Political Community* releva los aportes de Rawls y de Sandel, concluyendo que cabe "combinar sus visiones en una nueva concepción de ciudadanía adecuada para un proyecto de democracia radical y plural" (Mouffe 1995, 227).

Ya he señalado cómo Quentin Skinner indica una posible forma de articulación entre la libertad individual y la participación ciudadana. Pero también debemos ser capaces de formular el carácter ético de la ciudadanía moderna de manera que sea compatible con el pluralismo moral y respete la prioridad del derecho sobre el bien. Lo que compartimos y lo que nos hace conciudadanos en un régimen democrático liberal no es una idea sustantiva del bien sino un conjunto de principios políticos específicos de tal tradición: los principios de libertad e igualdad para todos. Esos principios constituyen lo que podemos llamar, siguiendo a Wittgenstein, una 'gramática' de la conducta política. Ser ciudadano es reconocer la autoridad de esos principios y de las normas en que se plasman; tenerlos informando nuestro juicio político y nuestras acciones. Asociarse en términos del reconocimiento de los principios democráticos liberales, ese es el sentido de ciudadanía que quiero plantear. Implica ver la ciudadanía no como un estatus legal sino como una forma de identificación, un tipo de identidad política: algo a construir, no dado empíricamente.³ Dado que siempre habrá interpretaciones contrapues-

³ Aparece en esta cita una primera antinomia en el pensamiento de Mouffe, pues la noción de ciudadanía es en primer lugar un estatus legal cuyo contenido crece con la incorporación sucesiva de los derechos civiles, políticos y sociales en buena medida producto de las luchas políticas y sociales (Marshall 1949). Esta afirmación de ciudadanía como forma de identificación y de identidad política es contradictoria, como se evidencia más abajo, con la aceptación de la noción de *societas* de Michael Oakeshott (1975, 203).

tas de los principios democráticos de igualdad y libertad, habrá interpretaciones contradictorias de la ciudadanía democrática. (Mouffe 1995, 231)

El texto *De la articulación entre liberalismo y democracia*, incluido en el libro *El retorno de lo político* (Mouffe 1999), busca dilucidar la relación entre ambas nociones.⁴ Toma como punto de partida dos aproximaciones que a juicio de Chantal Mouffe permiten abordar las tensiones entre soberanía popular y Estado de derecho. La primera se basa en dos autores vinculados a la tradición ‘socialista liberal democrática’, Norberto Bobbio y C.B. Macpherson, ambos preocupados por lograr compatibilizar el socialismo con la democracia liberal. La segunda se basa en la recuperación de la noción de Schmitt de ‘lo político’ como base para pensar la democracia, y que analizaremos en las secciones siguientes (Mouffe 1999, 145).

Coincide Mouffe con Bobbio respecto de que no cabe esperar el surgimiento de un tipo completamente nuevo de democracia y en relación a que las instituciones liberales deben permanecer, lo que equivale a reconocer que el pluralismo es constitutivo de la democracia moderna. Repite su distancia de quienes sostienen que las instituciones liberales son

una mera cobertura de las divisiones de clase de la sociedad capitalista. Esas instituciones garantizan la protección de la libertad individual respecto de la tiranía de la mayoría o de la dominación del partido/Estado totalitario [...]

En una democracia moderna ya no hay idea sustancial de vida buena sobre la cual todas las personas puedan estar de acuerdo, sino un pluralismo que las instituciones liberales fundamentales —separación de Iglesia y Estado, división de poderes, limitación del poder del Estado— contribuyen a asegurar. (Mouffe 1999, 145-146)

En su búsqueda de un modo de asociación política que, aunque no postule la existencia de un bien común sustantivo, implique sin embargo la idea de comunalidad (*commonality*), de un vínculo ético-político entre los participantes en la asociación, la autora recurre al filósofo conservador Michael Oakeshott. Señala que, interpretada de cierta manera, las reflexiones sobre la asociación civil propuestas por Michael Oakeshott en *On Human Conduct* pueden ser muy esclarecedoras para tal fin. Oakes-

⁴ Corresponde al texto revisado de una ponencia presentada en la conferencia que se celebró en Canadá, en octubre de 1989, sobre el tema ‘El legado de C.B. Macpherson: Pluralismo y democracia moderna: en torno a Carl Schmitt’, publicado previamente en *New Formations* 14 (1991).

hott muestra que las nociones de *universitas* y *societas*, que a finales de la Edad Media se entendían como dos modos diferentes de asociación humana, pueden también representar dos interpretaciones alternativas del Estado moderno. *Universitas* indica un compromiso en una empresa para perseguir un propósito sustantivo común o para promover un interés común, que se entiende como la conceptualización del rol y las tareas que impulsa un partido político. A diferencia de ese modelo de asociación de agentes comprometidos en una empresa común definida por un propósito, *societas* o 'asociación civil' designa una relación formal en términos de reglas, no una relación sustantiva en términos de acción común. La idea de *societas* es la de agentes que, por elección o circunstancia, se relacionan entre sí para componer una asociación identificable de cierto tipo (Mouffe 1999). Para precisar la idea, Mouffe cita a Oakeshott:

El lazo que los une, y respecto del cual cada uno se reconoce a sí mismo como *socius*, no es el de un compromiso en una empresa para perseguir un propósito sustantivo común o para promover un interés común, sino el de la lealtad recíproca. (Mouffe 1999, 97)

Sobre esa base, Mouffe señala que *societas* no es un modo de relación en términos de acción común, sino una forma en la que los participantes se relacionan entre sí para reconocer la autoridad de ciertas condiciones en la acción. Oakeshott (1975) insiste en que los participantes de una *societas* o *cives* no se asocian para una empresa común ni con miras a facilitar el logro de la prosperidad individual de cada persona: lo que los une es el reconocimiento de la autoridad de las condiciones que especifican su interés común o 'público', una 'práctica de civilidad'. Esta preocupación o consideración pública de *cives* Oakeshott la llama *res publica*. Es una práctica de civismo que especifica no actuaciones, sino condiciones a las que se suscribirá en la elección de actuaciones. Estas consisten en un complejo de reglas o prescripciones semejantes a reglas, que no prescriben satisfacciones a buscar o acciones a realizar, sino 'consideraciones morales que especifican condiciones a las que se suscriben en la elección de actuaciones'. Así, para Mouffe, la idea de Oakeshott de la asociación civil como *societas* como 'práctica de civilidad' es adecuada para definir la asociación política en las condiciones democráticas modernas. Es una forma de asociación que puede disfrutarse entre relativamente extraños pertenecientes a muchas asociaciones intencionales, pero cuyas lealtades a comunidades específicas no se consideran en conflicto con su membresía en la asociación civil (Mouffe 1999, 98).

Según Urbinati e Invernizzi (2013), esta idea de la constitución del pueblo sobre la base de un pacto constitucional inclusivo está presente en Hans Kelsen (2013) y surge del rechazo de Kelsen a lo que él llama la concepción 'metafísica' del 'pueblo' como una entidad sociológica cosificada que existe independientemente del orden legal. Para él, el 'pueblo' solo puede entenderse realmente como una entidad puramente artificial, definida por las normas jurídicas como el conjunto de individuos a los que se supone que se aplica. De aquí se sigue que el autogobierno democrático no puede darse dentro de un hipotético 'estado de naturaleza': siendo el 'pueblo' una entidad inherentemente jurídica, requiere de un conjunto de procedimientos legales para determinar cómo puede expresarse y, por lo tanto, gobernar. En consecuencia, el orden jurídico no necesita ser entendido como un conjunto independiente de restricciones, impuestas 'externamente' al ejercicio de la soberanía popular, sino que emerge como su condición de posibilidad de fondo. En otras palabras, según ambos autores, para Kelsen (2013),

el autogobierno democrático solo es posible dentro del marco de un orden constitucional, que por su naturaleza define los procedimientos que, en primer lugar, permiten a las personas gobernarse a sí mismas. En este sentido, el proceso democrático en sí mismo es una forma de política constitucionalizada, en la medida en que las reglas y los procedimientos son esenciales para su funcionamiento. (Kelsen 2013, 17)

Por su parte, Mouffe, al abstenerse de indagar en las dimensiones institucionales y constitucionales que implica la noción de *societas*, no da cuenta en su profundidad de la visión de Oakeshott ni del cambio radical que experimenta la democracia surgida en los siglos XVIII y XIX con la noción de democracia constitucional. Por ello, no discute la visión de Laclau de comunidad política y, más bien, como veremos, termina asumiendo visiones incompatibles con su presunta recuperación de la democracia liberal.

3. El pueblo como comunidad política excluyente: la alternativa de Laclau

En contraposición con las concepciones de Bobbio, Macpherson y Oakeshott, que Mouffe parecía rescatar, en *Razón populista* Ernesto Laclau (2005) concibe la constitución del pueblo o de la comunidad política como un proceso de articulación de grupos donde le cabe al discurso un

rol crucial. Es así como Laclau establece una diferencia entre una totalización populista y una institucionalista que debe buscarse en el nivel de estos significantes privilegiados, hegemónicos que estructuran, como puntos nodales, el conjunto de la formación discursiva. La diferencia y la equivalencia están presentes en ambos casos, pero un discurso institucionalista es aquel que intenta hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad. Por lo tanto, dice Laclau (2005), el principio universal de la diferencialidad se convertiría en la equivalencia dominante dentro de un espacio comunitario homogéneo. En el caso del populismo, ocurre lo opuesto: una frontera de exclusión divide a la sociedad en dos campos. El pueblo, en ese caso, es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad: es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima (Laclau 2005, 107-108). Como mostraremos en la cuarta sección, Chantal Mouffe comparte esta visión.

El pueblo puede ser concebido como *populus* —el cuerpo de todos los ciudadanos— o como *plebs* —los menos privilegiados—, sostiene el autor. Sin embargo, según Laclau (2005), ni siquiera esta distinción capta aquello a lo que apunta, ya que la distinción podría fácilmente ser vista como una que es jurídicamente reconocida, en cuyo caso sería simplemente una diferenciación dentro de un espacio homogéneo que otorga una legitimidad universal a todas sus partes componentes; es decir, la relación entre sus dos términos no sería una relación antagónica. A fin de concebir al ‘pueblo’ del populismo necesitamos algo más: necesitamos una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo, es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad (‘Todo el poder a los soviets’, o su equivalente en otros discursos, sería un reclamo estrictamente populista). En el caso de un discurso institucionalista, la diferencialidad reclama concebirse como el único equivalente legítimo: todas las diferencias son consideradas igualmente válidas dentro de una totalidad más amplia. En el populismo, esta simetría se quiebra: una parte que se identifica con el todo. De este modo, como ya sabemos, va a tener lugar una exclusión radical dentro del espacio comunitario. En el primer caso, el principio de diferencialidad puede constituirse en la única equivalencia dominante; en el segundo caso, esto es insuficiente: el rechazo de un poder realmente activo en la comunidad requiere identificar todos los eslabones de la cadena popular con un principio de identidad

que permita cristalizar las diferentes demandas en torno a un común denominador que requiere, desde luego, una expresión simbólica positiva. Esto es lo que Laclau (2005, 108) llama la transición desde las demandas democráticas a las demandas populares. Las primeras pueden ser incorporadas a una formación hegemónica en expansión; las segundas representan un desafío a la formación hegemónica como tal.

Para Laclau (2005, 81), “para tener el ‘pueblo’ del populismo, necesitamos algo más: necesitamos una plebe que pretenda ser el único *populus* legítimo”. La cita es elocuente: Laclau ve la legitimidad como un rasgo constitutivo de la plebe populista. Pero, como señala Arditti, es difícil decir cómo debemos entender el papel que juega la legitimidad en un desafío populista, o qué es lo que permite que un conjunto de demandas genere un reclamante legítimo. En tal sentido, Arditti (2022, 52) concluye que Laclau introduce este calificativo de la plebe sin desarrollarlo, quizás porque pensó que se explicaba por sí mismo o, de manera adrede, para dejarlo vago.

Para Laclau (2005), las relaciones *equivalenciales* no irían más allá de un vago sentimiento de solidaridad si no cristalizaran en una cierta identidad discursiva, que ya no representa demandas democráticas como equivalentes sino el lazo de equivalencia como tal: ese momento de cristalización es el que constituye al ‘pueblo’ del populismo, cuando lo que era simplemente una mediación entre demandas adquiere una consistencia propia. Aunque el lazo originalmente estaba subordinado a las demandas, ahora reacciona sobre ellas y, mediante una inversión de la relación, comienza a comportarse como su fundamento. Sin esta operación de inversión no habría populismo; según Laclau (2005, 122), algo análogo a lo que describe Marx en *El capital* como la transición de la forma general del valor a la forma de dinero.

A partir de aquí, Laclau (2005) se propone explorar los diferentes momentos de la construcción del ‘pueblo’. En el fondo, intenta precisar qué significa ese término “como cristalización de una cadena de equivalencias” para lo cual “un buen punto de partida” podría ser [...] la brecha en la continuidad del espacio comunitario resultante de que la *plebs* se presenta a sí misma como la totalidad del *populus*” (Laclau 2005, 213). A partir de Rancière se pregunta ¿dónde descansa su posibilidad ontológica? En primer lugar, señala, debe diferenciarse del conjunto de relaciones sociales factualmente dado. Ello deriva que la plenitud del ser comunita-

rio está presente pese a que ninguna totalidad institucional puede inscribir en sí misma, como momentos positivos, al conjunto de las demandas sociales, pues la plenitud del ser comunitario está presente para ellas como aquello que está ausente; como aquello que, bajo el orden social positivo existente, debe permanecer insatisfecho. Por lo tanto, el *populus* como lo dado —como el conjunto de relaciones sociales tal como ellas factualmente son— se revela a sí mismo como una falsa totalidad, como una parcialidad que es fuente de opresión. Por otro lado, la *plebs*, cuyas demandas parciales se inscriben en el horizonte de una totalidad plena —una sociedad justa, solo que existe idealmente— puede aspirar a constituir un *populus* verdaderamente universal que es negado por la situación realmente existente (Laclau 2005, 123).

Dado que estas dos visiones del *populus* son, en la mirada de Laclau (2005, 123), estrictamente inconmensurables, es que una cierta particularidad, la *plebs*, puede identificarse con el *populus* concebido como totalidad ideal. En este contexto, busca explicar cómo esta pluralidad de vínculos se torna una singularidad mediante su condensación alrededor de una identidad popular. ¿Cuáles son, en primer lugar, las materias primas que intervienen en ese proceso de condensación? Obviamente, solo las demandas individuales en su particularismo. Pero si va a establecerse entre ellas un vínculo equivalencial, debe encontrarse algún tipo de denominador común que encarne la totalidad de la serie. Como este denominador común debe provenir de la misma serie, solo lo podrá fungir una demanda individual que, por una serie de razones circunstanciales, adquiera cierta centralidad. Esta es la operación hegemónica que quiere describir Laclau (2005, 124).

En primer lugar, la demanda que cristaliza la identidad popular está internamente dividida: por un lado, es una demanda particular; por el otro, su propia particularidad comienza a significar algo muy diferente de sí misma: la cadena total de demandas *equivalenciales*. Aunque continúa siendo una demanda particular, pasa a ser también el significante de una universalidad más amplia que aquella (Laclau 2005, 124). En segundo lugar, el argumento debe adecuarse en este punto a lo que había señalado Laclau acerca de la producción de 'significantes vacíos'. Cualquier identidad popular requiere ser condensada en torno a algunos significantes (palabras, imágenes) que se refieren a la cadena equivalencial como totalidad. Pero en una relación equivalencia, las demandas no

comparten nada positivo, solo el hecho de que todas ellas permanecen insatisfechas (Laclau 2005, 125).

En una situación de desorden radical, la demanda es por algún tipo de orden, y el orden social concreto que va a satisfacer ese reclamo es para Laclau una consideración secundaria (lo mismo puede decirse de términos similares como 'justicia', 'igualdad', 'libertad', etcétera). Sería una pérdida de tiempo, sostiene el autor, intentar dar una definición positiva de 'orden' o 'justicia' —sería asignarles un contenido conceptual, por mínimo que fuera. El rol semántico de estos términos no es expresar algún contenido positivo, sino funcionar como denominaciones de una plenitud constitutivamente ausente, la cadena equivalencia. Debe ser expresada mediante la catexia de un elemento singular porque no se trata de una operación conceptual, de encontrar un rasgo común abstracto subyacente en todos los agravios sociales, sino una operación que constituye la cadena como tal (Laclau 2005, 126). Los símbolos populares son expresión de las demandas democráticas que reúnen, pero el medio expresivo no puede ser reducido a lo que él expresa: no es un medio transparente (Laclau 2005, 128) —el momento de la vacuidad.

La aceptación por parte de Mouffe de la demanda de una parte, la *plebs*, de ser el único *populus* legítimo por fuera de la institucionalidad y de las normas del juego democrático que propone Laclau, es inconsistente con afirmar la importancia de las instituciones liberales para el funcionamiento de la democracia. También lo es la idea de comunidad política inclusiva de Oakeshott (1975), de 'lealtad mutua', de 'práctica de civilidad', de 'una relación formal en términos de reglas'; volvemos sobre esto en la siguiente sección. Luego se imposibilita también entender el alcance profundo de la concepción de Hans Kelsen (2013) respecto de que el autogobierno democrático solo es posible dentro del marco de un orden constitucional que define los procedimientos que permiten a las personas gobernarse a sí mismas.

4. Rescatando a Carl Schmitt

La tensión apuntada en la sección anterior se evidencia aún más al tenerse en cuenta el rescate por parte de Mouffe de las ideas de lo político y la democracia como identificación de la población con el líder de Carl Schmitt y de la relación compleja entre el pueblo y el líder que, como

productor de símbolos, lo hace preponderante.⁵ Como señala Pitkin (1972, 110), “el líder debe obligar a sus seguidores a ajustarse a lo que él hace”, lo que en el caso del populismo representa una grave amenaza a la democracia cuando aquel asume el poder. En este contexto, el modelo de democracia agonística de Mouffe enfrenta el dilema de no superar la idea antagonista de la política de Schmitt o de reconocer que la domesticación que propone del antagonismo requiere aceptar el rol del pacto constitucional como escenario de la lucha entre los adversarios.

Para Mouffe, Oakeshott (1975) adolece de una idea defectuosa de la política, ya que su concepción de ella como lenguaje compartido de civilidad solo es adecuada para un aspecto de la política: el punto de vista del ‘nosotros’, el lado del amigo. Para ‘corregir’ este presunto déficit, Mouffe propone ‘complementar’ la visión de Oakeshott con la noción de lo político de Carl Schmitt (1932), según la cual el criterio de lo político es la relación amigo/enemigo, lo que permite introducir el elemento que falta y que sería central para entender la división y el antagonismo, es decir, el aspecto del ‘enemigo’, elemento fundante de lo político. Se trata de una ausencia que debe ser subsanada si, queremos, dice Mouffe, apropiarnos de su noción de *societas*. En tal sentido, para introducir el conflicto y el antagonismo en el modelo de Oakeshott, dice Mouffe (1999, 100), es necesario reconocer que la *res publica* es producto de una determinada hegemonía, expresión de las relaciones de poder que puede ser desafiada.

La vida política, sostiene Mouffe tomando la reflexión de Laclau (2005), se refiere a la acción pública colectiva; apunta a construir un ‘nosotros’ en un contexto de diversidad y conflicto. Pero para construir un ‘nosotros’ hay que distinguirse del ‘ellos’, y eso implica establecer una frontera y definir a un enemigo. Por lo tanto, mientras la política apunta a construir una comunidad política y crear una unidad, una comunidad política plenamente inclusiva y una unidad final nunca podrán realizarse, ya que permanentemente habrá un ‘afuera constitutivo’, un exterior a la comunidad que hace posible su existencia. Las fuerzas antagónicas nunca desaparecerán y la política se caracteriza por el conflicto y la división. Pueden alcanzarse formas de acuerdo, siempre parciales y provisionales,

⁵ Cabe destacar la presencia constante de Carl Schmitt en múltiples artículos y libros de Chantal Mouffe (1999, 2011, por ejemplo). En contraposición con ello, el jurista alemán está ausente en la obra de Ernesto Laclau. Coincide explícitamente con esta visión Tagliafico (2021, 9).

ya que el consenso se basa necesariamente en actos de exclusión. ¡Estamos realmente muy lejos del lenguaje de civilidad querido por Oakeshott! (Mouffe 1999, 100-101). El crecimiento de varios fundamentalismos étnicos y morales religiosos, según su opinión, es consecuencia directa del déficit democrático que caracteriza a la mayoría de las sociedades democráticas liberales. Para abordar seriamente esos problemas, debe concebirse la ciudadanía democrática desde una perspectiva diferente que enfatiza los tipos de prácticas y no las formas de argumentación (Mouffe 1999, 96).⁶

5. El modelo agonístico de democracia de Mouffe

Sobre la base de las consideraciones anteriores, Mouffe (1999, 100) presenta su 'modelo agonístico de democracia', exigiendo reconocer que el poder es constitutivo de las relaciones sociales. Uno de los déficits del enfoque deliberativo, sostiene la autora, es que al postular una esfera pública en que el poder ha sido eliminado donde el consenso racional puede ser realizado, no se puede reconocer la dimensión del antagonismo que el pluralismo de valores contiene, así como su carácter no erradicable. En consecuencia, señala, si se acepta que las relaciones de poder son constitutivas de lo social, la principal pregunta para la política democrática no es cómo eliminar el poder, sino cómo constituir formas de poder más compatibles con los valores democráticos. Ello implica que el carácter democrático de la sociedad depende de que ningún actor social particular se puede arrogar la representación de la totalidad y afirmar tener el 'dominio' de su fundación. Es evidente que, en *El retorno de lo político*, Mouffe (1999) difiere de Laclau (2005, 81) quien, como vimos más arriba, sostiene que "para tener el 'pueblo' del populismo, necesitamos algo más: necesitamos una plebe que pretenda ser el único *populus* legítimo". No obstante, por vías diversas, la autora converge finalmente con Laclau. Señala que la democracia requiere que la naturaleza puramente construida de las relaciones sociales encuentre su complemento en los

⁶ La cada vez más frecuente presencia del líder populista de extrema derecha y el uso masivo de las *fake news* (también por parte de líderes presuntamente de izquierdas) hace de las formas de argumentación un elemento crucial para el desarrollo y perfeccionamiento de la democracia. Cabe además una reflexión más detenida respecto de las 'prácticas'. Para Schmitt, la 'comunidad' de las masas con el líder resultaba más democrático que el voto universal.

fundamentos puramente pragmáticos de las pretensiones de legitimidad del poder. Esto implica que no existe una brecha infranqueable entre el poder y la legitimidad, no obviamente en el sentido de que todo poder es automáticamente legítimo, sino en el sentido de que: (a) si algún poder ha podido imponerse es porque ha sido reconocido como legítimo en algunos sectores: y (b) si la legitimidad no se basa en un fundamento apriorístico, es porque se basa en alguna forma de poder exitoso.

No aclara Mouffe cuál es el mecanismo que legitima una toma exitosa de poder. No hay mecanismo democrático necesario para sancionar como legítimo el acceso exitoso al poder. El texto resulta inquietante y problemático al legitimar implícitamente un golpe en contra de un régimen democrático, en la medida en que su éxito se considera posible gracias a que sea reconocido como legítimo por algunos sectores. Al mismo tiempo, en una época en que las principales amenazas al régimen democrático provienen desde dentro de la propia democracia, cuando líderes populistas aprovechan las dificultades y la incompetencia de las fuerzas políticas democráticas con campañas que buscan erosionar la institucionalidad, y logran mayorías que primero cuestionan las condiciones que las hacen posible y seguidamente las propias instituciones democráticas, esta visión resulta muy peligrosa.

El vínculo entre legitimidad y poder, y el ordenamiento hegemónico que aquel conlleva, arguye Mouffe (1999, 100-101), precisamente es lo que el enfoque deliberativo excluye, al postular la posibilidad de un tipo de argumentación racional donde el poder ha sido eliminado y donde la legitimidad se basa en la pura racionalidad.

Por su parte, Habermas (2022), uno de los principales teóricos acusados por Mouffe de no tomar en cuenta el poder como constitutivo de lo político, rechaza la afirmación de que su visión de la política esté constituida por pura racionalidad. La objeción a la relevancia asignada a la deliberación en el campo de lo político, en circunstancias que política es en primer lugar lucha por el poder, y ganar y afirmar el poder y sus recursos, sostiene Habermas, está basado implícitamente en un concepto empírico común del poder según el cual el gobernante dispone, por sus medios de sanción y su potencial de amenaza, la posibilidad de imponerse contra la voluntad de sus oponentes. Esta perspectiva no permite explicar el corazón de la democracia moderna, aquello de que en promedio se aceptan las decisiones de la mayoría. Tampoco

puede explicar la exigencia en las sociedades pluralistas de legitimar las funciones de gobierno mediante procedimientos institucionalizados de toma de decisiones democráticas. En este contexto, las elecciones democráticas deben ser entendidas como el último paso de un proceso de resolución de problemas; esto es, como resultado de la construcción de una visión y voluntad común de los ciudadanos, cuyas preferencias se construyen en la discusión sobre los problemas que se enfrentan. En buena medida, el procedimiento democrático se legitima también a los ojos de las minorías por su carácter inclusivo, porque no están obligados a renunciar a sus posiciones y porque en el largo plazo pueden obtener un apoyo mayoritario. Confunden también estos teóricos, dice Habermas (2022, 102), la deliberación política con “la interminable conversación de los filósofos”, pues la discusión política se desarrolla presionada por la necesidad de decidir y sujeta a tiempos limitados; también, al debate público, donde en el mejor de los casos se expresan opiniones razonables, pero se producen opiniones que compiten entre sí y que finalmente se deciden en el Parlamento, donde se toman decisiones vinculantes, y en las urnas (Habermas 2022, 97-103). Lo anterior no significa que el pacto constitucional y el régimen democrático no estén sujetos a amenazas:

Los logros satisfactorios del sistema político son insuficientes para la legitimación del gobierno: sin un vínculo reconocible que los electores efectivamente obtengan por su voto democrático, la dominación política se autonomiza hacia un régimen paternalista. En otras palabras, tan pronto como el espacio público (*Öffentlichkeit*) sin funciones se pudre, el Estado pierde su sustancia democrática incluso cuando el Estado de Derecho (*Herrschaft der Gesetzes*) permanezca intacto [...] Este peligro latente solo puede [...] ser evitado en cuanto la infraestructura mediática del espacio público posibilite medianamente la construcción de la opinión y la voluntad popular. (Habermas 2022, 103; traducción propia)

Los peligros contemporáneos que acechan a la democracia, asociados tanto al populismo de ultraizquierda como al de ultraderecha, no deben conducir a desvalorizar el pacto democrático constitucional; aquel en que los ciudadanos se reconocen como parte de un sistema que, por encima de las diferencias políticas, ideológicas y de intereses, define los procedimientos que permiten a las personas gobernarse a sí mismas. No obstante, Mouffe (1999, 101) reitera la preeminencia del antagonismo, la creación de un nosotros mediante la determinación de un ‘ellos’, y la idea de que la política consiste en domesticar la hostilidad, y de que lo crucial

consiste en la discriminación nosotros-ellos de una manera compatible con la democracia pluralista. Su afirmación de que la política apunta a la creación de unidad en un contexto de conflicto y diversidad es un punto nodal del debate; pero, sin embargo, la construcción de la unidad de una parte del todo, la *plebs*, se postula conforme a la visión de Laclau, a partir de la cadena de equivalencia que origina una nueva hegemonía.

No obstante, por definición, la construcción de la unidad del todo no puede estar fundada en la hegemonía excluyente de una parte: en este punto emerge el imperativo de considerar el aporte de Kelsen (2013) y de otros autores respecto de que el acuerdo constitucional posibilita precisamente la comunidad política, más allá de las divisiones, del conflicto y de las luchas, que son consustanciales al poder y a su ejercicio.

6. El pacto constitucional: el eslabón perdido de la transformación de ‘enemigo’ a adversario

Evadir el análisis del cambio radical que representa la democracia constitucional, más allá de sus limitaciones, le impide a Mouffe visualizar los mecanismos institucionales que permiten transformar al enemigo en adversario, y la lleva a transitar caminos inconducentes al indagar en esa transformación. Visto desde el punto de vista del ‘pluralismo agonístico’, el objetivo de la política democrática sería construir el ‘ellos’ de tal manera que ya no se ‘perciba’ como un enemigo que hay que destruir, sino como un ‘adversario’: es decir, alguien cuyas ideas se combaten, pero cuyo derecho a defenderlas no se cuestiona. Este sería el verdadero significado de la tolerancia liberal-democrática, que no implica condonar ideas a las que nos oponemos, o ser indiferentes a puntos de vista con los que no estamos de acuerdo, sino tratar a quienes las defienden como opositores legítimos. Sin embargo, acota, la categoría de ‘adversario’ no elimina el antagonismo y debe distinguirse de la noción liberal del competidor con la que puede identificarse. Un adversario es un enemigo legítimo, con quien nos une la adhesión compartida a los principios ético-políticos de la democracia liberal: libertad e igualdad (Mouffe 1999, 16-17).

Crucial para aclarar el debate es dilucidar la definición de enemigo. Según la Real Academia Española, el enemigo “tiene mala voluntad a

otro y le desea o le hace mal"; en el derecho antiguo, "el que le había dado muerte al padre, a la madre" o el "contrario en la guerra". Carl Schmitt (1932) también es muy preciso al señalar que

el enemigo es, al menos, la eventual posibilidad real de que una totalidad de personas que luchan enfrentan a otra totalidad. No se trata de competir, ni de la lucha 'puramente espiritual' de la discusión, ni de la 'lucha libre' simbólica que, en definitiva, todo ser humano lleva a cabo de alguna manera, porque toda la vida humana es una 'lucha' y todo ser humano es un 'combatiente'. Los conceptos de amigo, enemigo y lucha adquieren su verdadero significado dado que se relacionan y retienen la posibilidad real de la muerte física. (Schmitt 1932, 25)

Dado el significado de la noción de enemigo no es plausible que Mouffe (1999) derive la presencia irreductible del antagonismo de la falta de acuerdo respecto del significado y de la implementación de los principios de libertad e igualdad, y de que ese desacuerdo no pueda resolverse mediante la deliberación y la discusión racional. Tampoco de que, dada la imposibilidad de erradicar el pluralismo de valores, no exista una resolución racional del conflicto. La dimensión antagónica⁷ postulada no significa, evidentemente, que los adversarios puedan dejar de estar en desacuerdo, pero ello no prueba que el antagonismo haya sido erradicado. Aceptar la visión del adversario, más que manifestar un cambio radical de identidad política,⁸ es una especie de conversión más que un proceso de persuasión racional. Los compromisos también son posibles, y son parte integrante de la política, pero deben verse como 'respiros temporales' en una confrontación en curso (Mouffe 1999, 101-102).

A la búsqueda de una salida, Mouffe sostiene que la categoría del 'adversario' requiere complejizar la noción de antagonismo y distinguir dos formas diferentes de las que pueden surgir el antagonismo propia-

⁷ Esta dimensión antagónica, que nunca puede ser eliminada por completo, sino solo 'domesticada' o 'sublimada', por así decirlo, siendo 'actuada' de una manera agonística, es lo que, en mi opinión, distingue mi comprensión del agonismo de la puesta en práctica por otros 'teóricos agonísticos', aquellos que están influenciados por Nietzsche o Hannah Arendt, como William Connolly o Bonnie Honig. Me parece que su concepción deja abierta la posibilidad de que lo político, bajo ciertas condiciones, pueda hacerse absolutamente congruente con el optimismo ético, que no comparto (Mouffe 2000, 107).

⁸ La resistencia a reconocer el alcance de la democracia constitucional, por una parte, y la dificultad para separarse del pensamiento antidemocrático de Schmitt, por la otra, conduce a Mouffe a forzar sus conceptos. La naturaleza irreconciliable del antagonismo entre enemigos que deriva de que cada uno de ellos respecto del otro representa la posibilidad de su destrucción, se transforma en un inerradicable pluralismo de valores.

mente dicho y el agonismo. El antagonismo es lucha entre enemigos, mientras que el agonismo es lucha entre adversarios. Por lo tanto, señala, se puede reformular el problema: desde la perspectiva del ‘pluralismo agonístico’,⁹ el objetivo de la política democrática es transformar el antagonismo en ‘agonismo’, lo cual requiere de canales mediante los cuales las pasiones colectivas podrán expresarse sobre temas que, si bien permiten suficiente posibilidad de identificación, no construirán al oponente como un enemigo, sino como un adversario. Una diferencia sustantiva respecto de la ‘democracia deliberativa’ es el hecho de que en el modelo de ‘pluralismo agonístico’ la tarea principal de la política democrática no es eliminar las pasiones de la esfera pública para posibilitar un consenso racional, sino movilizarlas hacia diseños democráticos.

En tal sentido, señala Mouffe (2000), es necesario concebir la política democrática moderna como una confrontación agonista entre interpretaciones conflictivas de los valores liberal democráticos constitutivos. Aun cuando expresa su acuerdo con Schmitt (2017) respecto de la imposibilidad de reconciliar ambas tradiciones, considera que la “irreconciliabilidad última no necesita visualizarse como una contradicción, sino como el *locus* de una paradoja” (Mouffe 2000, 9). Luego, la tensión entre democracia y liberalismo no debe concebirse como entre principios exteriores uno del otro, ni como simples relaciones de negociación; no se trataría de un dualismo simplista, sino de ‘contaminación’, en términos de que una vez que la articulación de ambos haya sido realizada —aun precariamente—, cada uno de ellos cambia la identidad del otro. En tal sentido, visualizar la dinámica de la política liberal —democrática como el espacio de una paradoja, cuyo efecto es impedir tanto el cierre total como la total diseminación, cuya posibilidad está inscrita en la gramática de la democracia y el liberalismo—, abre interesantes posibilidades. Al impedir el pleno desarrollo de las respectivas lógicas, esta articulación obstaculiza su completa realización respectiva: tanto la libertad perfecta como la igualdad perfecta resultan imposibles. Esta es la condición que

⁹ El ‘pluralismo agonístico’, tal como se define aquí, es un intento de operar lo que Richard Rorty llamaría una ‘redescripción’ de la autocomprensión básica del régimen liberal democrático, que enfatiza la importancia de reconocer su dimensión conflictiva. Por lo tanto, debe distinguirse de la forma en que John Gray usa el mismo término para referirse a la rivalidad más amplia entre formas de vida completas que él ve como “la verdad más profunda de la cual el liberalismo agonista es solo un ejemplo” (Gray 1995, 84). Ver Mouffe (2000, 107).

posibilita una forma de coexistencia humana pluralista en que los derechos pueden existir y ser ejercidos; en que libertad e igualdad de alguna manera pueden coexistir (Mouffe 2000, 10-11). Pero esta comprensión de la democracia liberal es excluida por el enfoque racionalista que trata de eliminar la tensión. Según Mouffe, una tesis clave de su propio trabajo ha sido dilucidar que la aproximación racionalista está destinada a permanecer ciega a ‘lo político’ en su dimensión de antagonismo, omisión de caras consecuencias para la política democrática.

No parece necesario discutir que la lucha política puede devenir en una lucha antagónica. Las múltiples guerras civiles son un testimonio elocuente de ello. Pero ¿deriva el antagonismo de que los problemas políticos implican una elección entre opciones? Obviamente, no todas las opciones que enfrenta la política diaria devienen en una situación de radical antagonismo que impide su superación. Probablemente, Mouffe se refiera a las opciones más globales que polarizan la sociedad, pero múltiples son los conflictos que incluso han escalado a guerras civiles y que ulteriormente han sido resueltos políticamente.

Interesante resulta analizar el artículo ‘Carl Schmitt y la paradoja de la democracia liberal’ reproducido en el libro compilado por la propia autora bajo el sugestivo título *El desafío de Carl Schmitt* (2011) para profundizar en la antinomia entre la aceptación de la democracia moderna y el rescate de la visión de Schmitt respecto de que la ‘homogeneidad’ es una condición de posibilidad de la democracia, que la ‘democracia real’ se apoya sobre el principio de que no solo los iguales son iguales, “sino que a los desiguales no se los tratará de manera igualitaria” (Mouffe 2011, 63) y que para que se los trate como iguales los ciudadanos deben participar de una sustancia común. Si bien la autora reconoce que la crisis de la democracia parlamentaria alemana acontecida en 1926, tras la publicación del artículo de Schmitt, hace que esta afirmación del teórico alemán ‘resulte escalofriante’, rescata no obstante que lo importante para Schmitt no es la naturaleza de la similitud en la cual se basa la homogeneidad, sino “la posibilidad de trazar una línea de demarcación entre aquellos que pertenecen al *demos* —y por lo tanto tienen los mismos derechos— y aquellos que en el dominio político no pueden tener los mismos derechos porque no son parte del *demos*” (Mouffe 2011, 65).

La pregunta que emerge de inmediato es cuáles son los criterios para excluir a una parte del *demos*. La solución de Mouffe es la siguiente:

A lo que Schmitt más teme es a la pérdida de premisas comunes y a la destrucción consiguiente de la unidad política que ve como inherente al pluralismo que acompaña a la democracia masiva. Existe, por cierto, un peligro de que eso suceda y debería tomarse su advertencia en serio, pero no es razón para rechazar todas las formas de pluralismo. Propongo rechazar el dilema de Schmitt y reconocer, a la vez, su defensa de la necesidad de alguna forma de ‘homogeneidad’ en una democracia. El problema que tenemos que enfrentar pasa a ser, entonces, cómo imaginar de una forma diferente aquello a lo que Schmitt se refiere como ‘homogeneidad’, pero que —para enfatizar las diferencias con su concepción— yo propongo llamar más bien ‘elementos en común’, cómo prever una forma de elementos en común con la suficiente fuerza como para instituir un *demos*, pero que no obstante sea compatible con ciertas formas de pluralismo: pluralismo religioso, moral y cultural, así como un pluralismo de partidos políticos. (Mouffe 2011, 77-78)

Consciente de la debilidad de la noción de ‘elementos comunes’, Mouffe (2011, 78) señala que “no pretendo brindar una solución dentro de los límites de este capítulo”, por lo que se limita “a sugerir algunas líneas de reflexión”. Crucial luego es cuestionar cualquier idea de ‘el pueblo’ como ya dado con una unidad sustantiva, y es necesario también reconocer que la unidad del pueblo resulta de una construcción política, y que la constitución de su identidad de pueblo deriva de la articulación política real hegemónica, que por tanto reconoce las diferencias, siendo imposible disociar el momento en que el pueblo ejerce el gobierno, de la lucha misma por la definición de pueblo.

Crucial para entender el pensamiento de Claude Mouffe (2011, 18) es revisar su visión de democracia y de pluralismo. La diferencia entre la democracia antigua y la moderna no es de tamaño, sino de naturaleza, radicando la diferencia esencial en la aceptación del pluralismo, entendido como el fin de una idea sustantiva de buena vida, que implica profundas transformaciones en el ordenamiento simbólico de las relaciones sociales. No se trata de una diferencia empírica; lo que está en juego “es la legitimación del conflicto y la división, la emergencia de la libertad individual y la afirmación de igual libertad para todos” (Mouffe 2011, 19). En este contexto, se pregunta Mouffe, ¿cuál es la mejor manera para aproximarse al alcance y naturaleza de la política democrática pluralista? En contraposición con visiones que dependen

de la lógica de lo social que implica la idea de ‘ser como presencia’ y que ve la objetividad como perteneciente a ‘las cosas mismas’, lo que lleva necesariamente a la reducción de la pluralidad y a su negación última, desde

una perspectiva antiesencialista el pluralismo se considera constitutivo de la naturaleza propia de la democracia moderna al nivel conceptual que debemos celebrar y ampliar. (Mouffe 2011, 19)

Esto otorga un estatuto positivo a las diferencias y cuestiona el objetivo de unanimidad. Ello no debe ser entendido como que no deba haber límites al pluralismo y que pueden existir múltiples identidades sin común denominador, imposibilitando distinguir entre diferencias que existen, pero no deberían existir, y diferencias que no existen, pero que serían pertinentes (Mouffe 2011, 19-20). Mouffe asume esta idea e incluso sostiene que es condición para el ejercicio de los derechos democráticos, lo que genera una tensión con el “énfasis liberal en el respeto de los ‘derechos humanos’, ya que no hay garantía de que una decisión hecha mediante los procedimientos democráticos no ponga en peligro algunos derechos existentes” (Mouffe 1995, 4). Se distancia de que en la democracia liberal se establezcan límites a la soberanía popular a partir de un marco de respeto no negociable de los derechos humanos, pues los derechos humanos “son definidos e interpretados en cada momento” (Mouffe 1995, 4), según la hegemonía prevaleciente y por tanto debatable. La naturaleza paradójica de la democracia liberal sería la idea de que es legítimo establecer límites a la soberanía popular en nombre de la libertad.

En este contexto, Mouffe formula el argumento central de *Dimensions of Radical Democracy*: “es vital para la política democrática entender que la democracia liberal resulta de la articulación de dos lógicas que son incompatibles en última instancia y que no hay manera que ellas sean perfectamente reconciliables [...] solo negociados en formas diferentes” (Mouffe 1995, 5). La tensión entre igualdad y libertad no es reconciliable y solo puede existir una cierta estabilización del conflicto bajo formas hegemónicas contingentes. Desconocer esto implicaría la desaparición de una alternativa al poder existente y, con ello, de formas legítimas de expresión de resistencias a las relaciones de poder dominantes, y la naturalización del *status quo* (Mouffe 1995, 5).

Foco de atención de su obra son las diferentes experiencias de la llamada ‘Tercera Vía’ que aceptaron el terreno establecido por sus predecesores neoliberales, levantaron una idea que presumía haber dejado atrás las categorías de derecha e izquierda, buscando crear un ‘consenso de centro’ (Mouffe 1995, 6) y cuya retórica escondería el abandono de

la lucha por la igualdad. De allí su especial énfasis en las consecuencias negativas de concebir “el ideal de la democracia como la materialización de un ‘consenso racional’ que pone en peligro el futuro de la democracia (Mouffe 1995, 7). En otras palabras, la incapacidad de los teóricos y políticos democráticos para reconocer la paradoja según la cual la política liberal democrática expresa el erróneo origen de su énfasis en el consenso y la creencia de que el antagonismo pueda ser erradicado, que impiden elaborar un modelo adecuado de política democrática (Mouffe 1995, 8).

Sus visiones agonísticas de la política democrática invitan inevitablemente a la pregunta: ¿cómo podemos estar tan seguros de que el *agon* de la política episódica, o la contienda de pluralismos que no pueden ser juzgados en los niveles superiores, serán instancias de una política democrática buena y justa, en lugar de ser instancias de fascismo, nacionalismo xenófobo, populismo de derecha? ¿La gente es siempre sabia? ¿Sus decisiones son siempre justas? ¿La voluntad que los guía es siempre digna de respeto? Las visiones radicales de la política agonista están sujetas al tipo de objeciones que la teoría liberal constitucional tan bien articula: el *demos* democrático puede ser injusto, racista, voluble y caprichoso. ¿Cómo pueden los teóricos de la democracia agonística salvaguardar la libertad y la justicia, el respeto de los derechos de los ciudadanos como seres iguales y libres, si no están dispuestos a imponer algunas restricciones que aten, superen, limiten y confinen la voluntad del pueblo soberano? (Benhabib 1996, 8).

Cabría coincidir con Mouffe en que el poder es una dimensión irradicable de lo político; la reflexión al respecto apunta a identificar mecanismos que reduzcan, domestiquen el antagonismo propio de una sociedad sin derechos civiles y políticos. Esa es la idea de fondo tras la democracia constitucional de Kelsen, o tras la proposición de Rawls de establecer un acuerdo fundamental, o tras la reflexión de Habermas sobre la determinación colectiva de los derechos subjetivos y los derechos políticos. A esto justamente se refiere la obra de Pierre Rosanvallon (2007, 2009) cuando intenta describir la forma como a las instituciones democráticas se agregan las instituciones de la contrademocracia y las instituciones de la imparcialidad, la reflexividad y la proximidad de la legitimidad democrática.

Hablar de ‘antagonismo potencial’ no es compatible con el ‘antagonismo irreconciliable’ de Schmitt, el cual constantemente retoma Mouffe, pues mientras el primero supone un escenario capaz de resolver los conflictos, el segundo solo puede ser resuelto con la exclusión y/o la eliminación del distinto. La exclusión que hace posible la homogeneidad que Mouffe toma de Schmitt como condición de la democracia, releva el antagonismo que, por definición —pues implica exclusión y por tanto rebelión de los excluidos—, no es compatible con la democracia pluralista.

La idea de Mouffe de ‘domesticar el conflicto’ resulta muy similar a lo propuesto por Kelsen (2013). Pero la reflexión de la autora resulta incompatible con la perspectiva de Schmitt. Como señalan Nadia Urbinati y Carlo Invernizzi Accetti en la introducción al libro de Kelsen (2013) *The Essence and Value of Democracy*:

El tercer aspecto de la teoría de la democracia de Kelsen que merece ser destacado desde el punto de vista de los debates contemporáneos en el campo de la teoría política es su defensa del papel que juegan los partidos políticos y la representación proporcional en el marco parlamentario. Esto se deriva directamente del rechazo de Kelsen a la idea de representación como ‘encarnación’ de la unidad política del pueblo. Kelsen afirma que la idea de un ‘pueblo’ unificado y homogéneo como sustrato sociológico de la democracia es una abstracción metafísica. En cambio, considera que las sociedades modernas se caracterizan por conflictos irreductibles tanto a nivel de intereses materiales como de cosmovisiones individuales, por lo que postula el parlamentarismo como el medio para permitir que estos conflictos se desarrollen pacíficamente, en busca de decisiones colectivas que satisfagan al menos a la mayoría, dando a la minoría la esperanza de poder convertirse en mayoría. (Urbinati e Invernizzi 2013, 12-13)

Más abajo, Urbinati e Invernizzi (2013, 30-31) agregan: “Sobre esta base, Kelsen afirma además que las críticas al partido político como forma de organización (que eran tan comunes en la época de Kelsen como lo son en la nuestra” constituyen “una resistencia ideológicamente velada a la realización de la democracia misma”, en la medida en que cuestionan los medios prácticos mediante los cuales los ciudadanos pueden ejercer una influencia directa en las decisiones políticas, pero también, más fundamentalmente, porque representan un ataque a la legitimidad del conflicto político y, por tanto, de la división social en sí misma. Esto es muy claro, por ejemplo, en el contexto del intercambio de Kelsen con Carl Schmitt sobre el concepto de ‘el guardián de la constitución’, durante el cual este último defendió el papel político de la presidencia como

una instancia de gobierno que podía “estar por encima de partidismos expresados en el Parlamento. Para Kelsen, en cambio, la política es partidismo, y el partido político es la única instancia organizativa que puede reflejar esto a nivel de gobierno” (Urbinati e Invernizzi 2013, 32). En este sentido, el último ‘guardián de la constitución’ es el proceso abierto de partidismo que caracteriza la vida política de ciudadanos libres e iguales, dentro y fuera del Parlamento. Así, la democracia se preserva manifestando su carácter conflictivo y permitiendo a los actores lograr compromisos y decisiones temporales de acuerdo con reglas y procedimientos que todos los ciudadanos aceptan y cumplen (Urbinati e Invernizzi 2013, 13).

Quedan aquí en evidencia los problemas de la inexistencia en Mouffe y en Laclau de un tratamiento sistemático de la idea de democracia constitucional, de las instituciones democráticas que fijan qué ha de entenderse por los principios de libertad e igualdad. Ellas admiten que se difiera en su interpretación, pero no que se pase por encima de las reglas fundamentales que fijan el orden constitucional para modificar su contenido escrito. Los órganos constitucionales y el poder judicial definen cómo ellos han de entenderse, así como los mecanismos para modificar esas definiciones.

La argumentación racional es parte del proceso de resolución (siempre parcial) del conflicto. Pero también lo es la lucha mediática (tanto leal como la que involucra técnicas de manipulación o de posverdad), pero lo que define la decisión democrática es una elección, o las instancias legislativas y reglamentarias correspondientes. Lo propio de la democracia constitucional es que quienes perdieron deben tener siempre la posibilidad de volver a plantear sus posturas y que disponen de medios y mecanismos de protección que impide que sean excluidos. Esto es lo que elimina el antagonismo entendido como conflicto irreconciliable. Ello no implica que la democracia no esté expuesta a críticas amenazadas. El ejemplo de Trump, cuyo empeño fundamental fue terminar con la democracia, deja en evidencia que no se podía esperar de él dicha lealtad, como tampoco de Maduro. Por ello, el marco constitucional colectivamente elaborado y aprobado democráticamente, así como la existencia de las otras instituciones democráticas, son fundamentales para enfrentar los desafíos antidemocráticos.

7. Conclusiones

Impresionada con el colapso de la Unión Soviética y sus satélites, Mouffe rompió con las visiones marxistas tradicionales al reconocer que el fundamento de la democracia moderna es que todos los seres humanos son libres e iguales, y que por ello no es posible encontrar principios más radicales para organizar la sociedad. En ese contexto, ella busca repensar la idea de comunidad política considerando las visiones de Bobbio y Macpherson, que reclamaban desde tiempo atrás la necesidad de compatibilizar la democracia con el socialismo. Más aún, Mouffe intenta superar la discusión entre cuatro paredes de la ortodoxia marxista y establece un diálogo con el pensador conservador Michael Oakeshott, quien propone la noción de *societas* para pensar la sociedad política en momentos críticos, carentes de una idea sustancial de vida buena sobre la cual todas las personas puedan estar de acuerdo. En contraposición con ello, Ernesto Laclau, cuestión que comparte Mouffe, propone la idea alternativa de la constitución del pueblo como un proceso de articulación de grupos, donde le cabe al discurso un rol crucial y que es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad: es un componente parcial que, sin embargo, aspira a ser concebido como la única totalidad legítima.

La aceptación de la demanda de una parte, la *plebs*, de ser el único *populus* legítimo abre la posibilidad de desestimar el pacto constitucional, la institucionalidad y las normas del juego democrático. La dimensión antidemocrática de este último planteamiento deja en evidencia una profunda antinomia en el planteamiento entre la aceptación de las instituciones democráticas modernas y la idea de pueblo que reclama legitimidad por sobre el respeto a esas instituciones. Esta antinomia se agudiza cuando Mouffe rescata la visión de Carl Schmitt sobre la naturaleza irreconciliable del antagonismo de ‘lo político’.

¿Cómo explicar esta antinomia radical? La limitante fundamental del análisis crítico del marxismo y la idea socialista de Laclau y Mouffe (1987) es que, pese a que emprenden en su libro conjunto, *Hegemonía y estrategia socialista*¹⁰ una amplia crítica del marxismo, que incluso

¹⁰ Debe llamar a reflexión el hecho de que el título del libro incluya la idea de ‘estrategia socialista’, sin discutir sistemáticamente la noción de ‘socialismo’ en una época como la década de 1980, cuando el ‘socialismo realmente existente’ era objeto de una crítica global por parte de los que habían sido sus sostenedores (en particular los partidos comunistas de Europa occidental) y que poco después colapsaba como efecto de sus propias contradicciones internas.

los lleva a autodenominar su propuesta como ‘posmarxista’, toman un camino que les impide llevar su crítica a la radicalidad necesaria. En la introducción a la edición inglesa constatan que el pensamiento de izquierda está en crisis, pero ello lo adjudican a “desilusiones y fracasos” que van de “Budapest a Praga y al golpe de Estado polaco, de Kabul a las secuelas de los triunfos en Vietnam y Camboya”, lo que pone en cuestión una “forma de concebir el socialismo y las vías que habrán de conducir a él” (Laclau y Mouffe 1987, 8). Ello, sostienen, ha realimentado un pensamiento crítico que cuestiona los fundamentos teóricos y políticos que habían constituido el horizonte intelectual de la izquierda, junto con la aparición de fenómenos como el feminismo y otros movimientos contestatarios. En este contexto, la reflexión crítica se orienta hacia ámbitos importantes como son la centralidad ontológica de la clase obrera, la revolución como momento fundacional en el tránsito de una sociedad a otra, un imaginario político poblado de sujetos universales y el supuesto de la sociedad como estructura inteligible a partir de posiciones de clase y reconstituida a partir de un acto fundacional de carácter político, todo lo cual apunta al fin de los discursos universales. Sobre esa base, la propuesta intelectual se articula en torno al concepto de hegemonía que consideran puede ser un instrumento útil en la lucha por la democracia radicalizada (Laclau y Mouffe 1987, 8-14). Sin embargo, está ausente el cuestionamiento de la idea de socialismo que subyacía en la experiencia del socialismo realmente existente y una reflexión profunda sobre la democracia y, por tanto, sobre la necesidad de un cuestionamiento radical del concepto de dictadura del proletariado. En relación con lo primero, la experiencia soviética y su campo de influencia evidencian que la propiedad estatal no era sinónimo de socialización de la propiedad y que, por el contrario, estructuraba una base económica que otorgaba a quien controlaba el Estado un poder incontrarrestable. Es lo que Erik Olin Wright (2017, 185), por ejemplo, ha denominado estatismo. Del mismo modo, la abolición del mercado generó grandes dificultades que impedían el cálculo económico y la capacidad de que la economía respondiera a las demandas ciudadanas, en particular, cuando la diversificación del consumo gana importancia. Thomas Piketty (2020), por su parte, resalta la ausencia de ideas respecto de la organización de las relaciones de propiedad y de producción, lo que habría generado una hiperpersonalización

zación del poder.¹¹ Michel Foucault (2008, 117), a su vez, planteó que el llamado socialismo carecía de una gubernamentalidad autónoma, esto es, de la definición de lo que en el socialismo sería una racionalidad gubernamental, es decir, una medida razonable y calculable de la extensión de las modalidades y los objetivos de la acción gubernamental.

La omisión de la arbitrariedad que tales 'ausencias' implican y las consecuencias de la falta de atención al problema de la democracia, de la legalidad y el pacto constitucional que se observa en Laclau y Mouffe, son posibles de valorar cabalmente al considerar la crítica de Hannah Arendt (1973) hacia el totalitarismo. Desafía esta nueva forma de gobierno, según Arendt, todas las leyes positivas, hasta el extremo incluso de desafiar aquellas que el propio sistema había establecido (como en el caso de la Constitución soviética de 1936, por citar solo el ejemplo más destacado) para afirmar luego lo siguiente:

la política totalitaria no reemplaza un conjunto de leyes por otro, no establece su propio *consenso iuris*, no crea, mediante una revolución, una nueva forma de legalidad. Su desafío a todos, incluso a sus propias leyes positivas, implica que cree que puede prescindir de cualquier *consenso iuris*. (Arendt 1973, 462)

Desde una perspectiva similar, el filósofo político francés Claude Lefort (1999) sostiene que el concepto de totalitarismo (más adecuado para el comunismo que para el fascismo, según el autor) designa un régimen en el cual la fuente del poder deviene ilocalizable (Lefort 1999, 24). Totalitarismo es la palabra correcta para explicar un modo de dominación en que muchos tipos de signos son borrados al mismo tiempo:

¹¹ Para Piketty (2020), la experiencia comunista soviética constituye un fracaso dramático que puso un difícil hándicap a todo esfuerzo por pensar la superación del capitalismo. Más aún, esa experiencia constituye uno de los principales factores político-ideológicos que explican el aumento mundial de las desigualdades después de los años ochenta. Múltiples son las causas que explican este fracaso. Es cierto, sostiene el autor, que se eliminó la propiedad privada de los grandes complejos industriales, pero no existían respuestas claras respecto de cómo serían organizadas las relaciones de propiedad y producción; qué harían las pequeñas unidades de producción del comercio, el transporte y la agricultura, y por cuáles mecanismos serían tomadas las decisiones y cómo se repartirían las riquezas en el seno del gigantesco sistema de planificación del Estado. Sin respuestas claras se produce un repliegue hacia la hiperpersonalización del poder, y frente al fracaso se cae en la ideología de la traición y el complot capitalista. La búsqueda de una alternativa al capitalismo hubiese requerido aceptar la deliberación, la descentralización, el compromiso y la experimentación. Como en relación con la experiencia socialdemócrata, el libro revisa en detalle las distintas dimensiones históricas, poniendo especial atención en las experiencias china y soviética (Piketty 2020, cap. 12).

los signos de división entre los dominantes y los dominados; la distinción entre poder, ley y conocimiento, y la diferenciación entre esferas de la actividad humana (Lefort 1999, 25). Esto implica una innovación histórica, irreducible a otras formas de tiranía o dictaduras. Para Lefort (1999), la sociedad totalitaria surge en el siglo XX, cuando el espacio mundo se constituye, y el análisis de este modelo de sociedad es crucial para entender la naturaleza de la democracia. Como señala Bourg (1999), traductor al inglés de aquel libro, sobre la base del concepto de lo político que refiere al conjunto social en sí mismo, ya que la colectividad entera está afectada por su concepción de la naturaleza del poder y el modo de ejercicio del gobierno, Lefort deja claro no solo que las decisiones en la cúspide tienen repercusiones en todos los dominios de la vida social, sino que también la representación de la autoridad en el particular sector de la política circula de alguna forma por todo el conjunto social. En este segundo sentido, es relevante afirmar la 'primacía de lo político', más allá del tipo de sociedad que se considere. Lefort (1999) define la democracia como un género de lo político. Por definición, lo político —tal como la democracia— es abierto, irreducible, indefinido, plural y compuesto de diferentes esferas de actividad. Como opuesto a la encarnación del poder en el soberano durante la era de la realeza sancionada por Dios, la democracia deja el lugar del poder 'vacío'. Que cualquier persona o grupo lo ocupe totalmente no solo es ilegítimo, sino antimoderno, antipolítico y, por tanto, antidemocrático. De allí que los regímenes modernos enfatizan la separación de los poderes, y la transferencia regular y pacífica de la autoridad (Bourg 1999, 15).

Como ha señalado Bernard Flynn (2008), para Lefort, en la democracia moderna, el poder reside en un lugar vacío; lugar que ya no puede dejar de designarse ambiguamente, dado que es un régimen en el cual se instituye la indeterminación radical, lo que significa que la legitimación de la ley ya no puede referirse a otro lugar (Dios, por ejemplo), lo que no equivale a decir que resida en este lugar. El rastro de otro lugar, de la identidad del ser humano social consigo mismo, aparece indicado en la noción democrática de 'el pueblo' (Flynn 2008, 205). En este contexto, Lefort (1999) habla del

enigma del movimiento de autotranscendencia de la sociedad, esto es, el de una articulación interna-externa, el de una división que instituye un espacio común, el de una ruptura que establece relaciones, el de un movi-

miento de la externalización de lo social que va de la mano con su internalización. (Lefort 1999, 205)

Con el gesto sobre sí que el poder realiza hacia fuera, el poder establece cómo la sociedad se diferencia de la suma de los intereses empíricos: es un gesto que se hace en nombre del pueblo, porque en una democracia su legitimación surge del pueblo. Pero, sin embargo, ¿quién es el pueblo?; o bien, ¿quién puede hablar a nombre del pueblo? En principio, se trata de un problema imposible de resolver, ya que el continuo debate en torno a él constituye la vida misma de la democracia. Esta radical indeterminación del pueblo es el principio central de la concepción de la democracia moderna de Lefort: la legitimación de la división y el conflicto es lo que define al régimen democrático. Al eliminar la referencia a otro lugar, la forma democrática de la sociedad abre un espacio apropiado para lo político:

El delineamiento de una actividad específicamente política produce la constitución de un escenario en el cual se actúa el conflicto para que todos los vean —una vez que la ciudadanía ya no se reserva para una cantidad reducida de personas— y se representa como necesario, irreducible y legítimo. La identidad de la sociedad moderna no es una identidad perdida, sino una que se cuestiona constantemente. En la modernidad, no es un hecho, sino una pregunta el saber quiénes somos y quién habla por nosotros. La democracia es un régimen en el cual se reconoce la división social, y se institucionaliza el conflicto. (Lefort 1999, 207)

La noción de comunidad política o de pueblo también fue especificada por el jurista alemán Hans Kelsen (2013) al señalar que el ‘pueblo’ es una entidad inherentemente jurídica que requiere de un conjunto de procedimientos legales para determinar cómo puede expresarse y, por tanto, gobernar. En consecuencia, el orden jurídico no necesita ser entendido como un conjunto independiente de restricciones, impuestas ‘externamente’ al ejercicio de la soberanía popular, sino que emerge como su condición de posibilidad de fondo. En otras palabras, como señalan Urbinati e Invernizzi (2013), el punto de Kelsen es que el autogobierno democrático solo es posible dentro del marco de un orden constitucional, porque esto es lo que define los procedimientos que permiten a las personas gobernarse a sí mismas.

Consciente de que la noción de ‘enemigo’ de Schmitt (1932) no resulta compatible con un sistema democrático, Mouffe propone sustituir el concepto de antagonismo por el denominado modelo agonístico de

la democracia, como forma de distanciarse, simultáneamente, tanto de Schmitt como de los teóricos de la democracia deliberativa como Habermas. No obstante, al sostener que la lógica democrática implica siempre dibujar una frontera entre ‘nosotros’ y ‘ellos’, aquellos que pertenecen al ‘pueblo’ (*demos*) vs. aquellos que están afuera y reconocer como legítima la aspiración de una parte de la sociedad política a representar al todo por encima de las normas y procedimientos democráticos, la idea agonista traiciona su ambicionada superación del antagonismo, y abre un ignominioso portillo que justifica que líderes populistas de derecha e izquierda se consideren como encarnación del interés popular. La incapacidad de reconocer el pacto constitucional como mecanismo conceptual e histórico conduce a que la aspiración de Mouffe de ‘domesticar el antagonismo’ llegue a un callejón sin salida.

Bibliografía

- Arditti, B. 2022. Populism Is Hegemony Is Politics? Ernesto Laclau's Theory of Populism (49-68). En Oswald, M. (ed.), *The Palgrave Handbook of Populism*. London: Palgrave Macmillan.
- Arendt, H. 1973. *The Origins of Totalitarianism*. London, New York: A Harvest/ HBJ Book Harcourt Brace Jovanovic, Publishers.
- Arendt, H. 1997. *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Benhabib, S. (ed.) 1996. *Democracy and Difference. Contesting the Boundaries of the Political*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Bourg, J. 1999. Translator's Introduction (1-20). En Lefort, C., *Complications: Communism and the Dilemmas of Democracy*. New York: Columbia University Press.
- Flynn, B. 2008. *Lefort y lo político*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Foucault, M. 2008. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gray, J. 1995. *Enlightenment's Wake: Politics and Culture at the Close of Modern Age*. London: Routledge.
- Habermas, J. 2022. *Ein neuer Strukturwandel der Öffentlichkeit und die deliberative Politik*. Berlin: Suhrkamp.
- Innerarity, D. 2020. *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Kelsen, H. 1955. Foundations of Democracy. *Ethics* 66(1), 1-101.
- Kelsen, H. 2013 [1920]. *The Essence and Value of Democracy*. New York, Toronto: Rowman & Littlefield Publishers, INC.
- Laclau, E. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. 1987. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Lefort, C. 1999. *Complications: Communism and the Dilemmas of Democracy*. New York: Columbia University Press.

- Marshall, T.H. 1949. Ciudadanía y clase social. *Reis* 79(97), 297-344.
- Mouffe, C. (ed.) 1995. *Dimensions of Radical Democracy*. London: Verso.
- Mouffe, C. 1999. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- Mouffe, C. 2000. *The Democratic Paradox*. London: Verso.
- Mouffe, C. 2011. *El desafío de Carl Schmitt*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Oakeshott, M. 1975. *On Human Conduct*. Oxford: Oxford University Press.
- Piketty, T. 2020. *Capital e ideología*. Madrid: Paidós.
- Pitkin, H.F. 1972. *The Concept of Representation*. Berkeley, LA: University of California Press.
- Rosanvallon, P. 2007. *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Rosanvallon, P. 2009. *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Buenos Aires: Manantial.
- Schmitt, C. 1932. *Der Begriff des Politischen*. München: Duncker & Humblot.
- Schmitt, C. 2013 [1928]. *Constitutional Theory*. Durham, London: Duke University Press.
- Schmitt, C. 2017. *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*. Berlin: Duncker & Humblot Verlag.
- Tagliafico, J.P. 2021. Lo político en la teoría de Ernesto Laclau: su relación con Carl Schmitt y Claude Lefort. XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en: <https://cdsa.aacademica.org/000-074/101.pdf> [19 de septiembre 2023].
- Urbinati, N. e Invernizzi, C. 2013. Editors' Introduction (1-24). En Kelsen, H., *The Essence and Value of Democracy*. New York, Toronto: Rowman & Littlefield Publishers, INC.
- Wright, E.O. 2017. *Realen Utopien. Wege aus dem Kapitalismus*. Berlin: Suhrkamp. *EP*

Nota de investigación

Nota de investigación

‘La mujer es un peligro’

Claudia Darrigrandi

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

RESUMEN: En la siguiente nota de investigación se exponen de manera preliminar expresiones de violencia simbólica de género encontradas en la prensa chilena durante la primera mitad del siglo XX. En una búsqueda orientada a analizar la conformación de las secciones que organizan revistas y periódicos, se identificaron manifestaciones de violencia de género simbólica-mediática, expresadas en contenidos verbales y/o visuales de las secciones de actualidad, humor, policial y también en la publicidad. Entre el material encontrado destacan los estereotipos de género, la denigración y la naturalización del acoso y la violencia física contra las mujeres. En la nota se plantea la importancia de comprender la función de la prensa en la perpetuación de la violencia de género y la relevancia de explorar esta problemática histórica para la promoción de una sociedad más justa y equitativa.

PALABRAS CLAVE: violencia de género, violencia simbólica, violencia física, estereotipos de género, medios de comunicación, Chile, siglo XX

RECIBIDO: julio 2023 / **ACEPTADO:** octubre 2023 / **ONLINE FIRST:** diciembre 2023

CLAUDIA DARRIGRANDI es doctora en Literatura y Cultura Latinoamericana por la Universidad de California, Davis, Estados Unidos, y licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es profesora asociada del Departamento de Literatura e investigadora del Centro de Estudios Americanos (CEA) de la Facultad de Artes Liberales, Universidad Adolfo Ibáñez, Chile. Dirección: Av. Diagonal Las Torres 2640, Peñalolén, Santiago, Chile, CP 7941169. Email: claudia.darrigrandi@uai.cl.

Esta Nota de Investigación fue realizada gracias a la investigación desarrollada en el marco del proyecto Fondecyt Regular 1190499 (2019-2023) de la ANID. Agradezco a William Herrera, Cielo Ospina, Carolina Rizo y a Andrea Robles por la asistencia en el trabajo de archivo y la revisión bibliográfica.

'The Dangerous Woman'

ABSTRACT: The following research note presents in a preliminary way expressions of symbolic gender violence found in the Chilean press during the first half of the 20th century. In a search aimed at analyzing the composition of the sections organized by magazines and newspapers, manifestations of symbolic-media gender violence were identified. They are expressed in verbal and/or visual content of current affairs, humor, police sections, and also in advertising. Among the material found, gender stereotypes, denigration, and the naturalization of harassment and physical violence against women stand out. The note raises the importance of understanding the role of the press in the perpetuation of gender violence and the relevance of exploring this historical problem for the promotion of a more just and equitable society.

KEYWORDS: gender violence, symbolic violence, physical violence, gender stereotypes, communication media, Chile, XX century

RECEIVED: July 2023 / **ACCEPTED:** October 2023 / **ONLINE FIRST:** December 2023

La mujer es un peligro' se titula una viñeta publicada en la revista magazine chilena *Sucesos*, el 8 de junio de 1922. Los dibujos y el texto que acompañan la tira cómica enfatizan la dualidad con la que la mujer era representada —y en algunos contextos todavía lo es— en la literatura y en la prensa. En esa viñeta, la mujer, que parece ser un ángel del hogar, también puede ser la causante de muchas desgracias en las calles. El titular de la viñeta hace eco de una representación literaria común de las mujeres durante el *fin-de-siècle* (XIX-XX): la *femme fatale*. Desde esa arista, podría ser entendida como una resignificación del arquetipo de la *mujer mala*, ya no en un contexto decadentista, sino en una cotidianidad urbana y moderna.

Existen numerosos estudios que abordan la configuración de estereotipos sociales y la reproducción de la violencia simbólica en medios contemporáneos, tanto en el contexto americano como en el europeo (Cabrera 2011; Deharbe 2020; Gil 2015; Naranjo 2009; Rovetto 2010; Salinas y Lagos 2014). En el caso chileno, destacan los estudios enfocados en el tratamiento que se le dio en los diarios a los femicidios/feminicidios de Alto Hospicio y el caso de Nabila Rizzo (Berenguer 2002; Errázuriz 2002; Olivares 2019). Si esos casos son extremos y recientes, al revisar la prensa chilena durante las primeras décadas del siglo XX también es posible identificar manifestaciones de violencia simbólica en contra de las mujeres.

Aunque aplicar este tipo de violencia para analizar la prensa de cien años atrás podría ser considerado un anacronismo, es válido preguntarse por su existencia, en particular, cuando esta persiste. La participación de las mujeres en el espacio político, en términos de paridad, por ejemplo, y en cuanto a sus derechos sexuales y reproductivos, han sido objeto de debate acalorado en las sesiones de las convenciones constitucionales de los años 2022 y 2023. La ausencia de consensos y el potencial retroceso en derechos ya ganados, como la despenalización de la interrupción voluntaria del embarazo en tres causales, revelan que la asimetría de poder entre los géneros persiste; vale decir, que está arraigada en la sociedad chilena. Por lo tanto, es un ejercicio crítico pertinente preguntarse por sus orígenes, su reproducción y perpetuación en el tiempo. De esta manera, aplicar un concepto del presente al pasado permitiría ver aquello que, en tanto naturalizado, fue desapercibido e imposibilitó evaluar sus posibles consecuencias, pero que desde y para el presente ayudaría a entender su vigencia y las dificultades para generar cambios sociales.

Como señala Pierre Bourdieu (2000, 50), las “estructuras de dominación” no son “ahistóricas”, pero son “el producto de un trabajo continuado (histórico, por tanto) de reproducción”. Entonces, no se podría afirmar que la perpetuación de la violencia de género haya sido una decisión editorial —sobre todo cuando no se consideraba como tal—, pero desde nuestro presente sí es posible identificarla como una práctica naturalizada. De todos modos, al mismo tiempo que se identifican expresiones de violencia en contra de las mujeres, también se manifiestan ideas que, por el contrario, promueven la diversidad en contra del estereotipo, su papel activo en vez de pasivo y su participación laboral más allá del espacio doméstico. Ello se constata, por ejemplo, en la sección ‘Al compás de la semana’ que publicaba Elvira Santa Cruz (Roxane) en la revista *Zig-Zag*, a finales de la década de 1920, en la que promovía el estudio y el trabajo fuera de la casa para las mujeres (Darrigrandi y Montero 2022).

Solo con fines organizativos, la exposición del material encontrado hasta el momento fue organizado en cuatro ejes: secciones de actualidad y miscelánea (sección 1), en las que dominan los contenidos escritos; las secciones de humor (2), cuyos contenidos visuales cobran un lugar prominente; la publicidad (3), compuesta por recursos gráficos y textuales; y, por último, las secciones policiales (4), en las que crónicas y reportajes se retroalimentan con ilustraciones y fotografías.

La prensa ha sido uno de los espacios fundamentales para la canalización de las demandas de las mujeres y para su profesionalización en el área de las letras. Desde el siglo XIX, muchas de ellas sacaron adelante numerosos medios, revistas y periódicos, con resultados, circulación y duración disímiles (Montero 2018). A inicios del siglo XX se identifica una mayor visibilización de la inserción paulatina de las mujeres en el mundo del trabajo remunerado, en general, y en las profesiones vinculadas a la cultura escrita e impresa, en particular. Los argumentos esgrimidos para limitar su ingreso al trabajo, desde una perspectiva amplia, estuvieron fuertemente anclados en la protección de su integridad moral y física, para no descuidar su rol de madres (Godoy, Díaz y Mauro 2009; Labarca 1934; Rosemblatt 1995; Zárate y Godoy 2005). De todos modos, su ingreso fue inevitable, así lo exigía el desarrollo industrial y profesional del Chile de inicios de siglo XX (Queirolo y Zárate 2020), eso sí, dominó por mucho tiempo la premisa de que debían atenerse a "las labores propias de su sexo" (Hutchison 2006).

Revistas y periódicos no fueron un espacio de desarrollo profesional garantizado para las mujeres, más allá de las iniciativas lideradas por ellas mismas (Montero 2018). Sus colaboraciones eran consideradas, en un inicio, casi exclusivamente para las secciones femeninas. Un ejemplo de ello fue el caso de Alfonsina Storni en Argentina. En una crónica ella cuenta con ironía que no pudo rechazar el ofrecimiento del director de *La Nota* para hacerse cargo de la sección 'Feminidades' debido a sus apremios económicos (Storni 2014, 67). Si ampliamos esta tensión a la entrada al campo literario —que muchas veces fue posible por la publicación de su obra en revistas—, habría que recordar los comentarios iniciales que recibieron las escrituras de Gabriela Mistral (Zegers 2002, 89) o de Marta Brunet (Cisterna 2019, 237), en los que se cuestiona el ejercicio intelectual por ser mujeres o su pluma se califica de masculina por su buena calidad.

El término violencia de género circula desde la década de los noventa y "se ha consolidado desde entonces, fundamentalmente a través de instrumentos internacionales y regionales de Derechos Humanos" (Jaramillo-Bolívar y Canaval-Eraza 2020, 181), pero en estos instrumentos se ha entendido exclusivamente como violencia contra las mujeres. No hay consenso en su definición. En los antecedentes de la identificación de este fenómeno subyacen la investigación sobre la violencia doméstica en

los años setenta (Gelles 1980) y el activismo y la crítica feminista durante las últimas décadas del siglo XX, que hicieron manifiesta la naturalización de las desigualdades entre los géneros. Con ello, también la normalización de la violencia física, psicológica y simbólica contra las mujeres fue puesta bajo la lupa.

La violencia de género implica que las diferencias entre hombres y mujeres no se explican biológicamente, sino culturalmente. Esa distinción, además, está articulada por relaciones de poder. Para algunos autores, “[l]a violencia de género es aquella ejercida por los hombres contra las mujeres” y “afecta a las mujeres por el simple hecho de ser del sexo femenino, es decir, es la violencia que perpetran los hombres para mantener el control y el dominio sobre las mujeres (Casique y Ferreira 2006, s/p). Francesca Poggi (2019, 303), en cambio, considera problemático entenderla exclusivamente como la violencia ejecutada por hombres contra mujeres, porque también podría ser practicada por mujeres contra mujeres. Para otros, esta puede ser ejercida por mujeres y hombres contra personas con otras identidades sexogenéricas (Jaramillo-Bolívar y Canaval-Erazo 2020, 181; Boyle y Berridge 2023). Para el caso que nos ocupa se considera una definición acotada a manifestaciones que denuestran o agreden a las mujeres¹ y que, como ha señalado la literatura especializada, se enmarca en una “violencia estructural, que se sostiene en el marco de una cultura edificada sobre la lógica de la dominación y las relaciones de poder naturalizadas que hacen aparecer al sometimiento y la inferioridad de las mujeres como hechos normales” (Jaramillo-Bolívar y Canaval-Erazo 2020, 181), en el marco de una cultura androcéntrica y patriarcal (Rovetto 2010; Segato 2003), en el que niñas y mujeres parecieran ser las más afectadas, aunque no sean las únicas (Boyle y Berridge 2023).

En esta breve nota se exponen algunas de las manifestaciones de violencia simbólica contra las mujeres que fueron identificadas en un corpus de revistas y diarios acotado de la primera mitad del siglo XX y que fue analizado en el marco de un proyecto de investigación cuyos objetivos principales fueron 1) identificar las materias y contenidos a partir de los cuales se articulan las secciones en la prensa; 2) rastrear las trayectorias de los responsables de esas secciones. En ese contexto fue

¹ Para una descripción de contextos y formas de violencia contra la mujer, véase Casique y Ferreira (2006).

difícil desatender las expresiones de violencia simbólica, sobre todo en los recursos visuales de esos medios. Al volver al corpus desde esta perspectiva, la violencia de género en las revistas *La Lira Chilena* (1898-1907), *Sucesos* (1902-1932), *Zig-Zag* (1905-1964) y *El Diario Ilustrado* (1902-1970) se hace presente de forma regular, aunque de forma disímil en cada uno de ellos. Asimismo, se observa que en contextos en los que las ideas feministas cobran más fuerza o cuando se discuten los proyectos de ley de divorcio (1914, 1917, 1927 y otros), tiende a aumentar la presencia de este tipo de violencia. Entre las formas de violencia a las que mujeres y niñas están expuestas, para el caso de esta nota, interesa especialmente aquella que se ha instalado en los medios de prensa y que se ha identificado como 'simbólica-mediática' y que se define como: "la que a través de patrones socioculturales estereotipados, mensajes, imágenes y valores transmita y reproduzca inequidad entre mujeres y hombres, naturalizando la subordinación de las mujeres en la sociedad" (Domos 2011, 21).² En palabras de Bourdieu (2000, 51):

la violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente a la dominación) cuando no dispone, [...] para imaginar la relación que tiene con él de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, [...] hacen que esa relación parezca natural. (Bourdieu 2000, 51)

Añade el autor que la violencia simbólica no es menos compleja o violenta que la física (Bourdieu 2000, 36-59).

I. Secciones de actualidad y misceláneas

Mientras al comienzo del siglo XX se continúa una larga discusión iniciada en el siglo XIX sobre la educación de las mujeres, son reiterados aquellos contenidos que intentan definirlas. En este escenario, destaca la publicación de citas o 'pensamientos' bajo la firma de grandes figuras públicas o intelectuales que intentan describir a la mujer para sus lectores; muchas de estas veces se expresan ideas en un mismo texto que transi-

² La definición es más extensa. Continúa indicando que: "Publicación o difusión de cualquier medio masivo de comunicación, que de manera directa o indirecta promueva la explotación de mujeres o sus imágenes, discrimine o atente contra la dignidad de mujeres en mensajes e imágenes pornográficas" (Domos 2011, 11).

tan desde la adulación hacia la condena —lo que nos recuerda la visita a la biblioteca de Virginia Woolf en *Un cuarto propio*. ‘¿Qué es la mujer?’, se pregunta Eugenio M. Granado, en un ejemplar de la revista ilustrada *Lira Chilena* de 1902. Al año siguiente, esta misma revista publica una serie de ideas breves sobre ‘la mujer’ bajo la firma de Pitágoras, Chamfort, Conde Maitres, Pascual Riesgos, entre otras, que reproducen estereotipos como la enemistad entre las mujeres debido a la competencia por los hombres o que destacan por sus capacidades exclusivas para las labores de cuidado y como objeto de placer (29 de marzo de 1903). Este mismo tipo de contenido se presenta en la revista *Zig-Zag* treinta años después en su sección ‘Para ver y aprender’, dirigida claramente a las mujeres. En esta ocasión, las citas son más agresivas: “Media humanidad sufre por la ignorancia de la otra media. —Séneca”; “La mujer que se dedica a escribir, aumenta el número de los libros y disminuye el de las mujeres —Karr”; “Cuando una mujer está enteramente segura de que ninguna amiga habla mal de ella, es porque sabe que todas han muerto” y “Cuando un hombre se casa es porque está preparado para lo peor en la vida” (*Zig-Zag* 1937, 62-63).

Uno de los cronistas más emblemáticos de *El Diario Ilustrado* fue Jenaro Prieto (1889-1946), quien colaboró hasta el fin de sus días con el medio. Uno de los debates más álgidos de los que las mujeres fueron protagonistas en la década de los veinte fue sobre la ley del divorcio. El autor descalifica y cuestiona duramente, aunque sin decir su nombre, a Esmeralda Zenteno Urizar (Vera Zouroff) (1880-s/f), escritora, ensayista y feminista chilena quien en el *Evening Telegram* declaró que al menos la mitad de las mujeres chilenas desearía divorciarse. A partir de esa declaración, en su crónica ‘El delirio del divorcio’, Prieto invierte los roles de género para subestimar las labores domésticas:

¡Ah, cuando triunfe por completo el feminismo, y los hombres refugiados en el asilo tibio del hogar, sepamos que el mayor desagrado que podremos tener en el día será un disgusto con la cocinera o el chisme de un amigo o el retardo de un vestido! (Prieto 1952, 125)

En ‘Si ellas hubieran votado’ (Prieto 1931, 3), el cronista arguye que el voto para las mujeres responde a los mismos criterios por los que les atrae la moda. El caso de Prieto es ejemplar para entender la incidencia de los medios de comunicación en momentos sensibles de la historia de las mujeres que, para el período aludido, tiene relación directa con la

discusión sobre la ley del divorcio, el feminismo o el derecho a voto. Sus crónicas ejemplifican argumentos que ayudarían a entender las grandes barreras que a lo largo de todo el siglo XX han tenido las chilenas para obtener derechos que hoy se consideran fundamentales. Aunque muchos de sus dichos puedan ser cuestionables desde una lectura contemporánea, sus comentarios permiten seguir algunas líneas argumentales del prolongadísimo debate sobre divorcio que no vio la luz sino hasta inicios de siglo XXI.

Expresiones de violencia más explícita aparecen incluso en las secciones literarias. Los poemas, género literario que se publicaba profusamente en las revistas ilustradas, son otro medio en el que se identifican estas expresiones. En 'La mujer calurosa', por ejemplo, publicado en *La Lira Chilena*, una vez consignados los defectos de la compañera (consumista, caprichosa, insaciable y coqueta) el hablante lírico aprovecha la oportunidad para expresar el deseo de su muerte. A través del uso de la sátira y el humor, el poema cierra de la siguiente manera: "¡Que baje a la tumba fría/ que allí es donde debe estar" (Pérez Zúñiga 1903, s/p).

2. Secciones de humor³

Es en las secciones de humor, principalmente articuladas en la forma de viñetas, caricaturas e ilustraciones tipo postales o estampas, donde se identifica la violencia de género simbólica de forma más reiterada y el reforzamiento de los estereotipos de género (Figura 1). Estos casos destacan en la revista ilustrada *La Lira Chilena* y en el magazine *Sucesos*. Los estereotipos más comunes son las suegras como mujeres desagradables; las esposas como derrochadoras y enfocadas en hacer la vida de los hombres insoportable; las solteras destacan por ser mujeres frívolas, ociosas y materialistas que buscan marido. También se articulan otras violencias: la de naturalizar el hecho de que las mujeres que caminan solas en la calle pueden ser objeto de acoso y que sus negativas no lo son realmente ('no es no', dice la consigna actual) (Figura 2); el que las relacio-

³ Según Rodríguez-Pastene et al. (2019, 28), "[e]n su afán por realizar crítica social, el humor gráfico utiliza métodos que pueden reforzar estereotipos y prejuicios de género, instaurando un discurso de violencia simbólica". Existen numerosos estudios enfocados en las expresiones de violencia simbólica en el humor, aunque no necesariamente enfocados en el caso de Chile y en el mismo período. Véase: Álvarez (2004); Capdevilla (2012); Rodríguez-Pastene, González y Messenet (2019) y Rodríguez-Pastene y Candia (2020); Segado (2009).

nes entre esposos son intrínsecamente violentas y agresivas (Figuras 3 y 4); por último, que la muerte de las mujeres, sean esposas o suegras, son la solución de los conflictos. Asimismo, se parodia el hecho de que las mujeres piensen (Figura 5).

Figura 1. *SUCESOS*, 20 DE MAYO DE 1926



Texto de la ilustración: La recién casada se estrena como cocinera.

Fuente: Colección Microfilm. Biblioteca Nacional de Chile.

3. La publicidad

La publicidad, y en particular la referida a los artículos de belleza, es la que más destaca en su potencialidad de expresar violencia simbólica, en la medida en que perpetúa estereotipos que vinculan a las mujeres con estándares de belleza.⁴ Como era común en la época, la publicidad a veces recurría a ilustradores y a humoristas, y tomaba la forma de ca-

⁴ Aunque el foco no está puesto en la violencia simbólica, para el análisis de los productos de belleza en relación a los estereotipos de género se recomienda consultar Dussaillant (2020).

ricaturas, cartas o columnas de opinión en las que se recomendaban los productos que se deseaba promocionar. En ese contexto, para el caso de un producto lácteo, se identifica como recurso publicitario la carta de un médico que alerta sobre la capacidad de las madres:

La aptitud de nuestras mujeres para desempeñar el importantísimo papel de crianza va siendo cada día más deficiente. Como resultado de esta dolorosa verdad estamos viendo aparecer día a día numerosos productos [...] para la infancia en reemplazo del pecho maternal. (Vargas 1919, s/p)

Figura 2. ZIG-ZAG, 24 DE ABRIL DE 1915



Texto de la ilustración: —Mire, señor, hágame, el favor de no molestarme; hace rato que me viene hablando y he notado que tiene Ud. lengua vípera. —Señorita, le advierto a Ud. que mi lengua no solo es de la vípera sino que también del día siguiente...

Fuente: Colección Digital. Memoria Chilena. Biblioteca Nacional de Chile.

La publicidad de Cafiaspirina, por su parte, invita a sus consumidores a verificar que el producto comprado sea de calidad, al igual que la potencial futura esposa, y probado científicamente. La imagen a la que se recurre es la de un varón proponiendo matrimonio a una mujer que detrás suyo sostiene un bate, aludiendo a que está siendo engañado por su elección, pues la mujer que parece adecuada no lo es. Mientras se tensiona la mirada binaria que califica a las mujeres entre bondadosas y peligrosas, además se equipara a las mujeres con un bien de consumo (Cafiaspirina 1937, 2) (Figura 6).

Figura 5. SUCESOS, 15 DE JULIO DE 1926



Texto de la ilustración: ¿Piensa en un traje? ¿En un auto? ¿En el próximo polo? Tal vez...
Fuente: Colección Microfilm. Biblioteca Nacional de Chile.

Figura 6. ZIG-ZAG, 19 DE FEBRERO DE 1937



Fuente: Colección Hemeroteca. Biblioteca Nacional de Chile.

4. Secciones policiales

Sucesos fue una revista que a partir de la década de 1920 transformó la mayoría de sus contenidos en crónica roja, negra o policial. La revista es uno de los primeros medios sensacionalistas que recurrió a titulares e imágenes que acentúan el melodrama y la violencia. Sus extensísimos reportajes, en los que el periodismo se cruza con la literatura, podrían ser un antecedente de lo que hoy se conoce como *true crime*. La revista da un espacio importante a la naturalización de la muerte de mujeres a manos de hombres tras la excusa de los celos o el amor; de hecho, la expresión ‘crimen pasional’ titula algunos de los reportajes. ‘El drama pasional de Pudahuel. ¿Crimen? ¿Suicidio? ¿Hay un tercer criminal?’, se titula el breve reportaje, contado literariamente en capítulos, sobre la muerte de una niña de 16 años a manos de su supuesto enamorado (M. 1924, s/p). Hasta comienzos del siglo XXI fuimos testigos de esta práctica en los titulares de algunos medios de prensa y en la música popular hasta el día de hoy. Desde otro punto de vista, también la violencia contra el cuerpo femenino se presenta en variadas ocasiones de forma gráfica por medio de ilustraciones que se asemejan a una ‘reconstitución de escena’ (Figuras 7 y 8).

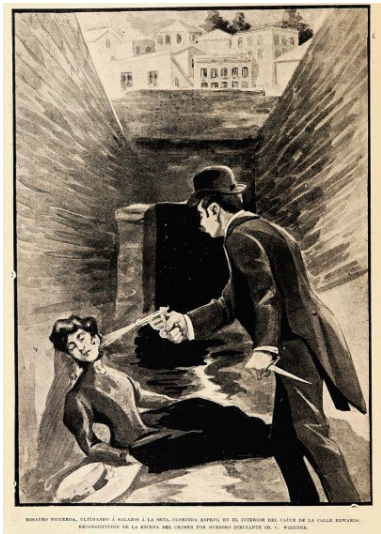
La invitación es, entonces, a ir atrás en el tiempo y a explorar de qué modo la prensa chilena de inicios del siglo XX contribuyó a la configuración de un entramado mediático en la naturalización de la violencia de género. En esta nota se ofrece una pequeña muestra de las formas en que esta violencia de género y, en particular, la ‘simbólica-mediática’, se manifiesta. Estos ejemplos revelan un problema estructural que podría estar mucho más arraigado de lo que pensamos y cuya intensidad, además de estar naturalizada, se desplegaba tanto en registros que buscaban informar como entretener, hacer reír y vender. Aunque lo aquí presentado no es una investigación exhaustiva, abre puertas para una profundización mayor en un ámbito que, a veces, de tanto dar por sentado o aceptar simplemente su historicidad, dejamos de ver y de problematizar; en especial, asuntos que sí se relacionan con nuestro presente y futuro como sociedades en que prime la paridad y la equidad.

Figura 7. *SUCESOS*, SECCIÓN CRÓNICA ROJA, 7 DE OCTUBRE DE 1915



Texto de la ilustración: Reconstitución del drama pasional de la calle San Carlos, hecha por nuestro dibujante Sr. Carlos Wiedner.
Fuente: Colección Digital. Biblioteca Nacional de Chile. Dibujo de Carlos Wiedner.

Figura 8. *SUCESOS*, 16 DE DICIEMBRE DE 1909



Texto de la ilustración: Rosauro Figueroa, ultimando á balazos á la srta. Clorinda Espejo, en el interior del cauce de la calle Edwards. Reconstitución de la escena del crimen por nuestro dibujante Sr. C. Wiedner.
Fuente: Colección Digital. Biblioteca Nacional de Chile. Dibujo de Carlos Wiedner.

Bibliografía

- Álvarez, R. 2004. Las ilustraciones de humor y la masculinidad hegemónica y tradicional. Permanencias en la significación y representación de la virilidad. *Investigaciones Sociales* 8(13), 253-274. DOI: <https://doi.org/10.15381/is.v8i13.6927>.
- Berenguer, C. 2002. La tragedia del norte de Chile en Alto Hospicio. *Nomadías* 6(4), 132-134.
- Bourdieu, P. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Boyle, K. y Berridge, S. (eds.) 2023. *The Routledge Companion to Gender, Media and Violence*. New York: Taylor and Francis. Disponible en: <https://www.perlego.com/book/4211652/the-routledge-companion-to-gender-media-and-violence-pdf> [26 de septiembre 2023].
- Cabrera, J. 2011. La política sexual de la dominación masculina: femicidios, medios de comunicación y violencia de género. Universidad de Chile. Disponible en: <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/111559> [21 de mayo 2023].
- Cafiaspirina 1937. Antes que te cases, mira lo que haces. *Zig-Zag*, 19 de febrero, s/p.
- Capdevilla, J. 2012. La figura femenina en la prensa satírica española del siglo XIX. *Historietas: Revista de Estudios sobre la Historieta* 2, 9-30.
- Casique, L. y Ferreira, A.R. 2006. Violencia contra las mujeres: reflexiones teóricas. *Revista Latino-Americana de Enfermagem* 14(6). DOI: <https://doi.org/10.1590/S0104-11692006000600018>.
- Cisterna, N. 2019. La vigencia de Marta Brunet. *Anales de Literatura Chilena* 20(32), 233-240.
- Darrigrandi, C. y Montero, C. 2022. 'Al compás de la semana' de Roxane, o una sección para mujeres encubierta (1927-1930). *Aisthesis* 72, 217-232. DOI: <https://dx.doi.org/10.7764/aisth.72.12>.
- Deharbe, D.C. 2020. La representación fotográfica del círculo de la violencia de género en Salta, Argentina. *Comunicación y Medios* 29(42), 56-69. DOI: 10.5354/0719-1529.2020.58618.
- Domos 2011. *La violencia tiene mil caras. Guía para profesionales y comunicadores/as de medios de comunicación en violencia contra las mujeres*. Santiago: UNICEF, UNFPA, Sernam, Domos.
- Dussaillant, J. 2020. Entre la condena y la legitimación. La publicidad de belleza en *Zig-Zag*, 1905-1945 (25-44). En Dussaillant, J. y Urzúa, M. (eds.), *Concisa, original y vibrante. Lecturas sobre la revista Zig-Zag*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Errázuriz, P. 2002. Violencia real, violencia simbólica: los crímenes de Alto Hospicio. *Nomadías* 6(4), 142-146.
- Gelles, R.J. 1980. Violence in the Family: A Review of Research in the Seventies. *Journal of Marriage and Family* 42(4), 873-885. DOI: <https://doi.org/10.2307/351830>.
- Gil, A.S. 2015. La violencia de género en los diarios *Clarín* y *La Nación*. De sentidos hegemónicos y usos políticos. *Comunicación y Medios* 30, 157-175. DOI: <https://doi.org/10.5354/rcm.v0i30.32377>.
- Godoy, L., Díaz, X. y Mauro, A. 2009. Imágenes sobre el trabajo femenino en Chile, 1880-2000. *Universum* 24(2), 74-93. DOI: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762009000200005>.
- Granado, E.M. 1902. ¿Qué es la mujer? *La Lira Chilena*, 12 de enero, s/p.
- Hutchison, E.Q. 2006. *Labores de su propio sexo. Género y políticas en el Chile urbano, 1900-1930*. Santiago: LOM Ediciones.

- Jaramillo-Bolívar, C.D. y Canaval-Erazo, G.E. 2020. Violencia de género: un análisis evolutivo del concepto. *Universidad y Salud* 22(2), 178-185. DOI: <https://doi.org/10.22267/rus.202202.189>.
- Labarca, A. 1934. *Adónde va la mujer*. Santiago: Letras.
- M. 1924. El drama pasional de Pudahuel. ¿Crimen? ¿Suicidio? ¿Hay un tercer criminal? *Sucesos*, 16 de octubre, s/p.
- Montero, C. 2018. *Y también hicieron periódicos. Cien años de prensa de mujeres en Chile, 1850-1950*. Santiago: Hueders.
- Naranjo, V. 2009. Los asesinatos contra mujeres según TVN: relatos televisivos que normalizan, invisibilizan y reproducen la violencia contra las mujeres (106-114). En Red Chilena contra la Violencia Doméstica (ed.), *Nación golpeadora. Manifestaciones y latencias de la violencia machista*. Santiago: Red Chilena contra la Violencia Doméstica.
- Olivares, Y. 2019. Representaciones de la violencia contra la mujer en la prensa chilena. *Re-presentaciones* 11, 13-36.
- Pérez Zúñiga, J. 1903. La calurosa. *La Lira Chilena*, 15 de noviembre, s/p.
- Poggi, F. 2019. Sobre el concepto de violencia de género y su relevancia para el derecho. *Doxa. Cuadernos de Filosofía del Derecho* 42, 285-307. DOI: <https://doi.org/10.14198/DOXA2019.42.12>.
- Prieto, J. 1931. Si ellas hubieran votado. *El Diario Ilustrado*, 6 de octubre, 3.
- Prieto, J. 1952. *Pluma en ristre*. Santiago: Imprenta de Chile.
- Queirolo, G. y Zárate, S. (eds.) 2020. *Camino al ejercicio profesional. Trabajo y género en Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Rodríguez-Pastene, F., González, C. y Messenet, F. 2019. Sátira política en las elecciones de 1935 y de 2016. Estudio comparativo de representaciones sociales femeninas en *Topaze* y *The Clinic*. *Comunicación y Medios* 39, 26-38.
- Rodríguez-Pastene, F. y Candia, T. 2020. Humor político, sufragio y mujeres: las miradas de Topaze en las municipales de 1935. *Intus-Legere Historia* 14(1), 20-41.
- Rosemblatt, K. 1995. Por un hogar bien constituido. El Estado y su política familiar en los Frentes Populares (181-222). En Godoy, L., Hutchison, E., Rosemblatt, K. y Zárate, M. (eds.), *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones Sur, Cedom.
- Rovetto, F. 2010. Androcentrismo y medios de comunicación: la representación de las mujeres en la prensa de actualidad. *Cuadernos.Info* 27, 43-52. DOI: <https://doi.org/10.7764/cdi.27.21>.
- Salinas, P. y Lagos, C. 2014. Género, discurso crítico y violencia simbólica: un trinomio epistemológico en la prensa chilena entre 2006-2011. *Comunicación y Sociedad* 21, 181-212.
- Segado, F. 2009. Un tópico perpetuado. La imagen de la mujer y el feminismo en el humor gráfico de la prensa diaria durante la transición (1974-1977). *Zer* 14(27), 203-224.
- Segato, R. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Storni, A. 2014. Feminidades (67-69). En Storni, A., *Un libro quemado*. Buenos Aires: Excursiones.
- Sucesos 1922. La mujer es un peligro. *Sucesos*, 8 de junio, s/p.
- Vargas, R. 1919. ¡¡¡Madres!!! *Sucesos*, 13 de febrero, s/p.

- Zárate, M.S. y Godoy, L. 2005. Análisis crítico de los estudios históricos del trabajo femenino en Chile. *CEM Cuadernos de Investigación* 2.
- Zegers, P. 2002. *Recopilación de la obra mistraliana: 1902-1922*. Santiago: RIL Editores.
- Zig-Zag 1937. Para ver y aprender. *Zig-Zag*, 28 de mayo, 62-63. *EP*

Simposio

Dislocación, detraimiento y contraducción

La sección Simposio de la revista *Estudios Públicos* es un espacio de debate académico público en torno a ideas de alcance sustantivo. Se compone de un artículo original, sometido previamente a revisión de pares, que es críticamente analizado en contribuciones cortas por académicos desde distintos ángulos y disciplinas. El Simposio cierra con una respuesta de los autores del artículo original a los comentarios realizados. El texto incluido en esta sección es una réplica a la respuesta de los autores del artículo principal del simposio *Dislocación, detraimiento y contraducción* (*Estudios Públicos* 172, 2023).

Simposio

Género, generalidad, generosidad

Réplica a 'Entwort. En lugar de una respuesta [Antwort]. Descoyuntamiento y torcedura de las lenguas', de Bornhauser y Cattaneo (Simposio *Dislocación, detraimiento y contraducción*, Estudios Públicos 172, 2023)

Iván Trujillo

Universidad de Valparaíso, Chile

Para decirlo de entrada y de una vez: lógica idiomática de la indemnidad de lo único como lógica de la despolitización. Es lo que en nuestro comentario al artículo de Bornhauser y Cattaneo vemos brotar desde dentro de su corpus textual (Trujillo 2023). Para no confrontar el texto como si se tratara tan solo de opiniones a las que habría que limitarse a oponer otras, había primero que reconocer su tejido conceptual en relación con otros artículos de los mismos autores. Nuestra generosidad, reconocida en principio por los autores ("generosa incorporación de otros textos", Bornhauser y Cattaneo 2023, 190),¹ pasaba por dar cuenta de la trama textual que lo comprende, le da sentido y lo da a leer.

Ahora bien, lo que en la réplica de los autores a nuestro comentario viene enseguida cargado con un material de ideas que no se encuentra en él y que se nos atribuye, nos parece es el efecto de este mismo reconocimiento. Explicaremos aquí por qué. Estimamos que este efecto es una respuesta dislocada, desplazada, montada sobre la escena de una re-

IVÁN TRUJILLO es doctor en Filosofía mención Estética y Teoría del Arte por la Universidad de Chile. Es investigador Fondecyt por la Universidad de Valparaíso, Chile (Fondecyt de iniciación 11201155). Dirección: Serrano 546, Valparaíso, Chile, CP 2340000. Email: itrujillo-correa@gmail.com.

¹ Todas las citas remiten al simposio *Dislocación, detraimiento y contraducción* aparecido en *Estudios Públicos* 172 (2023). Las páginas que se indican entre paréntesis refieren al comentario de Iván Trujillo al artículo principal de Niklas Bornhauser y Gianfranco Cattaneo y a la respuesta de estos autores a los comentarios críticos.

presentación sintomática de recepción. Esta escena de réplica transcurre, para decirlo casi con sus propias palabras, entre dos síntomas: “hablar en lenguas” (191; ya no solo se recurre al alemán, sino también al latín) y un “Y nada más” (lacónica frase con la que termina la réplica) que equivale, según nos parece, a no tener “nada que decir” (191).

La réplica pone en escena varias frases cuyas ideas se nos atribuyen. Repliquemos lo que dice: 1. Plantearíamos “cierta inconformidad respecto del texto” (191); 2. Hablaríamos de “un hilo *verdadero*” y de “un sector político habitualmente asociado al color pardo” (192); 3. Sostendríamos que “bajo la figura del ‘arraigo’”, se “le otorgaría a la lengua alemana un privilegio” (192); 4. Tal privilegio sería por nosotros “tratado, en realidad, como un punto ciego, como algo que escapa a la aprehensión debido a la ilusión de cierta naturalidad y que sale a la luz a partir del encuentro con otra lengua” (192-193); 5. Intentaríamos decir que las otras lenguas “no logran decir lo que el alemán dice de manera superior y originaria”, por lo que habría una “eventual insuficiencia o decadencia de ciertas lenguas” (193).

Repliquemos ahora lo que dijimos en correlación con lo anterior con unas brevísimas explicitaciones entre paréntesis tras las citas: 1. “Considerando su motivo central, el título de este artículo podría haber sido ‘El derrumbe de la representación’. Lo atraviesan todos los elementos que se necesitan para ello” (180; el título sugerido, que no desestimaba el original, estaba inspirado en el cuento de Kleist que evocaremos al final). 2. “Pero sobre todo, y este es quizás el verdadero hilo rojo que organiza en gran medida las principales referencias de este artículo, y hasta cierto punto nuestra habitual comprensión (¡y los interminables clichés!) sobre la época moderna de la filosofía” (183; el hilo rojo es aquí lo que enhebra la historia haciéndola avanzar). 3. “este artículo, como también otros de ambos autores, se esmeran precisamente en mostrar, aquí bajo el segundo subtítulo, que hay una práctica lingüística de Freud como operación de la *Enstellung* sobre la lengua alemana y sobre el concepto dado de (re)presentación. En otro artículo [...], este propósito se expone ya con mucha claridad, y en oposición al trabajo de traducción en otras lenguas” (184; enseguida viene la cita con la palabra “arraigo” que no comentamos y a la que no le damos relieve, sí en cambio a la oposición al trabajo de traducción en otras lenguas); 4. “No ajeno a estos clichés, el artículo de Bornhauser y Cattaneo plantea, decíamos, una articulación en-

tre pensamiento y lenguaje, aquí entre pensamiento y lengua, no sin un privilegio otorgado a la lengua alemana. Está claro, en todo caso, y como ejercicio de rigor, que si se trata de analizar el modo en que el concepto freudiano *Enstellung* y, análogamente, el concepto hamacheriano de *Entfernung*, son capaces de incidir en el concepto rector de *Darstellung*, haya que mantener el análisis al ras de la lengua alemana” (183-184; en primer lugar, hemos dicho ‘privilegio’ y hemos señalado la necesidad de mantener el análisis ‘al ras de la lengua alemana’; y si no hemos hablado, y ni siquiera sugerido hablar, de la existencia de un ‘punto ciego’ o sobre la ‘ilusión de cierta naturalidad’, es porque creemos que lo que se defiende es algo axiomático, que no se discute porque se da como evidente sin ser natural); 5. “es en ‘los límites infranqueables entre las lenguas’ [...] que la lengua alemana despliega su potencialidad filosófica. La lengua alemana puede poner a raya la ‘traducción absoluta’ porque el universalismo le es intrínseco. ¿Se podría decir que es este universalismo intrínseco lo que le permite acoger al otro sin salir de sí? Todo parece indicar que sí. Y esto por el expediente de que lo que Freud puede hacer en y con la lengua alemana puede no pertenecer a ninguna lengua en particular, es decir, le ‘pertenece a todas’” (185; tras decir esto nos detenemos en un lugar muy decisivo del artículo de 2022: antes de decir que el descubrimiento del inconsciente “se volvió posible gracias a las características de la lengua alemana” (86), pero también a la “sensibilidad freudiana por el alemán y su diferencia con otros idiomas” (86), y decir que al “adentrarse en la lengua alemana Freud se encontró con las leyes del inconsciente” (86), se viene de mostrar la ilustración —vía traducción al castellano de las palabras alemanas— de la “corporalidad del pensar encarnada en las palabras” (85), para enseguida decir que los fragmentos de palabras “no pertenecen a ninguna lengua en particular y, al mismo tiempo, pertenecen a todas” (85)). Añadamos sobre esto último lo siguiente: el descubrimiento del inconsciente en la lengua alemana, gracias a las características de esta lengua y de la sensibilidad de Freud por el alemán y su diferencia con otros idiomas, constituye el descubrimiento de algo que pertenece a todas las lenguas o a ninguna en particular. Que esto pueda indicar “la inherencia del fracasar al hablar” (193) y que “su caída” no constituya “una eventual insuficiencia o decadencia de ciertas lenguas” (193), sino que más bien sea “propia de la lengua como tal” (193), es precisamente lo que “invita a pensar el pensar” (193), según una esencia idiomática de

la lengua capaz de acoger (generosamente) a la otra lengua al interior de sí misma, dislocándose, desarraigándose de sí y desplazándose entre lenguas de acuerdo a un cierto universalismo, que es también un nacionalismo, intrínseco y esencial.

Así las cosas ¿no es esta réplica la manera aquí escogida de relacionarse, con la menor intensidad posible, con el temblor provocado por esta generosidad? Este nacionalismo idiomático y acogedor que hemos podido reconocer en el pensamiento de estos autores, incorporando otros de sus textos, hace aparecer una generalidad de la indemnidad de lo único ligado a Alemania. Autoinmunitario, este idiomatismo tiene la capacidad de no oponerse a ninguna lengua, a ninguna frontera, ni geográfica, ni política. La despolitización es inherente a una Alemania esencial y a una lengua alemana igualmente esencial que se mantienen únicas e indemnes, haciendo aparecer desde sí y generosamente, el inconsciente que cruza a las otras naciones y a la totalidad de las otras lenguas. Es por lo mismo también un anti-intelectualismo que no se deja interrumpir. Sin embargo, esta réplica nos indica que no es sino con mano temblorosa que se ha agradecido nuestra generosidad.

En 'El terremoto en Chile' de Heinrich von Kleist, relato que está en el centro del artículo de Bornhauser y Cattaneo, se cuenta que los protagonistas transgresores de las costumbres de la comunidad salen librados aleatoriamente de los derrumbes causados por el temblor que asola el país, pero no se libran de las réplicas sociales ligadas a este. La réplica de los autores a nuestro comentario crítico es aquí también la réplica de un temblor, cuya chance busca evitarse en la instancia de su más baja intensidad. Porque la chance abierta por el temblor, la caída o el derrumbe que puede casualmente o sin fundamento no matarte, puede ser también la caída de la caída, el derrumbe del derrumbe, se precisa la réplica del temblor o su atenuación para reestablecer el sentido de la caída y así poder determinar con seguridad la propia suerte. Todas las objeciones presentadas por Bornhauser y Cattaneo a nuestro comentario recuerdan la defensa que François Fédier hacía de Heidegger cuando intenta denegar su compromiso con el régimen nazi, demostrando que no había cometido crimen alguno. Los autores de esta réplica intentan hacernos decir que les imputábamos camisas pardas, arraigo en la lengua alemana, decadencia de las otras lenguas, entre otras, para denegar el 'nacional-filosofismo' que los anima.

Bibliografía

- Bornhauser, N. y Cattaneo, G. 2023. *Entwort*, en lugar de una respuesta [*Antwort*]. Descoyuntamiento y torcedura de las lenguas. *Estudios Públicos* 172, 189-199.
- Trujillo, I. 2023. La retirada del erizo. De la traducción a la traducción absoluta. Comentario crítico sobre 'Dislocación, detraimiento y contraducción', de Bornhauser y Cattaneo. *Estudios Públicos* 172, 179-188. *EP*

Reseñas

Reseña

Bonnie Honig. *A Feminist Theory of Refusal*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2021. US\$31 (ISBN: 9780674248496), 208 pp.

Fabián Flores Silva

Centro de Estudios Interculturales e Indígenas
Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

“Sister is an anagram for resist” (101), que en su traducción comprensiva significaría ‘sororidad es resistencia’, es la frase que da título al epílogo de *A Feminist Theory of Refusal*, séptimo libro de la teórica política estadounidense y académica de la Universidad de Brown, Bonnie Honig. Este sintagma, además, bien puede resumir la lección de este libro que se propone, a partir de una relectura de la tragedia griega *Las bacantes*, escrita en el siglo V a.C. por Eurípides, analizar los movimientos y riesgos implicados en el proyecto de transformación feminista de la polis. A contrapelo de aquellas interpretaciones que resaltan la fábula de restitución y primacía del orden soberano de la ciudad-Estado por sobre quienes lo atentan, o el agón entre figuras masculinizadas del poder divino y humano, Honig rescata la acción concertada de las bacantes, orientada a “poner fin al antiguo orden” (4) patriarcal. Esta narrativa le permite entablar un fructífero diálogo con diversos debates filosóficos y expresiones artísticas contemporáneas sobre resistencias al poder. Quizás el aporte central del libro es invitarnos a pensar, de la mano de *Las bacantes*, que la resistencia feminista conlleva una disputa permanente por tornar plural e igualitaria a la comunidad política. No obstante, hay elementos en la obra de Eurípides que llevan a preguntarnos si acaso la sororidad bacantiana es también una política que desea expandirse más allá de la polis, cuando esta niega la plena igualdad.

Antes de profundizar en los argumentos del libro, un resumen de *Las bacantes*: Dionisio, dios del vino, la embriaguez y la desinhibición

humana, arriba a la ciudad de Tebas disfrazado de extranjero con la intención de que esta le rinda debido culto. Sin embargo, Penteo, rey de la ciudad, prohíbe cualquier manifestación en su nombre, a pesar de las advertencias que le hacen su abuelo Cadmo (fundador de la ciudad) y Tiresias (famoso augur) sobre el peligro que atañe desafiar a las divinidades. Penteo ordena apresar a las mujeres de Tebas, entre ellas a las bacantes, que han estado rindiendo culto báquico a Dionisio, y también al extranjero, sin saber que es el mismo dios. Pero Dionisio libera a las bacantes y se resarce del encarcelamiento. Luego, Penteo se entera por un mensajero que tres grupos de bacantes, lideradas por Ágave (su madre), Autone e Ino, han huido de Tebas y se han refugiado en el monte Citerón, ubicado fuera de la ciudad. Se comenta que en el monte las bacantes descansan y bailan; que hicieron brotar de la tierra agua, vino, leche y miel; que amamantaron a cervatillos y cachorros de lobos; que lograron evitar ser capturadas por los pastores que las merodeaban y que, además, provistas de un poder descomunal, arrasaron con aldeas y descuartizaron ganado sin sufrir el menor rasguño. Penteo quiere enviar un ejército para atraparlas, pero Dionisio lo persuade a que viaje a Citerón para espiarlas. El rey llega al monte disfrazado de mujer, arrimándose a la copa de un árbol, pero es delatado a las bacantes por el dios. Ellas lo bajan del árbol y lo capturan. Ágave desoye las súplicas de Penteo para no ser asesinado por su propia madre y es descuartizado. Junto a las bacantes, Ágave retorna a la ciudad, con lo que ella percibe es la cabeza de un león, exigiendo el reconocimiento de la grandeza de su hazaña, pero es exhortada por Cadmo, su padre, a darse cuenta de que ha asesinado a su propio hijo y que lo que porta en sus manos es nada menos que su cabeza. Resarcida del delirio, Ágave lamenta la muerte de Penteo y recibe de manos de Dionisio el destino del destierro junto a las bacantes.

A Feminist Theory of Refusal recupera el valor analítico y normativo de *Las bacantes* con una intención rectificadora. Tomando aportes de reconocidas escritoras y filósofas contemporáneas, elabora una aproximación feminista y agonista con la que desafía las interpretaciones que desvalorizan o patologizan a las bacantes, invitándonos a identificar el significado político de sus acciones como constitutivas de lo que Honig denomina un 'arco del rechazo'. Categoría central del libro, este arco muestra que los actos y palabras de las bacantes movilizan una narrativa de transformación de la comunidad política: que comienza con el aban-

dono que ellas hacen de los roles de trabajo doméstico, reproducción y crianza; sigue con la huida de la ciudad que las somete y con la búsqueda de refugio en Citerón, sitio donde despliegan prácticas performativas que les permiten al menos momentáneamente despojarse de sus roles de esposas, madres e hijas, y que culmina con el asesinato de Penteo y con el retorno de las bacantes a Tebas, exigiendo la glorificación de su hazaña y el reconocimiento de igualdad plena. De valor arquetípico, el arco del rechazo sienta las bases para una teoría y práctica feminista impura, no exenta del uso de la violencia como medio si se pretende romper con las instituciones y lazos afectivos primarios que dan soporte al orden político jerárquico y patriarcal. El hecho de que Ágave “lamente la muerte de su hijo, pero no la del rey” (59) grafica para Honig la ambivalencia subyacente en todo proyecto feminista transgresor: un mundo pospatriarcal exige un regicidio (entendido como desmantelamiento del soberano) que es al mismo tiempo un filicidio.

El rescate del arco del rechazo en *Las bacantes* es la llave maestra con la que el libro establece un contrapunto con tres conceptos de rechazo actualmente debatidos en filosofía política: ‘inoperatividad’ de Giorgio Agamben, ‘inclinación’ de Adriana Cavarero y ‘fabulación’ de Saidiya Hartman. Cada capítulo se dedica a analizar uno de ellos. El primero compara la noción agambeniana de inoperatividad, ética que al parecer de Honig tiene un impacto apenas estético y temporal sobre el orden soberano, con las prácticas de ‘intensificación’ que permitirían a las bacantes socavar las bases del poder hegemónico. La inoperatividad es una ética que desactiva el uso de las cosas y acciones como medios para otros fines, y al contrario de otras “aproximaciones éticas o políticas instrumentalizadoras y teleológicas” (14), contribuye (por ejemplo, como lo hace una fiesta) a desdibujar el espacio-tiempo de lo cotidiano. Honig considera que por sí sola la inoperatividad abjura al proyecto de transformación de la polis, aunque no desestima su relevancia dentro del arco del rechazo. En efecto, las bacantes podrían haber tornado inoperativa Tebas cuando deciden abandonar su rol de madres y esposas. Pero el transcurso del arco del rechazo muestra que las bacantes ensayan en Citerón nuevas formas de vida que ayudarían a deshacer la rigidez de la ciudad, por medio de la intensificación o pluralización de los usos. Por ejemplo, es el lugar donde la lactancia materna deja de ser una práctica exclusivamente humana y se intensifica hacia el espectro no humano.

El segundo capítulo contrasta la categoría pacifista de inclinación de Adriana Cavarero con la acción agonista y a ratos violenta de las bacantes. A diferencia de las éticas de la rectitud, que ponen acento en la autonomía individual y que niegan la interdependencia de los sujetos, la inclinación posiciona una “normatividad hacia el cuidado y el altruismo” (46) basada en el reconocimiento de la mutua dependencia y la vulnerabilidad. El gesto maternal de inclinación corporal de la Virgen María para cobijar al niño Jesús, presente en el cuadro de Leonardo Da Vinci *Santa Ana, con la Virgen y el Niño*, refrenda esta noción. Pero Honig considera que la inclinación no es exclusivamente un gesto maternal sino uno que puede intersectar con una sororidad tan mutualista como violenta si esta conlleva una política transformadora. Honig identifica en la tragedia griega varios momentos de inclinación sorora: en la alianza entre ménadas y bacantes para huir de Tebas, rompiendo con el aislamiento individualista; en las danzas y siestas de las bacantes en Citerón, que suponen una intimidad colectiva y el goce de cuerpos no erguidos; y especialmente en la disposición inclinada de sus cuerpos para asesinar a Penteo.

El tercer y último capítulo desmonta las interpretaciones que patologizan a las bacantes, ofreciendo en cambio una fabulación o contranarrativa que les restituye su agencia política. Fabulación es un ejercicio desarrollado por la escritora estadounidense Saidiya Hartman (2009), que busca dotar de nuevo significado a los gestos y actos de mujeres afrodescendientes, y que Honig utiliza para aseverar que en su retorno a Tebas las bacantes “exigen ser glorificadas del mismo modo en que los hombres lo han pedido anteriormente” (103). Lo que está en juego en la fabulación es una disputa narrativa, la manera en que “las bacantes serán recordadas: ¿como gloriosamente libres o trágicamente engañadas?” (77). La interpelación de Ágave a Tebas y el agón que ella establece con Cadmo refrendan este punto. Ágave solicita, primero a la ciudad, luego a las ménadas y solo finalmente a los hombres y a su padre, que sean reconocidas en su hazaña de haber cazado lo que para ellas es un león (símbolo del monarca). Con esto, sostiene Honig, buscan revelar a Tebas su intención de experimentar una ciudad (que ya han comenzado a cambiar por medio del ensayo en Citerón y el asesinato del rey) que les conceda plena igualdad, no un mero reconocimiento en los términos propuestos por el filósofo Charles Taylor.

A Feminist Theory of Refusal es un poderoso ejercicio argumentativo que constata la afinidad existente entre sororidad, resistencia y regicidio, y también la animadversión del orden patriarcal hacia esta política transformadora de lo íntimo y lo público. Logra además mostrar que una praxis feminista entraña riesgos y la posibilidad de fracaso: Ágave finalmente cede a la interpelación de Cadmo y es restituida a la posición de hija obediente y madre en duelo, consagrando así el triunfo de la ciudad sobre la sororidad. Esta es la verdadera tragedia de *Las bacantes* para Honig. Sin embargo, la autora nos recuerda que Dionisio reaparece al final de la obra para destinar a las bacantes al exilio, como si el dios les “hubiese concedido lo que ellas secretamente desean” (90), intuimos, no más subordinación. En este punto es preciso interrogar la orientación de este deseo secreto. Honig interpreta el exilio como genuina voluntad de las bacantes de abandonar una ciudad que aún no está preparada para ser transformada en clave feminista. Quizás, aventura, porque ellas retornaron demasiado pronto para hacerlo. Pero si atendemos al título del libro y al desenlace de la obra, tal vez obtenemos una respuesta distinta a la que ofrece la autora: ¿podría la sororidad feminista rechazar a aquella polis que resiste con éxito la acción regicida que la amenaza y desear continuar su proyecto más allá de sus fronteras?, ¿no es esto precisamente lo que experimentan las bacantes en el desenlace de la tragedia? Bajo esta mirada, Citerón no sería apenas un lugar transitorio para ensayar formas de vida que se probarían en Tebas, sino una alternativa de vida o heterotopía. Un arco del rechazo feminista, entonces, bien podría incorporar a su repertorio el autoexilio y la reivindicación de nuevas formas de vida fuera de la comunidad política a la que ha buscado infructuosamente cambiar. Un arco de estas características tendría además una inesperada convergencia, que tal vez Honig no aceptaría, con las reivindicaciones centrales del emergente cuerpo de literatura aglutinado bajo el término de ‘giro hacia el rechazo’ en teoría política. Exponentes relevantes en este campo de estudios como Lee Edelman, Audra Simpson, Glen Coulthard y Neil Roberts han rescatado la importancia normativa de las prácticas de huida, evasión y/o rechazo, llevadas a cabo por distintos colectivos (indígenas, negros, disidencias sexo-genéricas, entre otros), a participar de una comunidad política que los incorpora subordinadamente, los violenta o los excluye.

Parafraseando a Honig, la cuestión de si el rechazo feminista es en último término una disputa por una comunidad política distinta, o una

renuncia a ella para explorar otras formas de organización heterotópicas, permanece indecible.

Para concluir, *A Feminist Theory of Refusal* ofrece en sus tres capítulos, epílogo y anexos una propuesta político-filosófica que contribuye al enriquecimiento de las conversaciones feministas contemporáneas y a ampliar los márgenes del debate sobre las posibilidades y límites de la acción colectiva transformadora y la consecución de igualdad y justicia. Construye su sofisticado argumento a través de un intenso diálogo interdisciplinar con las humanidades y las artes, y mediante la recuperación de la tragedia griega *Las bacantes* articula temporalidades pasadas y presentes que posibilitan al/la lector/a desarrollar nuevos horizontes interpretativos sobre la acción sorora. Es un texto que en definitiva estimula preguntas relevantes y de todo interés no solo para la filosofía y la ciencia política, sino para activistas y cultores de las artes escénicas y la literatura.

Bibliografía

- Eurípides 1982. Las bacantes (515-602). En Eurípides, *Tragedias II*. Barcelona: Gredos.
- Hartman, S. 2019. *Wayward Lives, Beautiful Experiments. Intimate Histories of Riotous Black Girls, Troublesome Women, and Queer Radicals*. New York, London: W.W. Norton & Company. *EP*

Reseña

Elizabeth Q. Hutchison. *Workers Like All the Rest of Them. Domestic Service and the Rights of Labor in Twentieth-Century Chile*. Durham, NC: Duke University Press, 2022. US\$25.95 (ISBN: 9781478014898), 228 pp.

Rosario Fernández Ossandón

Universidad de Chile, Chile

Universidad de Santiago de Chile, Chile

¿Cuál es la relevancia, hoy en día, del trabajo doméstico remunerado? ¿Qué implica su estudio? ¿Cómo se hace una *historia sobre él*? En un contexto nacional e internacional sociopolítico de transformaciones normativas, de crisis de la reproducción de la vida y ambientales, donde los cuidados ya no solo pueden ser vistos bajo una óptica privada o familiar, estas refieren a preguntas sobre las formas en que queremos vivir en común y hacer democracia.

¿Qué tienen que decir las ciencias sociales, las humanidades y los feminismos sobre esto? Y, en específico, ¿qué puede decirnos la historiografía feminista sobre el trabajo doméstico? Es en este contexto que el libro *Workers Like All the Rest of Them* —dividido en cinco capítulos, además de una introducción y una conclusión— muestra su impacto, tanto por ser parte de esta genealogía de los estudios de género y feminista que sitúan al trabajo doméstico como un elemento central para comprender la sociedad, como por su contribución a las formas de hacer y contar historias; también, porque este libro resulta ser una relectura de la historia de los movimientos sociales y les trabajadores, la historia política y social de un período histórico y la relación entre derechos y formación del Estado chileno. El objetivo del libro es el siguiente:

ROSARIO FERNÁNDEZ OSSANDÓN es doctora en sociología por Goldsmiths, Universidad de Londres. Es profesora asistente del Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile; investigadora posdoctoral (Fondecyt 3210057) del Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, y coordinadora del Grupo de Trabajo de Clacso Red de Género, Feminismos y Memorias de América Latina y el Caribe. Dirección: Av. Capitán Ignacio Carrera Pinto 1025, Ñuñoa, Santiago, Chile, CP 7800284. Email: rosfernandez@uchile.cl.

estudiar la historia oculta del trabajo doméstico que se encuentra debajo de esas perspectivas divergentes, una historia que documenta no solo la agencia de las trabajadoras, sino también cómo clase, raza/etnicidad y género fueron construidas a través de relaciones del servicio doméstico a lo largo del tiempo. (5; mi traducción)

Desde la década de 1960 en adelante se construye un campo de estudio multidisciplinar que definió el trabajo doméstico remunerado como un trabajo y como un aparato social, cultural, económico y político. Los estudios de género y sobre la mujer, junto con los movimientos de mujeres y feministas introdujeron un quiebre a los ‘supuestos de la modernidad’ referidos a la noción de individuo, el contrato social, las formas de organización y producción de valor, y los principios de igualdad y libertad. Se interrumpieron las distinciones público/privado, razón/emoción, economía/vida, y se introdujeron las diferencias sexuales, raciales y étnicas que develaron el problema de la universalidad en los supuestos de la modernidad. Este campo agitó las disciplinas de las humanidades, las ciencias sociales y la economía, así como los movimientos sociales ligados al marxismo y el socialismo, los cuales seguían reproduciendo estos supuestos en sus producciones teóricas, epistemologías y metodologías de investigación, así como en los objetivos y estrategias de lucha política.

Los estudios de género y feminista mostraron el lado oculto de la modernidad (Lugones 2008), es decir: 1) la exclusión de los sujetos que no responden al modelo de la modernidad, y 2) la violencia que implica reproducir esta noción y la necesidad de pensar el contexto, las situaciones, los cuerpos y el carácter relacional de las sociedades. El trabajo doméstico resultó ser un nudo central. El trabajo invisible y el carácter feminizado de las tareas domésticas y de cuidados se propone ya no como anexo ni auxiliar, sino como aquel que sustenta y es constitutivo de la economía y del orden político. Así, la sociología e historiografía del trabajo, la sociología económica y la filosofía política tuvieron que revisar los supuestos con los que habían estado produciendo conocimientos. Además de incluir a ‘la mujer’ —como actor— esas disciplinas tuvieron que comprender el carácter generalizado no solo de la economía, el trabajo y la política, sino también de los propios modos de producción de conocimientos. En el caso de la historiografía, implicó revisar la historia y las formas de investigar para dar cuenta de la invisibilización de las mujeres

y debió hacer el trabajo de visibilizarlas, para luego preguntarse sobre el carácter patriarcal de los modos de producción historiográfico.

Específicamente sobre el trabajo doméstico, el pensamiento feminista socialista y materialista (Dalla Costa 1972; Delphy 1982), por un lado, interroga acerca de la exclusión de lo doméstico y de los cuidados como categorías analíticas para entender la producción de valor. Señala que su exclusión reproduce tanto la naturalización de los cuidados como una extensión de las labores y deseos de las mujeres, pero también impone la persistencia de un sistema de opresión y dominación patriarcal. Esta perspectiva sostiene que esta labor es tanto un trabajo productivo como reproductivo central para el desarrollo del capitalismo. Esta línea se actualiza en los estudios sobre economía y sociedad de Federici (2012), Gutiérrez (2010), Fraser (2016) y Pérez-Orozco (2006), que entienden que las formas actuales de precarización de la vida se sustentan en las tareas feminizadas. A su vez, los feminismos radicales (Firestone 1970) cuestionaron cómo el sistema patriarcal supone y se basa en la figura de la familia nuclear que, a través del control de la sexualidad y el trabajo de las mujeres, permite la articulación entre familia, economía y Estado. Por su lado, las teorías feministas sobre el contrato social, la justicia y los cuidados (Pateman 1988; Fraser 2016; Young 2000; Nussbaum 2013) cuestionaron la distinción público/privado, las democracias y la crisis de los cuidados, para impugnar la asociación de las mujeres con lo doméstico, la emocionalidad y la sentimentalidad, y dar cuenta del rol del trabajo doméstico en la reproducción de proyectos nacionales.

Comprendiendo entonces la centralidad del trabajo doméstico remunerado en la reproducción de los supuestos de la modernidad, este campo de estudio se expandió y proliferó de forma inédita para repensar temas clásicos como las formas en que se reproducen las clases sociales, las relaciones entre ellas con las transformaciones de la economía y la migración campo-ciudad, el rol de los movimientos sociales y los sindicatos como nuevos actores sociales, así como las diferencias raciales y étnicas en las relaciones de servidumbre y conformación de las identidades nacionales. Esto muestra que los estudios de género y feministas implicaron una evidente transformación en las formas de estudiar los fenómenos sociales en general. De este modo, el trabajo doméstico y especialmente el remunerado se convierten en un lugar privilegiado para estudiar lo social, la política y la economía; se trata de un microespacio

donde estos fenómenos ocurren pero también son espejo de diversas relaciones, prácticas y discursos ligados a la política, el género y la sociedad (Fernández 2018).

A pesar de la consolidación de un campo de estudios sobre el trabajo doméstico remunerado en la región, la historiografía sobre este sigue siendo muy escasa. Destacan, entre otros, los trabajos de Cecilia Allemandi (2018) y Rebekah Pite (2011) para el caso argentino; Solène Bergot (2017) y Rosalba Todaro y Thelma Gálvez (1987) para el caso chileno; Mary Goldsmith (1992) para México; Sandra Lauderdale (1988) para Brasil, e Inés Pérez (2013) y Elizabeth Kuznesof (1988) para América Latina. ¿Acaso la historia sobre el trabajo doméstico no puede decir nada sobre nuestra historia y nuestro presente? ¿O acaso todo aquello que fue del trabajo doméstico simplemente responde a un pasado colonial, *sub-desarrollado* o *retrógrado* que es preferible olvidar?

Workers Like All the Rest of Them es una obra excepcional debido a varios motivos, y decimos ‘excepcional’ en dos sentidos. Por un lado, por su carácter inusual, es decir, porque su aproximación es poco común: no intenta simplemente relatar una historia, sino que interrumpe los supuestos teleológicos de la historiografía tradicional que *encuentra* en las *fuentes* una *verdad*. Con ello, tensiona e interroga los principios modernos de la historiografía que tiende a posicionar el pasado al lado del sub-desarrollo, para pasar a una concepción que interrumpe la supuesta pasividad de la capacidad política de las trabajadoras de casa particular. Por otro lado, es un escrito excepcional en su dimensión notable, es decir, la labor que implica una historia del trabajo doméstico remunerado y de las trabajadoras de casa particular es uno que no se queda en el *relato*, pues propone una clave de lectura novedosa y rigurosa que nos permite contar otras historias. Vemos esta labor excepcional en los siguientes aspectos que quisiera destacar.

Primero, el proceso de investigación —los lazos con otras investigadoras, sus propios vínculos personales, y la relación con informantes clave y activistas— es parte de la propuesta del trabajo historiográfico de Elizabeth Q. Hutchison, el cual le permite mirar de forma atenta y dejarse sorprender por la aparición de archivos diversos, de difícil acceso o que requieren una lectura que nos implica una sensibilidad de escucha diferente (Didi-Huberman 2012). Elizabeth nos cuenta que su primer interés fue estudiar a las mujeres del trabajo de la industria, pero el giro hacia

el trabajo doméstico remunerado y las luchas de las trabajadoras nació de un comentario de la historiadora feminista chilena Alicia Frohmann, quien la desvió hacia el estudio de este grupo pues 'estarí allí' la clave para entender la historia chilena. Este comentario tiene al menos dos aspectos: aparece el trabajo como nudo central para entender —no estudiar, relatar o describir— la historia en Chile; por otro lado, el contexto del comentario es crucial: Alicia lo hace en una de las múltiples reuniones que Elizabeth sostuvo con la historiadora a propósito de definir su tema de tesis. Esto no es un dato menor, pues muestra una escena de producción de conocimientos: nuestras conversaciones, debates y discusiones entre colegas y entre estudiantes y profesoras. La autora nos entrega la escena pedagógica como un ejemplo de otras escenas (Marchant 2000) que reúne —como lo hace la fuerza de archivo (Foucault 2002)¹ los procesos de investigación.

Formación y producción de conocimientos configuran un complejo escenario en el que los conocimientos novedosos, rupturistas y atrevidos para pensar/hacer una historiografía del trabajo doméstico remunerado en Chile, son posibles. La autora pone en acción una herencia: una trayectoria de pensamientos feministas en nuestras propias formas de hacer y crear historias, trayectorias que tuvieron que posicionar el lugar de las mujeres en la historia, el carácter generizado de la historiografía, la relevancia de aplicar una perspectiva de género en nuestras epistemologías y metodologías de estudio, y la necesidad de ir más allá de la categoría 'mujeres' para entender la historia, nuestras historias, las historias de los procesos y transformaciones sociales, culturales y políticas (Scott 1999, 2011).

Pero no solo nos entrega la escena de la formación para pensar en las herencias y legados de otras que vinieron antes que nosotras, sino que también nos recuerda que la formación no es un simple acompañamiento o tutela, y que puede ser un elemento de orientación sobre los temas que investigamos. Podemos seguir en esta línea y preguntarnos lo

¹ Sobre la noción de archivo ver *La arqueología del saber* de Foucault (2002). Allí el autor desarrolla la noción de archivo como "La ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares" (Foucault 2002, 219) y la fuerza que agrupa dichas cosas en "figuras distintas, [para que] se compongan las unas con las otras según relaciones múltiples" (Foucault 2002, 220). El archivo, así, no es un conjunto de elementos sino un sistema de enunciabilidad y un sistema de funcionamiento de los enunciados.

siguiente: ¿cómo dichas orientaciones también impactan en nuestras decisiones éticas en contextos políticos complejos como la dictadura o las crisis económicas, o en momentos en que los estudios de género están siendo fuertemente golpeados por las avanzadas fascistas del siglo XXI? No son preguntas menores en un momento histórico de transformaciones feministas (como el derecho al aborto, el derechos a los cuidados, la maternidad respetada, la educación no sexista, la fluidez de las identidades sexuales, o los avances tecnológicos y médicos en la reasignación de género) que parecieran poner en peligro las normas y principios heteropatriarcales en sociedades que aún se dicen y presentan como modernas. ¿Qué temas privilegiamos en nuestros/as estudiantes? ¿Qué implicancias éticas y políticas tienen los temas, enfoques u objetos que investigamos? ¿Qué temas siguen reproduciendo discursos preestablecidos y normativos sobre nuestra historia o cuáles nos permiten abrirnos a otras historias que interrumpen el *statu quo*?

No solo los vínculos formativos son escenas de producción de conocimiento, sino también los lazos que se van forjando con aquellos que son sujetos de las historias que queremos contar. Elizabeth nos introduce a una serie de vínculos y conversaciones que sostiene con diversos actores que le permiten acceder a otros archivos, a archivos afectivos (Cvetkovich 2003) que producen una atmósfera archivística que se toma en serio *lo personal es político* y que se abre a historias no contadas, testimonios y relatos que complejizan la mirada respecto de las luchas de las trabajadoras.

Podemos observar lo anterior a lo largo de todo el libro, lo cual nos lleva a una segunda contribución importante del texto: la interrupción de ciertos supuestos. Primero interrumpe la noción de archivo como fuente de verdad empírica. Relaciona reflexiones historiográficas, teóricas y metodológicas para pensar los archivos en términos plurales, diversos y como voces (con nombre propio) que cuentan distintas aristas sobre el tema en cuestión y que le permiten cuestionar la historiografía tradicional. Las nociones estereotipadas y melodramáticas (5) de la familia y las sirvientas de esta historiografía tradicional son puestas en tensión tanto por su mirada sensible sobre la agencia de las trabajadoras como por una lectura crítica que cruza género, clase social, raza y etnicidad en y a través de una temporalidad porosa que se deja interpelar por su apertura epistemológica, así como a través de una mirada

que politiza estos asuntos. Se trata de una memoria política construida a partir de atmósferas archivísticas que cuestionan el lugar ambiguo de las trabajadoras domésticas para situarlas como eje de análisis sobre la sociedad chilena.

La mirada atenta y crítica de la autora le facilita plantear su tesis principal: la invisibilidad de las trabajadoras de casa particular en la historiografía sobre movimientos sociales y laborales en Chile permite que hoy ellas se sigan excluyendo de la comunidad política. Hacer otras historias —aquellas que den cuenta del vínculo entre el movimiento de trabajadoras y otros movimientos y procesos sociales en Chile, redes de colaboración con la Iglesia católica, con sindicatos, con ONG, con mujeres y feministas, inspectores, legisladores y agentes internacionales— interpelean la figura pasiva de las trabajadoras, así como da cuenta de su agencia también cuando se vincula con un amplio mundo social que las sitúa al centro y no al lado de la política. De este modo, la agencia de las trabajadoras junto con sus vínculos y trabajo colaborativo es lo que permitió defender sus derechos laborales y la dignidad de ellas como trabajadoras. Sin embargo, no se trata solo de una historia sobre la organización de las mujeres, sino de una sobre la sexualidad, el lugar de los afectos (como la vergüenza y el orgullo) y el deseo, las relaciones y los lazos familiares, los conflictos y disputas, en una serie de procesos sociales, como es la formación de clases sociales y la construcción de un poder popular en Chile.

A contrapelo de la historiografía y los estudios sociales sobre los legados coloniales de las distinciones de clase, raciales y étnicas, el trabajo de Elizabeth Q. Hutchison hace una de sus contribuciones más importantes. Nos advierte que salir de una versión distorsionada y teleológica del pasado, donde el trabajo doméstico es un simple reflejo de la conquista europea sobre América Latina —donde se imponen identidades raciales fijas y preestablecidas—, nos permite comprender que los obstáculos que enfrentaron las trabajadoras y sus aliados no son *coloniales* en su origen ni corresponden a categorías opresivas sin temporalidad. La subordinación y las relaciones de poder en la unidad doméstica fueron y son inestables, son contestadas por las mujeres y permiten interrumpir narrativas sobre la conformación de la república y la nación chilena y su historia.

La autora sugiere que esto interrumpe nociones teóricas sobre el movimiento obrero, y obliga a releer la historia de las relaciones laborales y los discursos políticos a partir de una perspectiva crítica de aquello

dejado fuera de los relatos nacionales. Ello tendría como efecto, al menos, poner en tensión los relatos sobre los procesos de modernización y modernidad que plantean la *excepcionalidad* chilena. Así, la *naturaleza* del Chile moderno, la historia sobre el Estado de Bienestar, la emergencia de las clases medias y las ideologías raciales deben ser reinterpretadas a la luz del trabajo de búsqueda por reconocimiento que desarrollaron las trabajadoras en un proceso de alianza y negociación con diversos grupos y sectores sociales, movilizando apoyos y ganancias para ellas. A través de diversas estrategias —que podían reproducir estereotipos tradicionales sobre la servidumbre a la vez que interpelarlos— las trabajadoras finalmente interpelan a una serie de actores sociales y políticos.

A lo largo del libro la autora va entretejiendo materiales de archivos y voces de agentes a través de la historia de Chile desde inicios del siglo XX hasta la dictadura de Pinochet. Pero la organización cronológica de los capítulos que componen esta obra no significa una lectura lineal, sino una circular que se detiene en 1) los vínculos entre las trabajadoras domésticas y otros actores políticos, religiosos y económicos; 2) las interrelaciones entre procesos de organización de las trabajadoras y las transformaciones sociales y políticas del país; y 3) las luchas por reconocimiento y derechos en una sociedad que invisibiliza los trabajos feminizados y racializados. Dicha mirada circular genera un gesto productivo, pues permite preguntarnos en el presente sobre los “sujetos y estructuras de la inequidad ‘más allá de la historia’” (155) y cuestionar las narrativas políticas fijas y estáticas de los proyectos de diversos actores sociales de derecha, izquierda y feministas.

Workers Like All the Rest of Them es una aventura de lectura compleja respecto de los desafíos de antes y de hoy de las luchas por derechos y de la ciudadanía de las trabajadoras domésticas como procesos de politización. Su estudio nos impulsa a definir la necesidad de investigaciones interdisciplinarias para comprender aspectos legales, sociales y culturales de los supuestos de la modernidad y la modernización en Chile.

Workers Like All the Rest of Them es asimismo una provocación a las ciencias sociales, las humanidades y la historiografía, en particular, para retomar el carácter creativo y la imaginación en las formas de producción de conocimientos que hoy se vuelven centrales allí donde la vulnerabilidad —como condición social y ontológica (Butler y Athanasiou 2017)— y los cuidados son fundamentales a la hora de interrogar, expandir y transformar nuestra democracia (Tronto 2013).

Bibliografía

- Allemandi, C. 2018. *Sirvientes, criados, nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Buenos Aires: Teseo y Universidad de San Andrés.
- Bergot, S. 2017. Caracterización y mapeo del servicio doméstico en Santiago de Chile. Una radiografía en 1895 a través del diario *El Chileno*. *Historia* 396(1), 11-41.
- Butler, J. y Athanasiou, A. 2017. *Desposesión: lo performativo en lo político*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Cvetkovich, A. 2003. *Archivos de sentimientos*. Durham, NC: Duke University Press.
- Dalla Costa, M. 1972. *The Power of Women and the Subversion of Community*. Bristol: Falling Wall Press.
- Delphy, C. 1982. *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*. Madrid: LaSal.
- Didi-Huberman, G. 2012. *Arde la imagen*. Oaxaca de Juárez: Ediciones Ve S.A. de C.V.
- Federici, S. 2012. *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*. Oakland: Common Notions y PM Press.
- Fernández, R. 2018. Commodification of Domestic Labour, the Culture of Servitude and the Making of the Chilean Nation. *Österreichische Zeitschrift für Soziologie* 43, 149-160.
- Firestone, S. 1970. *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*. New York: William Morrow and Company.
- Foucault, M. 2002. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fraser, N. 2016. Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left Review* 100, 111-132.
- Goldsmith, M. 1992. Sindicato de trabajadoras domésticas en México (1920-1950). *Política y Cultura* 1, 75-89.
- Gutiérrez, E. 2010. *Migration, Domestic Work and Affect: A Decolonial Approach on Value and the Feminization of Labor*. London: Routledge.
- Kuznesof, E. 1988. A History of Domestic Service in Spanish America, 1492-1980 (17-36). En Chaney, E. y García Castro, M. (eds.), *Muchachas No More. Household Workers in Latin America and the Caribbean*. Philadelphia: Temple University Press.
- Lauderdale, S. 1988. *House and Street: The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth-Century Rio de Janeiro*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lugones, M. 2008. Colonialidad y género. *Tabula Rasa* 9, 73-101.
- Marchant, P. 2000. *Escritura y temblor*. Santiago: Cuarto Propio.
- Nussbaum, M. 2013. *Political Emotions*. Harvard: Harvard University Press.
- Pateman, C. 1988. *The Sexual Contract*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Pérez, I. 2013. Historias del servicio doméstico. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 1-8. DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.65165>.
- Pérez-Orozco, A. 2006. *Perspectivas feministas en torno a la economía. El caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- Pite, R. 2011. Entertaining Inequalities: Doña Petrona, Juanita Bordoy, and Domestic Work in Mid-Twentieth-Century Argentina. *Hispanic American Historical Review* 91(1). DOI: 10.1215/00182168-2010-088.
- Scott, J. 1999. El género: una categoría útil para el análisis histórico (59-75). En Navarro, M. y Stimpson, C. (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Scott, J. 2011. *The Fantasy of Feminist History*. Durham, London: Duke University Press.
- Todaro, R. y Gálvez, T. 1987. *Trabajo doméstico remunerado: conceptos, hechos, datos*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer.
- Tronto, J. 2013. *Caring Democracy: Markets, Equality and Justice*. New York: New York University Press.
- Young, I.M. 2000. *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Ediciones Cátedra. *EP*

Reseña

Erika Fischer-Lichte, Malgorzata Sugiera, Torsten Jost, Holger Hartung y Omid Soltani (eds.). *Entangled Performance Histories. New Approaches to Theater Historiography*. London: Routledge, 2023. US\$35.96 (ISBN: 9781032405131), 304 pp.

Andrés Grumann Sölter

Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

La oportunidad de profundizar en aproximaciones que expandan los modos de abordar los relatos respecto de cómo contar la historia del teatro y, en particular, en metodologías que busquen nuevas formas de llevar a cabo la práctica historiográfica dentro del campo teatrológico como un aporte a la disciplina de la historia, es, sin lugar a dudas, una buena y urgente noticia. Es una buena noticia pues en *Entangled Performance Histories* trata estos problemas dando cuenta de lo fundamental que puede llegar a ser preguntar a otras áreas del saber sobre cómo acercarse a la historia del teatro y sus relatos. Es una tarea urgente, por otra parte, debido a la necesidad de levantar proyectos de investigación novedosos y colaborativos mediante preguntas y desde perspectivas metodológicas que incorporen áreas disciplinares vinculadas a las artes. Ello, con el objeto de buscar nuevas respuestas a problemas complejos. Uno de estos es, por cierto, el tratamiento de nuestra propia historia y su memoria en el presente y las metodologías para tratarlas en el futuro.

El relato historiográfico, vale decir, los modos de contar la historia dentro de este campo disciplinar, ha experimentado diversos giros y ha adoptado perspectivas que consideran tanto la diversidad como las transformaciones de grupos sociales que, desde hace más de un siglo, se han instalado en algunos de esos grupos. En *Sobre la historia*, Eric Hobsbawm (2002, 206) da a conocer una preocupación por 'la gente corriente'. Hobsbawm quiere desplegar un relato historiográfico "desde

abajo”, que aborde procesos de transformación y revoluciones a partir de prácticas y modos de vida que involucran a individuos, grupos o comunidades que no habían sido parte de los relatos oficiales de la historia. Este giro en la perspectiva también implicó la necesidad de abordar áreas del quehacer social y cultural que no llamaban la atención hasta entonces a la disciplina histórica. Los estudios culturales y las áreas teóricas de las artes toman entonces un lugar específico; son abordadas por la historia y, simultáneamente, despliegan sus propias perspectivas de aproximación y análisis del pasado. Las ‘historias culturales de...’, las ‘historias sociales de...’, así como la búsqueda de temáticas particulares que tuvieran un abordaje histórico determinado (pienso en el libro *Carne y piedra* (1994) de Richard Sennett, que plantea una historia del *cuerpo* en Occidente), fueron transformando los relatos historiográficos y expandiendo el campo hacia intercambios disciplinares en los que se generaron mutuos aprendizajes y nuevas perspectivas metodológicas. En ello, la incorporación de preguntas que involucraban ‘las periferias’ del conocimiento, en definitiva, a aquellos lugares del mundo que fueron colonizados, posicionaron áreas de investigación específicas y nuevas preguntas a raíz de prácticas socio-culturales y experiencias de vida inéditas para el ‘viejo mundo’.

En este marco general, la universidad alemana, en particular los estudios teatrológicos de la Universidad Libre de Berlín, se ha dedicado durante los últimos treinta años a instalar nuevas preguntas, indagando en formas de aproximación originales. Su objetivo es proponer nuevos relatos y estrategias, contribuyendo así en los modos en que, como sostiene Erika Fischer-Lichte en la introducción del libro aquí reseñado, se fundan “nuevas perspectivas para la futura investigación en el campo” (1).

Los autores de *Entangled Performance Histories* despliegan una estrategia académica en la que tanto los proyectos de investigación como los claustros de posgrado presentados y ejecutados desde mediados de la década de 1990, se concentran en enfoques multidisciplinares y en preguntas formuladas en diálogo con diversos campos del saber. En primer lugar se refieren al proyecto multidisciplinar *Theatralität und die Krise der Repräsentation* (1993-1999), centro de investigación colaborativa *Aesthetische Erfahrung im zeichen der Entgrenzung der Künste* (2003-2011), después *Kulturen des Performativen* (1998-2010), los que se instalan como plataformas de investigación multidisciplinar, así como

el Colegio Internacional de Graduados Inter-Art (2010-2018) y el centro internacional de investigación Interweaving Theater/Dance Cultures (2008-2018). Todos ellos fueron parte de la respuesta que elaboró un equipo interdisciplinar de académicas y académicos para desarrollar perspectivas, metodologías y conceptos que se hagan cargo de formas, artistas y prácticas culturales diversas. Entre los conceptos analizados (en los que destacan conceptos como ‘lo performativo’, ‘la emergencia’, ‘la presencia’) está el de interweaving, en alemán *Verflechtung* (entretejido), que refiere directamente a lo textil. Fischer-Lichte (2014), en su introducción a *The Politics of Interweaving Performance Cultures: Beyond Postcolonialism* —texto que dialoga con el libro que reseñamos—, lo describe del siguiente modo:

Un entretejido funciona en varios niveles: muchas hebras se entrelazan en un hilo; muchos de estos hilos se tejen luego en una pieza de tela, que por lo tanto consta de diversas hebras e hilos [...] sin que necesariamente sean reconocibles individualmente. Están teñidos, doblados y entretejidos, formando patrones particulares sin permitir que el espectador rastree cada hebra hasta su origen. (11)

El concepto de *entretejido* se posiciona como un avance y un giro hacia la ‘fatiga’ (Fischer-Lichte 2014, 36) con las posturas poscolonialistas que, legítimamente, desplegaron un discurso contra la hegemonía y superioridad de lo europeo por sobre las periferias, validando ‘lo propio’, pero desplazando la compleja madeja de entrelazamientos artístico-culturales que, efectivamente, se produjeron con gran fuerza e intensidad durante el siglo XX y lo que va del siglo XXI. Así, las ‘influencias’ o ‘recepciones’ dan paso al entretejido artístico-cultural. Además, la noción de entretejido se distancia tanto del binarismo poscolonial —que distingue entre lo propio y lo ajeno, el este y el oeste, el norte y el sur, el oriente y el occidente— como entre lo artístico (por ejemplo, performances interculturales) y lo político y ético (por ejemplo, teorías poscoloniales).

Por su parte, el tratamiento que tanto la práctica teatral como el campo teatrológico hacen de las múltiples influencias entre culturas, eran definidas junto al concepto de ‘teatro intercultural’, ampliamente difundido a partir de fines de la década del setenta a través de un creador como Eugenio Barba y las teorizaciones que, entre otros, desplegaron en la década del ochenta tanto el teatrólogo francés Patrice Pavis para difundir y analizar el teatro de Ariane Mnouchkine como el teatrólogo chi-

leno, afincado en Alemania, Alfonso de Toro, para dar cuenta del teatro de Ramón Griffiero y de Alberto Kurapel. Desde un planteamiento teórico y estratégico distinto, el investigador teatrológico mexicano Gastón A. Alzate (en Fischer-Lichte 2014, 42) entiende el concepto *interweaving performance cultures* “como una perspectiva flexible y/o cuestionadora de ajustes culturales, de las ambigüedades y de los desalineamientos que producen y manifiestan los acontecimientos performativos”, donde se desplaza la concepción de las ‘influencias’ por la de ‘entrelazamientos’ entre culturas. Con todo lo anterior, el objetivo de estos grupos de estudio multidisciplinarios, reunidos en la Universidad Libre de Berlín, fue posicionar una serie de acontecimientos teatrales y sociales que emergen *entre y a través* de distintas culturas, y en distintos continentes. Ello, a propósito de procesos de aceleración de la vida y su movilidad, los que posibilitaron viajes (que en el mercado del arte se transformaron en giras), que llevaron al conflicto entre países, generando guerras, así como los desvíos migratorios para lograr encontrar otros lugares en el mundo turbulento del siglo XX.

Respecto al teatro, Erika Fischer-Lichte (2014, 9) presenta y desarrolla una crítica sobre el término ‘teatro intercultural’, ya que “presupone que los componentes culturales de una puesta en escena siempre pueden separarse claramente unos de otros, es decir, que la contribución de una cultura será fácilmente distinguible de la de otra”. En su lugar, introduce el término ‘entretejido’, mencionado más arriba. Este, en contraste, captura

la naturaleza procesual inherente de la cultura con su producción continua de nuevas diferencias. Sin embargo, estas diferencias no se entienden como opuestos, sino que se ven dentro de una lógica del ‘así como’, es decir, la lógica de la interconexión, como sugiere la metáfora de los hilos entretejidos en la tela. (11)

Entretejidos artístico-culturales que en definitiva se entienden y analizan como madejas complejas que despliegan procesos del entre-medio en los que se presentan y sostienen en un *loop* (Fischer-Lichte 2014, 25) de enredos entre culturas y sus procesos y prácticas. Ejemplos de ello, entre otros, son el cabaret político mexicano como lo propone Alzate, la suplantación de la identidad femenina en el teatro musical chino como lo propone Lin o el Théâtre Du Soleil como lo propone Singleton en el libro editado por Erika Fischer-Lichte (2014).

En este marco conceptual y de perspectiva de abordaje, el libro *Entangled Performance Histories* nos presenta el concepto *entangled histories* como complemento a la *política del entretejido de la performance cultural*, focalizado en el problema de los modos de contar hechos teatrales/culturales del pasado. La traducción a nuestra lengua del término *entangled histories* es quizás algo confusa. En una primera entrada, ‘historias enredadas’ nos induciría al error de pensar que el presente libro nos invita a enredar la historia. No obstante, más bien se acude a la noción del entretejido como estrategia para la elaboración de una metodología historiográfica que se hace cargo de los flujos y movimientos entre continentes no como influencias de unas hacia otras, sino como procesos de prácticas del entretejido. Se trata de enredos que se entretejen históricamente, reforzando procesos de intercambios recíprocos, multilaterales y transformadores.

En su introducción al libro que reseñamos aquí, Erika Fischer-Lichte presenta una distinción clave entre los conceptos de ‘entretejido cultural’ e ‘historias enredadas’. En sus palabras,

[s]i bien los dos conceptos están cercanamente relacionados, no deben entenderse como intercambiables. Mientras el concepto de ‘historias enredadas’ denota un género específico y una metodología de escritura historiográfica, el concepto de ‘entretejido cultural’ se focaliza en las prácticas históricas y sus procesos. (2)

De este modo, la estrategia metodológica de los procesos de enredo histórico “no se concentran tanto en los resultados de cada proceso de entretejido (en el enredo), sino más concretamente en los procesos y las prácticas propias del entretejido, en su particular procesualidad y multiplicativas intersecciones” (2). Ello, con el objetivo de

exponer las llamadas historias del teatro nacional como historias, al menos en parte, entrelazadas o, en todo caso, como surgidas de procesos recíprocamente consecuentes de entretejido performativo de culturas. Plantea la pregunta de si tiene algún sentido priorizar los paradigmas de la historia del teatro nacional desde el punto de vista actual [...] En este sentido, podríamos considerar la historia del teatro europeo como profundamente enredada —en cualquier caso, como una historia de entrecruzamiento de culturas escénicas. (24-25)

La libertad de estas prácticas y procesos aún no contados o revisados desde la perspectiva del enredo histórico como metodología, despliega un flujo en el que se asume la diversidad de los enredos como eje

fundante de la estrategia historiográfica de validación cultural recíproca que validan aquellas historias del teatro nacional, teniendo presente aquella procesualidad de los entretnejidos culturales, así como los de co-correspondencia entretnejida entre prácticas, procesos y culturas.

Entangled Performance Histories presenta una variedad de artículos procedentes de investigadores de varios continentes que despliegan la estrategia historiográfica analizando diversos procesos y prácticas del performance cultural provenientes de distintas partes del orbe. El libro se estructura en cinco partes y una coda, las que se ocupan de los siguientes temas: (1) reflexiones metodológicas; (2) historias ocultas: olvidadas y recordadas; (3) enredos entre drama, teatro e historiografías coloniales; (4) emergencia y transformación de géneros; (5) historias de teatro nacional —enredos y desenredos. La primera parte, compuesta por dos artículos (de Sugiera y Amine), persigue dar cuenta de los aspectos metodológicos que fundamentan la propuesta del libro, visitando diversas prácticas, formas discursivas y de representación en varios puntos geográficos; por ejemplo, en el mundo árabe, con el doble objetivo de liberar estas prácticas de la colonización (en su dimensión más poscolonial) y de plantear el problema de sus historias como formas culturales del 'enredo' migratorio.

La segunda parte del libro toma ejemplos de la cultura teatral de Sudáfrica y Japón. En el primer caso, Catherine M. Cole nos presenta el 'enredado' tratamiento escénico con el que el director William Kentridge usa diversos fragmentos de la historia que son representados a través de un collage de técnicas que persiguen colorear aquello que nuestra memoria recuerda. En el segundo caso, Stephen Barber ilustra con el artista Butoh Hijikata Tatsumi la persistente recuperación, por medio de la performance y el tratamiento del cuerpo artauriano en situaciones límite, los relatos olvidados por el proceder lineal de la historia oficial.

La tercera parte del libro presenta otros dos artículos (de meLè Yamomo y Sruti Bala) que proponen técnicas del enredo entre los aspectos del drama, el teatro y la historiografía para dar cuenta de los modos de trabajo con archivos en Singapur, por una parte, así como del tratamiento feminista bajo una concepción historiográfica decolonial en una obra de 1931, creada por el escritor holandés Jan Jacob Slauerhoff. La cuarta parte se concentra en algunos nuevos géneros y sus transformaciones en el campo del entretnejido histórico. En particular se examinan y cues-

tionan prácticas de las artes performativas japonesas que han sido denominadas por la historia oficial como *outsiders*. Entre las que se revisan en distintos momentos de la historia japonesa, se indican: extranjeros, mujeres, cristianos, ciegos o parte de las diversidades neurodivergentes, seres aparentemente sobrenaturales, los pobres, así como objetos inanimados. El capítulo también aborda prácticas del flamenco como una técnica dancística del entretejido cultural presente en diversos momentos de la historia, como también en cuanto forma de protesta.

Finalmente, la quinta parte del libro se propone abordar la pregunta por los llamados teatros nacionales y sus historias. Para ello se revisan experiencias en Algeria y Grecia. El historiador del teatro Marvin Carlson da cuenta de los desafíos que ha significado la creación de un teatro nacional argelino, teniendo presente la particular forma en que se ha construido su historia y su cultura, dominada por fuertes entrelazamientos y entretejidos. El caso del teatro nacional griego, que trata Platon Mavroumoustakos, persigue comprender los relatos históricos del teatro moderno de ese país en cuanto ‘desenredo’, resituando nuevas preguntas para la tradición teatral occidental por excelencia. La coda, por último, a cargo de W.B. Worthen, aborda el *Hamlet* del grupo estadounidense The Wooster Group con el objetivo de entenderlo como un *index* que intersecta los cruces entre el teatro y lo digital para explorar las enredadas historias intermedias del teatro a través de una “dislocación temporal” (265).

La lectura de *Entangled Performance Histories* nos invita a sumergirnos en una nueva metodología historiográfica que abre preguntas en torno a nuestras propias prácticas de construcción historiográfica. Me refiero en particular a dos asuntos: los modos en que validamos campos del saber, como el de las artes que complementan los relatos hegemónicos, y aquellos aspectos que invitan a una activación de nuevas preguntas que articulan, desde los campos teatrológicos y danzológicos, alianzas de trabajo y generación de conocimiento inter y transdisciplinar que, a nuestro juicio, tan bien le hacen a la universidad y los centros de pensamiento.

El presente libro se inscribe, con una robusta propuesta teórica y analítica, en esta línea, desplegando un sincero y decisivo es fuerza comunitario de discusión crítica por recuperar hebras de un sinfín de historias del mundo global aún por contar, en las que se entretejen deseos truncados y posibilidades de una transformación artístico-cultural

radical, basada en un “loop de enredos históricos” (Fischer-Lichte 2014, 56), que despierta “una fricción o contacto de cualidades incómodas, desiguales, inestables y creativas de interconexión a través de la diferencia” (Fischer-Lichte 2023, 58), y donde la historiografía es invitada a entrar para enredar esas historias.

El libro aquí reseñado nos invita a hacernos otras y nuevas preguntas en el campo historiográfico del teatro, enmarcadas en el ámbito expandido o global con el propósito de dar cuenta de los modos en que se han entretendido las prácticas teatrales en las últimas décadas alrededor del mundo. Ello, situando la diversidad y los intercambios de prácticas y procesos como ejes de discusión y generación de conocimiento, más allá de las perspectivas poscoloniales. La discusión se plantea de manera holística, enredada cultural y artísticamente para contar las/nuestras historias. En todo ello, *Entangled Performance Histories. New Approaches to Theater Historiography* presenta un aporte que dialoga comunitariamente y le entrega otras entradas a las humanidades y las ciencias sociales, dando cuenta de las efectivas y transformadoras formas por medio de las cuales se persigue rescatar “movimientos culturales, táctica y estratégicamente negados por la mayoría de los historiadores profesionales, donde pasado, presente y futuro local y global se encontraron, encuentran y encontrarán perpetuamente entretendidos” (53).

Bibliografía

- Fischer-Lichte, E. 2014. *The Politics of Interweaving Performance Cultures: Beyond Postcolonialism*. New York: Routledge.
- Hobsbawm, E. 2002. *Sobre la historia*. Madrid: Planeta.
- Sennett, R. 1994. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza. *EP*

Reseña

Dylan van der Schyff, Andrea Schiavio y David J. Elliott. *Musical Bodies, Musical Minds: Enactive Cognitive Science and The Meaning of Human Musicality*. Cambridge, MA: The MIT Press, 2022. US\$35.44 (ISBN: 9780262045223), 322 pp.

Cory D. Meals

University of Houston, Estados Unidos

La música es una parte esencial de la existencia humana, imbuida del poder de reflejar y dar forma a nuestras culturas y a nosotros mismos. Desde los himnos de las revoluciones a las canciones de cuna que entonan los padres, el acto de crear, tocar y responder a la música se encuentra intrincadamente entrelazado en las texturas de nuestras vidas. Sin embargo, los intentos por comprender y expresar esta experiencia a menudo no consiguen capturar su profundidad y complejidad. *Musical Bodies, Musical Minds: Enactive Cognitive Science and the Meaning of Human Musicality*, de Dylan van der Schyff, Andrea Schiavio y David J. Elliott, ofrece un marco accesible y comprensible para entender la verdadera riqueza de la música en nuestras vidas cotidianas.

Este libro, a lo largo de diez capítulos y un extenso material de apoyo, busca explorar la compleja relación entre la música y la experiencia humana. Ahonda en la intersección de la música con las dimensiones psicológicas, biológicas, del desarrollo, sociales y culturales de la experiencia humana, vistas a través de los lentes de la ciencia cognitiva. Los autores parten desde una comprensión tradicional de la cognición como una actividad computacional, de procesamiento de información, y adoptan una perspectiva corporalizada y enactiva a partir de los trabajos seminales de académicos como Evan Thompson (2007) y Francisco Varela, Evan Thomson y Eleanor Rosch (1991). Esta perspectiva permite una ampliación del discurso más allá de los confines de las perspectivas

tradicionales, centradas en el compositor y de predominio occidental, y promueve una comprensión holística de la música y la experiencia musical. Los autores exploran esta comprensión holística por medio de un marco de '4E' (por su sigla en inglés), el cual incluye cuatro elementos corporalizados (*embodied*), incorporados (*embedded*), extendidos (*extended*) y enactivos (*enactive*), los que serán explorados con mayor detalle más adelante en esta reseña.

Los primeros capítulos combinan con maestría un conjunto diverso de investigaciones académicas para fortalecer la revisión que hacen del rol de la música en la experiencia humana. A lo largo de los siguientes capítulos identifican hábilmente a las figuras clave de un amplio rango de disciplinas y resaltan las similitudes y la influencia cruzada de sus ideas para la experiencia musical. Así, establecen conexiones entre autores como Noam Chomsky (1980) y el corolario musical que se encuentra en la 'teoría generativa' de la música tonal de Lerdahl y Jackendoff (1996), y también similitudes entre etnomusicólogos como Bruno Nettl (2000) y Christopher Small (1998) y en el trabajo de sociólogos como Tia DeNora (2000). Estas conexiones sirven como fundamento para la conceptualización más profunda de la experiencia musical como algo corporalizado y, además, enactiva. Los autores también se basan en el trabajo de científicos cognitivos como Ezequiel Di Paolo (2005) y Anthony Chemero (2013), el cual suman al estudio antes mencionado de Varela, Thomson y Rosch (1991) y para proporcionar una base robusta de la cognición enactiva, la que es accesible para un lector general y exhaustiva para quienes trabajan en este campo.

El libro ofrece una revisión comprehensiva de la música al ahondar en las perspectivas entrelazadas de la conciencia y la indagación fenomenológica, basándose en los trabajos de filósofos como Daniel Dennett (1978), Steven Pinker (1997) y Maurice Merleau-Ponty (1942) y también de fenomenólogos como Shaun Gallagher (2005) y Mark Johnson (2007) para proporcionar un fundamento sólido. Esto establece la base para la exploración de tópicos como la creatividad, la emoción, la empatía, la educación y el desarrollo humano, tanto a nivel individual como social. Estos capítulos finales resultan notables por sus enfoques consistentes e interdisciplinariamente robustos, lo que es un rasgo del libro en su totalidad. Por ejemplo, los autores conectan perfectamente el trabajo de Laurel Trainor y Sandra Trehub (1992) sobre el desarrollo de la musicali-

dad en infantes con la investigación relacionada en la ciencia de la percepción, y además integran esto en la tesis mayor del marco de 4E para la cognición musical enactiva. Vale la pena notar que el contenido del libro es consistentemente atractivo y está bien articulado, recurriendo a terminología disciplinariamente específica solo cuando es necesario y proporcionando contextos y conexiones para aquellos no familiarizados con el tema. Estos apoyos son especialmente valorables en un volumen que cubre tal diversidad de disciplinas.

En el centro del libro yace la exploración de la mente musical a través de los lentes del marco de 4E. Elaborado a partir del trabajo de Thompson, Varela y Rosch (1991) y posteriormente desarrollado por varios académicos, el marco presenta cuatro dimensiones de la cognición y la experiencia: la corporalizada, la incorporada, la extendida y la enactiva. Estas dimensiones se superponen y entremezclan, ofreciendo perspectivas alternativas y un entendimiento más profundo de la experiencia compartida y del espacio conceptual. Los autores posicionan estas dimensiones del siguiente modo:

- Corporalizada: La cognición abarca el cuerpo completo y no puede ser totalmente comprendida solo por medio de la abstracción.
- Incorporada: La cognición no está separada del nicho ecológico del sujeto, sino más bien exhibe capas de codeterminación con los aspectos físicos, sociales y culturales de su mundo.
- Extendida: A través de interacciones con la realidad material y social, los individuos a menudo 'descargan' procesos en otras entidades y en rasgos medioambientales que extienden sus capacidades neuronales y corporales. Estos procesos no pueden ser vistos estrictamente como internos y externos, sino más bien ellos reflejan las relaciones coemergentes entre los organismos vivos y sus medioambientes.
- Enactiva: El proceso de cognición es visto como un conjunto de relaciones significativas que toman forma por medio del intercambio bidireccional entre la complejidad biológica y fenomenológica de las criaturas vivas y sus entornos.

Este marco para comprender la cognición dentro de la música conduce a una examinación de aspectos clave de la experiencia musical, como lo son la creatividad, la emoción y la empatía, y también de la evolución y el desarrollo de nuestra especie como seres musicales. Recha-

zando la noción de que la música es meramente ornamental o periférica a la experiencia humana, tipificada por la actualmente famosa observación de Pinker (1997) de la música como un '*auditory cheesecake*' (1997), los autores proponen una perspectiva biocultural sobre los orígenes y la importancia de la música en la experiencia humana. Ellos presentan una investigación que resalta el rol de la música como una capacidad cognitiva que refleja la inclinación de la humanidad por buscar y asignar sentido en nuestros entornos (Cross 1999). Adicionalmente, la evidencia sugiere que los orígenes del habla y la música se encuentran en formas tempranas de interacción sociocultural que se han desarrollado en los complejos patrones de comunicación que vemos hoy en día (Tomlinson 2015). Estos argumentos se alinean con el trabajo de académicos como Christopher Petkov y Erich Jarvis (2012) y contribuyen a nuestra comprensión del desarrollo humano a lo largo de la historia. Lectores de obras como *The Dawn of Everything* (2021) de David Graeber y David Wengrow o *The Immortality Key* (2020) de Brian Muraresku apreciarán las similitudes en la retórica y el desafío al pensamiento convencional que ofrecen estas exploraciones.

En resumen, Van der Schyff, Schiavio y Elliott ofrecen una visión convincente de la experiencia y el sentido musical, intercalando hábilmente observaciones provenientes de las ciencias cognitivas, la filosofía y la musicología sistemática. Ellos describen una visión holística y matizada de la musicalidad, la cual desafiará los supuestos de varios lectores y puede dar pie a una profunda reconsideración del rol de la música en sus vidas. Este potencial es respaldado por el amplio rango de investigación y por el metódico trabajo académico de los autores, explorando las vívidas y entremezcladas realidades de la música dentro de un marco enactivo.

Al examinar la experiencia desde la infancia hasta la madurez, a lo largo de la evolución humana y del nivel de compromiso singular con la creatividad musical, este modesto volumen logra considerablemente más de lo que sugiere su extensión. Apropiado tanto para el lector casual como para el académico, *Musical Bodies*, *Musical Minds* ofrece una exploración rica en capas dentro de un floreciente campo de indagación que dotará a los lectores de una comprensión más profunda de las intrincaciones y complejidades de la experiencia musical y la mente humana.

Bibliografía

- Chemero, A. 2013. Radical Embodied Cognitive Science. *Review of General Psychology* 17(2), 145-150.
- Chomsky, N. 1980. Rules and Representations. *Behavioral and Brain Sciences* 3(1), 1-61.
- Cross, I. 1999. Is Music the Most Important Thing We Ever Did? Music, Development and Evolution (10-39). En Yi, Suk Won (ed.), *Music, Mind and Science*. Seoul: Seoul National University Press.
- Dennett, D.C. 1978. *Brainstorms: Philosophical Essays on Mind and Psychology*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- DeNora, T. 2000. *Music in Everyday Life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Di Paolo, E.A. 2005. Autopoiesis, Adaptivity, Teleology, Agency. *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 4, 97-125.
- Graeber, D. y Wengrow, D. 2021. *The Dawn of Everything: A New History of Humanity*. London: Penguin.
- Johnson, M. 2007. *The Meaning of the Body: Aesthetics of Human Understanding*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Lerdahl, F. y Jackendoff, R.S. 1996. *A Generative Theory of Tonal Music (Reissue, with a New Preface)*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Merleau-Ponty, M. 1942. *La structure du comportement*. Paris: PUF.
- Muraresku, B.C. 2020. *The Immortality Key: The Secret History of the Religion with No Name*. New York: St. Martin's Press.
- Nettl, B. 2000. An Ethnomusicologist Contemplates Musical Universals (463-472). En Wallin, N.L., Merker, B. y Brown, S. (eds.), *The Origins of Music*. London: The MIT Press.
- Petkov, C.I. y Jarvis, E.D. 2012. Birds, Primates, and Spoken Language Origins: Behavioral Phenotypes and Neurobiological Substrates. *Frontiers in Evolutionary Neuroscience* 4, 12.
- Pinker, S. 1997. *How the Mind Works*. New York: Norton.
- Small, C. 1998. *Musicking: The Meanings of Performing and Listening*. Middletown, CT: Wesleyan University Press.
- Thompson, E. 2007. *Mind in Life: Biology, Phenomenology, and the Sciences of Mind*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Tomlinson, G. 2015. *A Million Years of Music: The Emergence of Human Modernity*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Trainor, L.J. y Trehub, S.E. 1992. A Comparison of Infants' and Adults' Sensitivity to Western Musical Structure. *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance* 18(2), 394-402.
- Varela, F.J., Thompson, E. y Rosch, E. 1991. *The Embodied Mind: Cognitive Science and Human Experience*. Cambridge, MA: The MIT Press. *EP*

Reseña

Robert F. Waters. *The Stage Works of Philip Glass*. Cambridge: Cambridge University Press, 2022 (ISBN: 9781107049758), 277 pp.

Federico Wiman

Pontificia Universidad Católica Argentina, Argentina

La innegable presencia de las tendencias musicales asociadas al minimalismo encuentra un antecedente relevante en la música escénica del compositor estadounidense Philip Glass. Las sucesivas y prolíficas colaboraciones con renombrados actores de diferentes esferas artísticas dieron por resultado obras que fusionaban la música con la fotografía, el diseño gráfico, el teatro, la danza y la cinematografía. Notoriamente, la popularidad de Glass durante las últimas décadas del siglo pasado fue promovida por el acercamiento a un arte integrado que desafía límites e imposiciones.

Robert Waters —musicólogo especializado en la historia de la ópera— ofrece el primer libro exclusivamente centrado en la obra escénica de Glass, a partir del año 1976 y hasta la actualidad. Su experiencia como crítico para el *Washington Post* se trasluce en una prosa que estimula el interés por la lectura y el sentido pedagógico encuentra su lugar en un libro ágil, prudente y conceptualmente abundante.

La investigación se expresa en una estructura bipartita. La primera, consistente en cuatro capítulos de contextualización, formula una extendida discusión acerca del minimalismo en la música y contiene una importante cantidad de información biográfica. La segunda, que abarca cinco capítulos y las conclusiones, se concentra en la discusión acerca de

FEDERICO WIMAN es doctor en Música por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Se desempeña como pianista, compositor, investigador y docente. Es profesor protitular de las cátedras de Armonía I, Composición II, Composición III y Composición de Bandas Sonoras II en la carrera de Licenciatura en Música de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Se ha especializado en el análisis musical y en la cognición musical. Dirección: Facultad de Artes y Ciencias Musicales, Pontificia Universidad Católica Argentina, Av. Alicia Moreau de Justo 1300, Puerto Madero, Ciudad de Buenos Aires, Argentina, C1107AAZ. Email: fwiman@uca.edu.ar.

la obra escénica de Glass. La aproximación de esta segunda sección no sigue la tradicional discusión de obras específicas ordenadas cronológicamente, sino que las agrupa por temáticas o problemáticas comunes. Una discusión recurrente en varias partes del libro se establece con respecto al término minimalismo, que actúa como una etiqueta que permite ubicar al compositor en algún tipo de estética, estilo o técnica compositiva. El propio Glass ha preferido que se considere su música como compuesta con estructuras repetitivas, más que creada por un compositor de corte netamente minimalista —en una declaración que recuerda el desagrado de Debussy por la asociación de su propia música con el impresionismo. Sin embargo, Waters intenta argumentar cómo es que el minimalismo —en un sentido amplio— se hace presente en la música escénica del compositor, aunque no sea a través de una superficie musical basada en patrones locales de repetición y microvariación. De hecho, el alejamiento de las premisas clásicas del minimalismo en música —por parte de Glass y de otros contemporáneos durante la década de 1970— se muestra conectado con el progresivo favoritismo del público por sus músicas. Estas son épocas durante las cuales las composiciones empiezan a recuperar cierto sentido de direccionalidad, orientado a metas tonales y expresado por medio de sugerentes progresiones armónicas o melódicas. Las texturas se hacen más ricas y asumen una construcción más elaborada, que renuncia progresivamente a la estricta economía de materiales de las propuestas del autor de los años previos.

En la primera sección del libro se introduce el alcance de otras clasificaciones terminológicas, tales como posmodernismo y neorromanticismo, que se expresaban en la crítica y en la voz de los artistas de la época. Estas abstracciones podrían permitir captar algo de un tipo de música que por su propia presencia tendía a desplazar las fronteras de las descripciones disponibles. Pero, además, esas mismas etiquetas representaban aquello de lo cual los artistas intentaban escapar. Las vinculaciones biográficas y conceptuales que se establecen en toda la parte introductoria parecen pertinentes y significativas, aunque las influencias europeas quedan debilitadas en la narrativa del autor, a excepción de aquellas reconocidas por el propio Glass durante sus estudios en París entre 1964 y 1966.

En el cuarto capítulo se introducen descripciones más específicas del estilo del compositor durante la primera etapa de su carrera y que

antecedentes los lenguajes utilizados en su obra escénica. Algunos de estos recursos incluyen el uso de estructuras claras y una presentación simplista, la construcción cíclica basada en patrones de repetición y la combinación de materiales sometidos a procesos de adición y sustracción de elementos rítmico-tonales. Las obras de este período que se toman como ejemplos de esta caracterización son: *Strung Out* para violín amplificado (1967); *Gradus* para saxofón soprano (1968); *In Again, Out Again* para dos pianos (1967); *Two Pages* para teclado (1968); *Music in Fifth* para tres vientos, tres órganos eléctricos o cualquier combinación con un mínimo de tres instrumentos (1969); *Music in Contrary Motion* para órgano (1969); *Music with Changing Parts* (1970), y *Music in Twelve Parts* para ensamble (1971-1974). Allí se destacan los rasgos más salientes de la transformación progresiva del lenguaje compositivo, tales como el alejamiento de la estasis superficial, la búsqueda de variedad textural, la incorporación de la dimensión armónica y la ambigüedad modal. Este capítulo, que se utiliza como conector entre las dos secciones principales, también se sustenta en un importante número de referencias biográficas que explicitan la conexión de Glass con la música popular, las influencias académicas más relevantes, la problemática relación con el compositor Steve Reich y la incursión en el género operístico que se plasma en la colaboración con el director teatral Robert Wilson en la coautoría de *Einstein on the Beach* (1976).

Las sucesivas elecciones e intereses del compositor en la música escénica estuvieron inspiradas en el teatro de vanguardia y en la implementación de la multimedia. Glass exploró la construcción arquetípica de personajes sin desatender aspectos filosóficos, utilizando frecuentemente la disociación entre la expresión de la línea vocal y la situación dramática. Se destacan las notorias y variadas influencias de los directores Jerzy Grotowski y Jean Cocteau, el dadaísmo teatral de Marcel Duchamp, el teatro del absurdo de Samuel Beckett, el teatro musical de la India y las ideas de Carl Jung en torno a la creatividad y la universalidad de los mitos. La composición de Glass muestra tendencias hacia una narrativa diluida construida por medio de la fragmentación discursiva, una temporalidad compleja y la ambigüedad semántica. Waters analiza temáticas asociadas al lenguaje y la filosofía, con breves referencias a diferentes obras escénicas: *Satyagraha: M. K. Gandhi in South Africa* (1979), *Akhnaten* (1983), *The Making of the Representative for Planet 8* (1986). La sección titulada 'Lenguaje,

poder y autoridad' expresa las actuales preocupaciones de la musicología por construir un discurso comprometido con las realidades que sitúan a la obra dentro de los procesos sociopolíticos. Estas vinculaciones se revelan en la conceptualización de las óperas *Civil War* (1983, 1984), *Waiting for the Barbarians* (2005), *Appomattox* (2007, revisada en 2015), *The Perfect American* (2013) y en las óperas de cámara *Penal Colony* (2000) y *The Trial* (2014). Aunque es innegable que Waters introduce discusiones de interés, el alejamiento de algunas temáticas con el objetivo de la investigación pone en duda la validez de su inclusión; tal podría ser el caso de la referencia a la obra de Ludwig Wittgenstein y el forzado análisis que establece el autor con alguna línea del texto de la ópera *The Sound of Voice*.

Otro eje analítico incluye la asimilación de las obras a géneros y arquetipos. La ciencia y la religión ocupan un lugar relevante en las ya mencionadas *Einstein on the Beach* y *The Making of the Representative for Planet 8*, y la tematización de aspectos científicos y metafísicos reaparecen en *The Voyage* (1992), *The Marriages Between Zones Three, Four, and Five* (1997), *Galileo Galilei* (2001) y también en *Kepler* (2008). La importancia que el compositor asigna a la construcción de una tradición histórica basada en la labor de representantes individuales se expone en la revisión de estas 'óperas retrato', en donde aparecen figuras que realizaron aportes a la sociedad: Abraham Lincoln, Akhnaten, Einstein, Gandhi, Martin Luther King Jr., Ulysses S. Grant y Walt Disney, entre otros. En otro grupo, la alegoría y la mitología se articulan como temática central en *Orphée* (1991), *Les Enfants Terribles* (1996) y *The Sound of Voice* (2003).

El octavo capítulo resume con precisión la incorporación de los recursos multimedia que Glass utiliza en sus trabajos. La utilización de otros medios expresivos estuvo asociada a las variadas colaboraciones con otros artistas y profesionales, incluyendo a coreógrafos, directores de teatro y cine, iluminadores, fotógrafos y diseñadores. Waters destaca que el tratamiento de la luz y el espacio cobran una importancia central en la concepción y realización de la música, al tiempo que las posibilidades que brindan las tecnologías digitales van dando forma a cambios formales y estéticos en cada intento de integración.

La danza y la música se analizan críticamente en sendos capítulos independientes titulados de esa forma. La conjugación del juego compositivo y coreográfico que se desarrolla en varias de sus obras puede rastrearse en las exploraciones previas de La Monte Young y Terry Riley.

Desde la puesta de *Einstein on the Beach* junto a Andrew de Groat en 1976 y Lucinda Childs en las reposiciones de 1984, 1992 y 2012, Glass realizó otras colaboraciones con los coreógrafos David Gordon (en *The Photographer*), Jerome Robbins (en *Glass Pieces*), Twyla Tharp (en *In the Upper Room*), Molissa Fenley (en *A Descent into the Maelstrom*), Karole Armitage (en *The Witches of Venice*), Susan Marshall (en *Les Enfants Terribles*) y Maureen Fleming (en *B. Madonna*). La estética minimalista de la danza contenía una base matemática que controlaba las duraciones proporcionales de los pasos y brindaba estructura al orden cíclico de repetición y variación. En ese sentido, sigue siendo icónica la danza que se desarrolla como un recorrido de pasos que avanzan y retroceden sobre una línea diagonal, durante la escena "Train I" de *Einstein on the Beach*, creada por Childs. Este vocabulario reducido y las estructuras geométricas que se describen a través de los movimientos de los bailarines, en conjunción con una expresión emocional neutral, dieron forma a la danza que inspiraba la música de Glass en esa época.

En el décimo capítulo, dedicado a la música, Waters muestra cómo es que la influencia de la música de la India se transformó en una predilección para Philip Glass debido a las organizaciones cíclicas del ritmo y a las construcciones polirrítmicas y polimétricas. La intención del compositor estaba dirigida al aspecto atencional de la escucha, buscando que la importancia del cambio retrocediera frente al efecto de la igualdad. Asimismo, la utilización de secuencias de sonidos muy extensos le permitió desdibujar la percepción del ritmo en términos de sucesión de duraciones combinadas. El orden compositivo sigue presente, pero en una escala temporal que dificulta la estructuración temporal local y promueve un estado extendido de conciencia. A lo largo de esta sección, el lector se enfrenta a los pocos ejemplos que contiene el libro con representación en partitura musical tradicional. Como tales, no ofrecen un análisis musical demasiado relevante y no agregan nada más que alguna referencia indirecta a los comentarios básicos que describen los recursos compositivos ya muy reconocidos y algo redundantes. El apartado sobre el aspecto armónico corre la misma suerte y no parece capturar la marcada referencia intertextual que atraviesa la técnica tonal del compositor.

Más interesante resulta la última sección de *The Stage Works of Philip Glass* dedicada a la recepción pública y a la evaluación crítica que ha recibido la obra escénica del compositor a lo largo de su trayectoria. Las

citas textuales ayudan a enmarcar un pequeño ensayo crítico escrito con honestidad y en buena medida imparcial. Quizás esto haya estado facilitado gracias a la preferencia del autor por la obra compositiva de Steve Reich, quien podría ser visto como el *alter ego* de una personalidad que ha logrado filtrarse en la cultura popular. Waters remarca que, aunque en los últimos años la crítica haya desfavorecido el trabajo de Glass, la valoración de la audiencia ha marchado en sentido contrario. Su vasta trayectoria y nivel de reconocimiento han sido raramente vistos desde los tiempos de los titanes de la ópera italiana.

The Stage Works of Philip Glass es una interesante publicación que evita la complejidad discursiva y se presenta como un artículo crítico extendido a la dimensión de libro. Aquellos que buscan obtener detalles de los dispositivos compositivos podrían quedar algo decepcionados, aunque el autor ofrece una perspectiva histórico-crítica ampliamente informada que compensa con creces cualquier otra ausencia técnica. Su lectura permite enriquecer la experiencia artística de un repertorio ya considerado como indispensable para la comprensión del arte actual. *EP*

Reseña

Amartya Sen. *Home in the World: A Memoir*. Dublin: Allen Lane, 2012. US\$26.89 (ISBN: 9781846144868), 464 pp.

Pablo Villalobos Dintrans

Millennium Institute for Care Research, Chile

Home in the World relata las memorias del economista indio Amartya Sen. Galardonado con el Premio Nobel de Economía en 1998, es uno de los pensadores más influyentes de nuestro tiempo, con importantes contribuciones en distintos ámbitos, desde la economía hasta la filosofía. Académico *sui generis*, ha trabajado a lo largo de su extensa carrera en variados temas, incluyendo teoría de la elección social, teoría económica, ética, filosofía política, economía del bienestar, teoría de la medición, teoría de la decisión, economía del desarrollo, salud pública y estudios de género.

Home in the World refleja exactamente eso: la naturaleza multifacética del autor. El libro comienza relatando una entrevista en la BBC, en la que el presentador le pregunta: ¿cuál considera usted que es su hogar? Sen, cuya vida ha transcurrido entre la India, Inglaterra y Estados Unidos, se sorprende con la interrogante y contesta que se siente como en casa en múltiples lugares. Así como no necesita elegir un país al que llamar hogar, tampoco puede escoger una comida favorita. ¿Por qué elegir una si me gustan muchas? Esta respuesta nos ofrece las primeras luces para entender la trayectoria de Amartya Sen y sus múltiples contribuciones en variados tópicos a lo largo de más de medio siglo de carrera académica.

El libro es un relato cronológico en primera persona de la vida del Nobel de Economía. El título es, por supuesto, un guiño a la novela *The*

PABLO VILLALOBOS DINTRANS es ingeniero comercial mención Economía y magíster en Economía mención Políticas Públicas por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es Master of Arts in Economics por Boston University y doctor of Public Health por Harvard University. Trabaja como consultor independiente y participa como investigador colaborador en Millennium Institute for Care Research (MICARE). Email: pwillalobos.d@gmail.com.

Agradezco a Montserrat Martorell por su apoyo y la ayuda en la revisión y redacción final del texto.

Home and the World, escrita en 1916 por el también premio Nobel (de Literatura en 1913), Rabindranath Tagore, quien descubrimos, a lo largo del libro, juega un papel importante en la vida de Sen. La novela de Tagore (1916-2005) describe la relación entre dos personajes: Nikhilesh —racional y pacífico— y Sandip —visceral y maquiavélico—, y muestra la propia lucha de Tagore por balancear el apego y la convicción a la tradición de Oriente con el atractivo de la cultura occidental. Sen ‘roba’ este argumento para contar su propia historia, que explicita la permanente tensión respecto del amor a sus raíces (el libro comienza con una nota sobre el uso de palabras en sánscrito) y su innegable relación con el mundo occidental: esta tensión se refleja no solo en su discusión respecto de cuál debiera ser considerado su ‘hogar’, sino, además, cuál es su campo disciplinar como académico o cuál es su postura filosófica para enfrentar la vida. En todas las situaciones, Sen tiene una respuesta consistente: no optar por una alternativa única, y tratar de usar y disfrutar las distintas opciones que le otorga la vida. El libro se divide en 26 capítulos, agrupados en cinco partes, que ofrecen un viaje por la vida del pensador indio.

La primera parte (capítulos 1 a 6) muestra la infancia del autor en un recorrido que define, desde el comienzo de su vida, su vocación cosmopolita y su opción por la diversidad. Los primeros capítulos relatan la vida preescolar de Sen con sus padres y sus viajes por diversos lugares, incluido Burma, donde pasó sus tres primeros años (entre 1936 y 1939), gracias a una beca que su padre, también académico, consiguió para dictar clases en la Universidad Agrícola de Mandalay. Estos primeros años exhiben, además de sus conexiones familiares (con sus padres, sus abuelos, sus tíos), una temprana relación con la academia (siguiendo el ejemplo de sus padres y tíos) y la política. En una era plagada de conflictos territoriales, el autor nos lleva a un viaje por la región, donde no solo describe las diferencias climáticas y geográficas sino, además, las fuertes discrepancias culturales y políticas entre India, Bengal y Burma. Sen (nacido en 1933) vivió en la India y Burma colonial (en 1947, tanto India como Bengal fueron divididos, año en que India obtuvo su independencia; Burma logró su independencia de la corona británica en 1948) y presencié durante su infancia los conflictos étnico-religiosos entre estos territorios (ocurridos durante las décadas de 1930 y 1940).

Posteriormente, el libro se enfoca en la etapa escolar, durante la cual se siguen repitiendo los patrones establecidos por Sen en los primeros

capítulos: relaciones familiares, la importancia de la política y las artes en su vida familiar, y el foco en la educación y el conocimiento. En esta etapa surge fuerte el rol de una institución —la escuela Santiniketan— y la figura de Rabindranath Tagore, su fundador. Santiniketan, inaugurada en 1901, tiene un foco en la filosofía y es el legado de Tagore para la humanidad, con un modelo único de educación, basado en el internacionalismo y la libertad. Es en este lugar donde Amartya Sen vive aquellas experiencias que le permitirán continuar su vocación de intelectual sin límites por el resto de su vida. El ambiente de Santiniketan —académicamente riguroso, pero a la vez con suficiente espacio para dar cabida a distintos intereses— parece el recipiente ideal para un caldo de cultivo que Sen venía formando desde temprana edad: política, artes, ciencia y argumentos. Los múltiples tópicos y vivencias de sus primeros años cobran sentido en esta etapa, durante la cual la vida académica se mezcla con la actualidad del país y del mundo. Gracias al propio Tagore —que descubrimos a estas alturas es un amigo de la familia y una presencia permanente en la infancia de Sen—, la escuela logra cumplir su vocación de excelencia y convertirse en un centro de conocimiento y desarrollo de habilidades. Auspiciada por figuras del mundo de la literatura, como W.B. Yeats y Ezra Pound, durante sus años de colegio, la escuela recibió, según recuerda el propio Sen, la visita de varias figuras internacionales como Chiang Kai-Shek, Mahatma Gandhi, Eleanor Roosevelt y Syed Mujtaba Ali.

La segunda parte del libro (capítulos 7 a 10) se enfoca en la década de 1940, época revoltosa que también marca la vida de Sen. Aún en Santiniketan, Sen (con 10 años en 1943) observa en primera persona los devastadores efectos de la hambruna y sus consecuencias en las personas y en la sociedad, la violencia entre hindúes y musulmanes, y el conflicto entre los distintos territorios de India (incluyendo Bengal y Bangladesh), que llegan a un máximo durante las revueltas de 1944, junto con la represión y los tensos años finales de la colonización británica en India, incluyendo la división del país en 1947. El autor relata estos años de intenso enfrentamiento y tensión social desde la perspectiva de un adolescente y logra vincular los acontecimientos con su futura vocación. Los problemas descritos relacionan la economía, la política, la salud, la inequidad, la justicia y el desarrollo humano y social. Sen hace el recuento de estos años desde una perspectiva de política pública, en que siempre se pudo haber hecho algo distinto para evitar los resultados observados.

Los conflictos como producto de un mal manejo (político, económico, social) inevitablemente se traducen en descontento. No es casualidad que en un período tan corto se observen tantas pugnas en un mismo territorio: India era una olla a presión alimentada por el malestar acumulado durante 200 años de colonialismo británico, a base de políticas ineficientes e injustas. La solución —además del estallido social— fue buscar alternativas para hacer las cosas de otra manera. En este contexto, hay una ideología que asoma como atractiva y permea el pensamiento del autor a lo largo de los años: el marxismo.

La parte III (capítulos 11 a 15) nos lleva a los años de Sen como estudiante de pregrado. Dejando atrás la vida en Santiniketan, el autor vive un proceso de transición al mudarse a una gran ciudad (Calcuta) e ingresar a una nueva institución educacional (Presidency College). Con 18 años, vemos nuevamente la influencia del entorno en las decisiones de vida de Sen: el ambiente científico de la universidad sirve de aliciente a las múltiples aficiones y preguntas de un Amartya Sen que confiesa su decisión de estudiar física y matemáticas, pero que, influenciado por un amigo y por el ambiente general del país, decide estudiar economía. Nuevamente, el autor se refiere aquí a la figura de Marx como central en estos años: un personaje que, si bien es excluido de las aulas de clase, es una especie de héroe entre los estudiantes. En esta sección, Sen relata su interés por la literatura y las teorías marxistas, experiencia que se benefició a lo largo de los años por su relación con el historiador Eric Hobsbawm. Finalmente, el libro abre una pequeña puerta a la intimidad del autor y relata su batalla con el cáncer a los 18 años. A través de esta historia entendemos cómo los intereses y estudios van formando lo que finalmente conocemos como la carrera académica de Sen quien, desde la trinchera de la economía, aplica múltiples metodologías a los más diversos temas.

La cuarta parte del libro (capítulos 16 a 24) relata el salto desde el pregrado hacia el posgrado y la llegada de Amartya Sen a una institución con la que hasta el día de hoy continúa ligado: la Universidad de Cambridge, en particular, el Trinity College. Los capítulos abordan los años 1953 a 1959 (entre los 22 y 26 años), lapso en que Sen inicia un periplo por diversas universidades en Estados Unidos (MIT, Stanford, Berkeley, Harvard), que contribuyen a reforzar el tono cosmopolita de su carrera académica. Durante sus primeros años en Cambridge, la ex-

perencia de Sen está llena de momentos que lo marcan y que, al igual como el autor va mostrando a lo largo de todo el libro, combinan hitos personales, académicos, pero, por sobre todo, experiencias ligadas a sus relaciones con otras personas. Desde el *shock* cultural de su llegada a la ciudad —donde, en su primera residencia, la dueña de casa que le arrendaba una pieza le preguntó si su color oscuro se desvanecería si usaba el agua muy caliente— hasta las interacciones iniciales con sus profesores que se transformaron en mentores (principalmente el economista italiano Piero Sraffa y Maurice Dobb), Sen cuenta cómo lo que inicialmente sería un viaje de dos años para obtener un grado de bachiller en el extranjero se transformó en diez años durante los cuales el economista y filósofo cimentó los fundamentos de su pensar.

Junto con sus interacciones con connotados economistas y otros académicos en Cambridge (en esos años rondaban la escuela personajes como Joan Robinson y Nicholas Kaldor), Sen relata sus férreos vínculos con otros estudiantes que, como él, coincidieron en un espacio y tiempo, y formaron una comunidad de personas que, en distintas esferas, lograron connotación (por diversas razones) a lo largo de sus vidas. Entre estos se encuentran Mahbub ul Haq (que junto con Sen generaron los Reportes de Desarrollo Humano), Michael Bruno (presidente del Banco Central de Israel), David Epstein y Allan Hayes (connotados matemáticos) y Anand Panyarachun (dos veces primer ministro de Tailandia). Todos estos encuentros muestran el ambiente intelectual y políticamente estimulante que vivía Sen en el Cambridge de los años cincuenta.

¿Y qué pasa con Sen y la economía? Lejos de ser un economista heterodoxo y diverso, el libro nos muestra a Sen como un alumno que, a pesar de sus múltiples intereses e infinita curiosidad, termina desarrollando su tesis doctoral no en los nuevos avances de la economía (teoría social, inequidad, economía del bienestar), sino en mecanismos de inversión de capital (Sen 1956, 1957). Esta decisión refleja la discusión imperante en el ambiente económico de la época, donde el debate en torno al valor agregado aún dominaba los tópicos alternativos en economía. La opción por la variedad, patente desde el primer renglón del libro, es la constante más evidente a lo largo de la vida de Sen. Por esto, no es sorprendente que dentro de sus tres principales mentores —Piero Sraffa, Maurice Dobb y Dennis Robertson— encontremos a economistas de distintas posturas (dos marxistas y un neoclásico conservador), así

como distintas capacidades y visiones de la economía y el mundo. A esto se suma la inclinación por otras disciplinas como la historia, la política, las matemáticas y la filosofía, las que se ven potenciadas por su paso por Cambridge y la relación de Sraffa con uno de los filósofos más importantes de la época, Ludwig Wittgenstein. Finalmente, y reforzando su postura de apertura a nuevas perspectivas y conocimiento, seguimos a Sen en su viaje por Estados Unidos, donde muestra su periplo de cerca de diez años por distintas universidades estadounidenses y la forma en que este viaje le permitió conocer nuevos puntos de vista, una enseñanza distinta a la vivida en Cambridge y acercarse a los temas que, a pesar de su interés, no pudo cubrir en sus años de estudiante. Durante este tiempo, el autor señala el enorme impacto de compartir con figuras como Paul Samuelson y Robert Solow en el MIT, Kenneth Arrow y Paul Baran en Stanford, Peter Diamond y Dale Jorgenson en Berkeley, y su reencuentro con Arrow y John Rawls en su estadía en Harvard. Todos estos años le permitieron desarrollar su interés por temas relacionados con la teoría de la elección social, la inequidad y la justicia, los cuales —por iniciativa de Joan Robinson— debió descartar como temas de tesis a favor de la elección de técnicas de inversión de capital.

La parte final del libro (capítulos 25 y 26) presenta algunas reflexiones de Sen, principalmente respecto de la cooperación entre países (en particular en una época durante la cual grandes acuerdos, como la Unión Europea, se ven amenazados), su paso por la escuela de economía de Delhi y algunos pensamientos en torno a la importancia de la educación.

Al igual que T.S. Eliot —con quien comparte el amor por la filosofía india, el sánscrito, su relación con Harvard y que también decidió fijar Inglaterra como su hogar (Carey 2020)—, la obra de Sen está anclada a su memoria personal y sus orígenes. Este libro de memorias abre esa puerta a las experiencias de vida de Amartya Sen y explica sus intereses, enfoques y trayectoria académica a partir de sus vivencias. En línea con su perfil académico, las memorias de Sen no se enfocan en relatar su vida personal —de hecho, más allá de la mención a su primera esposa, no hay mayores detalles—, sino a ofrecer explicaciones de cómo sus experiencias y relaciones personales fueron moldeando sus intereses y capacidades.

Así como *The Home and the World* permite entender de mejor manera la obra completa de Sen, también entrega lecciones, principalmente a

los economistas, sobre una manera distinta de hacer las cosas. Sen relata la anécdota relacionada con la compra de la primera (y única) bicicleta que tuvo a lo largo de su vida y que usó para hacer trabajo de campo en la India, recolectando datos sobre oferta y precios de alimentos en lugares de difícil acceso. No es casualidad que sea justamente esta bicicleta el objeto que Amartya Sen decidió donar al museo del Nobel: un símbolo de su humildad y visión del mundo. La personalidad de Sen y su ejemplo, inevitablemente plasmados en su extensa obra y explicitados en estas memorias, nos llaman también a buscar nuevas maneras de enfrentar los problemas de la economía y el mundo actual, a pensar fuera de la caja y, sobre todo, a poner nuestras capacidades para la construcción de una mejor sociedad.

Bibliografía

- Carey, J. 2020. *A Little History of Poetry*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Sen, A. 1956. Choice of Capital-Intensity in Development Planning. PhD Thesis, Cambridge University.
- Sen, A. 1957. Some Notes on the Choice of Capital-Intensity in Development Planning. *Quarterly Journal of Economics* 71(4), 561-584.
- Tagore, R. 2005. *The Home and the World*. New York, NY: Penguin Classics. *EP*